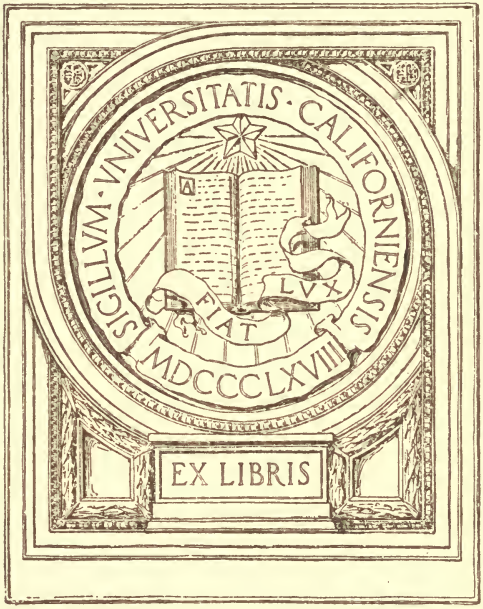
GIFT OF
J.C.CEBRIAN



CRISTÓBAL COLÓN

Y

ALONSO SANCHEZ

O EL PRIMER

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

POR EL PRESBÍTERO

Dr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,
SOCIO HONORARIO DE LA COLOMBINA ONUBENSE
Y CANÓNIGO POR OPOSICIÓN DE LA INSIGNE IGLESIA COLEGIAL
DE JEREZ DE LA FRONTERA.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

JEREZ

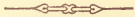
Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de J. Pareja y Medina
calle Compás, número 2.

1892

CRISTÓBAL COLÓN Y ALONSO SÁNCHEZ

ó

EL PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



CRISTÓBAL COLÓN

Y

ALONSO SÁNCHEZ

Ó EL PRIMER

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

POR EL PRESBÍTERO

Dr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal,

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,
SOCIO HONORARIO DE LA COLOMBINA ONUBENSE
Y CANÓNIGO POR OPOSICIÓN DE LA INSIGNE IGLESIA COLEGIAL
DE JEREZ DE LA FRONTERA.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de J. Pareja y Medina,
calle Compás, número 2.

1892

E111
L6

J. G. Gabrian.

INTRODUCCIÓN

NUNCA se borrará de la memoria de los hombres el soberano acontecimiento que tuvo lugar en España el 15 de Abril de 1493.

Barcelona, estancia á la sazón de los Reyes, que por antonomasia llevaron el renombre de Católicos, título honrosísimo que legaron á sus sucesores; Barcelona, henchida de júbilo, entusiasmada hasta el delirio, tributó al hombre verdaderamente providencial, que había sacado un mundo del fondo de los mares, los homenajes debidos á su admirable fe, su prodigiosa constancia, su misión sin

382856

par, y hasta se le resarció, en aquellos solemnes momentos, de los desprecios y sinsabores que, en las antecámaras de los monarcas y magnates, sufriera durante el período de sus solicitudes.

Se trataba nada menos que de admirar, más bien que de recibir al egregio Cristóbal Colón, quien un mes antes (el 15 de Marzo) había llegado, al desde entonces famosísimo puerto de Palos, de vuelta del viaje marítimo más grande que hasta entonces emprendieron los hombres; y aunque Palos y Sevilla y cuantas poblaciones encontrara en el tránsito, hasta Barcelona, le habían rendido los tributos que él y sus acompañantes merecieron por tan inaudito acontecimiento; sin embargo, Barcelona, por hallarse convertida en corte accidental de los monarcas, les hizo un recibimiento fastuosísimo.

Isabel la Grande, la mujer Rey, recibe al Soberano de los mares con toda la hidalguía y pompa que sabe hacerlo la poderosa España, sintetizada en ella, ella, gloria sublime de nuestra bendita patria; y el pueblo barce-

lonés aclamó al héroe entre los más grandes trasportes de alegría, cuando en procesión triunfal hizo su entrada solemnísima, después del más grande acontecimiento que registra la historia de los realizados por los hombres, el descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Procesión gloriosísima aquella en la que abrían la marcha los intrépidos marinos que habían hollado con su planta las hasta entonces espantables ondas del Mar Tenebroso, y llevaban en sus manos, á manera de victoriosos trofeos, remos y armas, plantas y frutos, aves y flores, adornos y coronas de raras y desconocidas trazas, objetos todos pertenecientes á los pueblos ocultos al otro lado del Atlántico; seguíanles luego acobardados y tímidos, espantados y llenos de sobresalto siete indios, hombres del otro mundo, quienes nunca habían visto tanta aglomeración de gente, ni ciudad tan engalanada ni podían comprender todo lo grandioso del espectáculo que se presentaba ante su vista; y detrás venía Colón, el héroe de aquella gran fiesta, objeto de aquellos entusiasmos,

realizador de la colosal empresa: los monarcas y los poderosos, los sabios y el pueblo, reconocieron la superioridad de aquel genio que había realizado un hecho, ó mejor, un prodigio, que sería desde entonces y durante todos los siglos, la admiración del mundo y el asombro de la historia.

En efecto: Cristóbal Colón había ofrecido un mundo desconocido, y no pudiendo presentar este mismo mundo, traía sus habitantes, desnudos, de tez morena, de sencillez candorosa, hombres niños, no avezados á la simulación, ni á la doblez de los hombres civilizados, con dibujos en sus cuerpos y adornos de extraños colores, hombres que yacían sepultados en el olvido y en el sueño de la idolatría, pero redimidos con la sangre de Jesucristo, y capaces de disfrutar de la excelsa gloria de los cristianos, y de ser hijos de la Iglesia; había dicho que se descubrirían tierras feracísimas de exuberante lozanía, y como pruebas incontrastables de la verdad de sus asertos, presentó aves y frutos de especies nunca vistas, tan sorprendentes,

que maravillaban por su hermosura; había prometido fabulosas riquezas y colocó á los pies de la egregia Reina, oro que sirvió para hacer la custodia magnífica de la catedral de Toledo, y oro que enviaron también al Soberano Pontífice Alejandro VI, como ofrendas que hacían aquellos monarcas de los frutos del Nuevo-Mundo, para Jesucristo y para su Vicario en la tierra.

Todo esto se veía, se palpaba, no eran ilusiones, no se podían ya considerar como vanas promesas de calenturiento fanático ó exagerado soñador; los indios recibieron las sacramentales aguas del bautismo en aquella misma ciudad; las aves llamaban la atención por los primorosos dibujos de sus pintadas plumas, y los frutos y riquezas estaban allí presentes, tangibles, á la vista de todos; si aquel hombre había soñado, sus ensueños fueron realidad, y al prometer, supo cumplir, y el éxito más grande fué el resultado de sus pretensiones y promesas.

II

Mas, ¿cómo se realizó tan colosal idea? ¿Cómo Cristóbal Colón pudo tener conocimiento de la existencia de aquellas tierras sembradas allende los mares y en medio del Atlántico? Sabido es que ninguna noticia cierta se tenía de aquellos lejanos países, sino que eran tan ignorados que su existencia se negaba por completo.

Pues bien: luego que el genio de Colón descubrió el Nuevo-Mundo y que por tan feliz acontecimiento se supo de una manera positiva la existencia de aquellas apartadas regiones, los autores que de tan importante asunto se ocuparon, empiezan á aducir textos de historiadores y filósofos, romanos, griegos y árabes, sagrados y profanos, textos que, según aquellos autores, á los recién descubiertos países se referían, sin calcular, los que así pensaban, que dichos testimonios habían de ser muy oscuros, cuando los sabios y

los hombres de letras los ignoraban por completo; porque así, y sólo así se explica cómo el inmortal Genovés anduvo entre repúblicas y monarquías ofreciendo y presentando lo probable de sus descubrimientos, siendo siempre desairado en Génova y en Venecia, en Portugal y en Inglaterra, y tal vez también en Francia, y aun en la misma España, la nación gigante que se asoció á su pensamiento y que merced á ella pudo llevar á cabo su inmortal idea; en España sufrió siete años de dolorosas esperanzas é inquietudes, y si su plan fué aprobado por los Domínicos y sabios de la célebre Salamanca, antes fué desechado en la junta de los magnates que acompañaban á la corte, como después diremos.

Así, pues, parécenos increíble que hubiese tenido Colón noticias de las palabras del célebre libro, atribuido á Aristóteles, intitulado *De Mirabili Auscultatione,* en donde se relatan las navegaciones y descubrimientos realizados por los antiguos Carthagineses, los que una vez traspuestas las columnas de Hércu-

les, y engolfados en el Atlántico, descubrieron anchurosa isla de frondosas selvas y abundantes frutos, de templado clima y hermosos ríos, y distante muchos días de navegación de la Tierra Firme, y que los descubridores, enamorados de aquella fertilidad, y cautivados con los atractivos de aquella agradable temperatura, se enlazaron en aquel país con vínculos de sangre, y fundaron establecimientos mercantiles, y la emigración á aquellos países iba en aumento, por lo que el Senado de Carthago, temeroso de que se debilitase con la salida de tanta gente, el poderío de la república, hubo de prohibir con pena de la vida, se emprendieran nuevas navegaciones hacia aquellos sitios. En el mismo libro se refiere también que los fenicios de Cádiz, arrastrados por furioso temporal, llegaron á ciertos países remotísimos. Y tal vez á este fortuito descubrimiento de los fenicios se refiera Diodoro de Sicilia, cuando nos dice que en el vasto mar Océano, y en frente de la Libia, hay una grande isla, distante del África muchos días de navegación, hacia el

Occidente, de cuya isla no se tenían noticias, hasta que los fenicios, costeando el África por el Océano, arribaron á ella llevados por furiosa borrasca.

Preséntanse también testimonios de Estrabón y de Posidonio, y todo lo que hay y se refiere á la célebre *Atlántida* de Platón.

Otro de los testimonios en que pretenden que se apoyara el inmortal navegante, para concebir la hermosísima idea, cuyo resultado fué un mundo más en el concierto humano, es el de Séneca cuando habla de la isla última Thule.

> Vendrán al fin con paso perezoso
> los siglos apartados en que el hombre,
> venza del mar Océano las ondas
> y encuentre al cabo dilatadas tierras.
> Descubrirá otro Tiphis nuevos mundos,
> y no más será Thule el fin del orbe. (1)

Pero mal podría servir este testimonio para el desarrollo del pensamiento de Colón,

---

(1) *Venient annis*
Sæcula seris, quibus Occeanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhis quæ novos
Detegat orbes, nec sit terris
Ultima Thule.

SÉNECA IN MEDEA, v. 374.

cuando de suyo este pasaje es oscurísimo, y los más hábiles geógrafos de nuestros días no se han puesto de acuerdo sobre si Thule es la Islandia ó la Groenlandia, ó una de las islas de Schetland ó Feroé.

Algo más verosímil aparece que pudiera presentar en su apoyo en los areópagos de las ciencias y delante de los hombres de saber, ante quienes tenía, por encargo de los monarcas que escucharon sus pretensiones, el de Portugal y los de España, que presentar razones y argumentos en pro de sus cálculos y teorías, algo verosímil parece que adujera en favor suyo la autoridad de Pitágoras sobre la existencia de los antípodas, existencia defendida como dogma por el gran filósofo de la Magna Grecia, cuyo renombre llega hasta nosotros, orlado con auréola hermosísima, cual corresponde al insigne pensador que supo dar á la filosofía este nombre que aun ostenta.

Esta existencia de los antípodas nunca fué negada por la Iglesia, digan lo que quieran los hombres que sólo conocen lo super-

ficial de la historia; Lactancio, el Cicerón cristiano, y San Agustín, el Águila de los doctores, negaron la existencia de otros hombres originariamente distintos de la descendencia de Adán, en cuanto que admitir hombres no procedentes de Adán, era tanto como destruir el dogma universal del pecado del primer hombre, *in quo omnes peccaverunt,* y era también negar y destruir el dogma de la Redención por Jesucristo, *per quem omnes salvati et liberati sumus.*

Y que esto es así, y que en este sentido hablaron, aquel célebre Apologista y aquel gran Padre de la Iglesia, se prueba por la cuestión suscitada en los tiempos del Pontífice San Zacharías, por los años de 742, cuando cierto sacerdote, llamado Vigilio, enseñó que debajo de la tierra hay otros hombres, de cuya enseñanza dedujeron sus discípulos que estos hombres tenían un origen distinto que nosotros, y por consiguiente no procedían de Adán, y por tanto no todos los hombres pecaron en él, ni fueron redimidos por Jesucristo; y el Soberano Pontífice con-

denó la conclusión esta, esta consecuencia, y mandó que Vigilio se presentase en Roma, y este sacerdote explicó sus ideas, y cuando el Papa le escuchó, no sólo no fué castigado, sino que fué nombrado obispo de Salzburgo.

Mas hemos dicho que es algo verosímil, pero nada más que verosímil, que Colón se aprovechase de estas doctrinas de los antípodas, porque hay una duda en la historia de este insigne navegante, duda no aclarada todavía por la crítica histórica, sobre si Colón era hombre ignaro en letras, ó de profundos conocimientos en ellas, pues mientras unos autores le tienen por el más grande cosmógrafo de su tiempo, y el marino de más alta sabiduría; otros, estas cualidades las atribuyen á su hermano Bartolomé: mas si bien es cierto que los estudios que hizo en la Universidad de Pavía, no pudieron ser ni profundos ni extensos, por el poco tiempo que en ellos hubo de invertir, y luego su azarosa vida, precaria y de sinsabores llena, tampoco era la más apropósito para el cultivo de las cien-

cias y letras, que de suyo piden vagar y gusto; también es verdad, que quien se presenta ante las Juntas y Congresos científicos, para exponer y defender su proyecto, es él, y sólo él, quien explica á los hombres del saber los fundamentos en que se apoya su idea, rebate las objeciones que se le hacen, é infunde el convencimiento y arranca el entusiasmo en favor de su empresa de los que en un principio se presentaron adversarios de ella. De manera que si el sabio era su hermano Bartolomé, Cristóbal supo asimilarse su sabiduría. Y aducimos y presentamos las opiniones de unos y otros como punto controvertido y en nuestros días no resuelto.

Discútese también y hanse dividido en opiniones diversas los biógrafos é historiadores de la vida del Primer Almirante de las Indias, sobre si leyó á Mandeville y á Marco Polo, autor éste famosísimo de geografía en el siglo XIII, hijo de un embajador de la Señoría de Venecia, y acompañante luego de su padre á los estados del Gran Khan, entre cuyos dignatarios llegó á ocupar lugar dis-

tinguido. Marco Polo exaltó con sus hermosísimas descripciones la imaginación de los europeos, y dió á conocer el mundo oriental con sus riquezas fastuosas, su sorprendente opulencia, sus voluptuosas moradas y su constante encantador uso de metales preciosos y riquísimos hilos de perlas de inestimable valor, y maderas de suaves olores, con esquisito gusto labradas; y todo esto con una profusión y grandeza, con tanta brillantez y hermosura, que arrancaba la admiración y el entusiasmo, y prestaba alas al deseo de visitar aquellas regiones, y de sumergir al alma en los vaporosos encantos de tanta seducción y deleite.

Mandeville, viajero ilustre de Inglaterra, cuya vida recorrió los años comprendidos entre 1300 y 1372, describió sus viajes, viajes famosísimos que se extendieron hasta la Turquía, Armenia, Egipto, África alta y baja, Siria, Persia, Caldea, Etiopía, Tartaria y las Indias, y residió en las principales ciudades de todos estos países y en la Tierra Santa, y consagró páginas hermosísimas al Cathay y

á las provincias de Monguí, cuyas páginas están acordes con las que Marco Polo colocó en sus libros, y por esta conformidad debía tener este autor inapreciable importancia á los ojos de Colón como lo tendría sin duda Marco Polo. Empero no citan á ninguno, ni Cristóbal Colón, ni su hijo D. Fernando en la historia que escribió de su padre, ni Toscanelli en la carta que dirigió al canónigo Hernando Martínez; y por todas estas razones Humbold duda que el gran navegante tuviera conocimiento de tales escritos; mas á pesar de esta duda, creen que sí los conocía Navarrete é Irving, y este último nos asegura que Cristóbal Colón llevaba en sus primeros viajes el manuscrito de Marco Polo, el viajero de Venecia.

Pero Colón no solamente no menciona autores ningunos de quienes tomase conocimiento ó idea del admirable plan que de modo tan asombroso pudo llevar á cabo, sino que él mismo asegura de manera clara y terminante en el folio IV de su precioso libro *Las Profecías*, que «*para la ejecución de la impresa*

de las Indias, no me aprovecho razón, ni matemáticas, ni mapamundos:» apoyados en esta declaración hemos dicho que de nada le servirían las palabras anteriormente citadas de Séneca, por más que fueron de él sabidas, y de su puño y letra se hallan consignadas en el expresado libro, único autor profano que en él se nombra, pues los demás son Profetas ó santos Padres y rabinos conversos.

III

Acabamos de presentar testimonio del célebre libro de *Las Profecías,* debido á la pluma del gran descubridor, mandado por su autor en 1501 al P. Gorricio, para su corrección y examen.

En este libro asegura Cristóbal Colón que el hallazgo de las Indias significa el cumplimiento de lo predicho por Isaías.

Pero además de las palabras de este Profeta, tenemos un testimonio en el capítulo XXVIII, versículo 4 y siguientes del

libro de Job, que bien se pueden aplicar á este descubrimiento, aunque es lo más probable que en los días de Colón no pudiesen ser entendidas sus palabras en este sentido; dice así: (1)

Un torrente separa del pueblo peregrino á aquellos, que olvidó el pie de hombre necesitado, y son descaminados.

La tierra, de la que nacía pan en su propio lugar, fué destruida con el fuego.

Hay lugar donde las piedras son zafiros, y sus terrones oro.

Su senda no la conoció ave, ni la miró ojo de buitre.

No la pisaron hijos de mercaderes, ni pasó por ella leona.

Al pedernal extendió su mano, trastornó de raíz los montes.

Cortando peñascos sacó ríos, y todo lo precioso vió su ojo.

Escudriñó asimismo las profundidades de los ríos, y sacó á luz lo que estaba escondido.

---

(1) *Dividit torrens á populo peregrinante, eos, quos oblitus est pes egentis hominis et invios.*

Terra, de qua oriebatur panis in loco suo, igni subversa est.

Locus sapphiri lapides ejus, et glebae illius aurum.

Semitam ignoravit avis, nec intuitus est eam oculus vulturis.

Non calcaverunt eam filii institorum, nec pertransivit per eam leaena.

Ad silicem extendit manum suam, subvertit a radicibus montes.

In petris rivos excidit, et omne pretiosum vidit oculus ejus.

Profunda quoque fluviorum scrutatus est, et abscondita in lucem produxit.

Fray Luis de León interpretó este pasaje como alusivo al descubrimiento del Nuevo-Mundo, y lo tradujo en admirables tercetos que ya hemos publicado en otra ocasión. (1)

Entre los escritores eclesiásticos hay algunos que parece tienen conocimiento de aquellas regiones y hasta le dan el nombre de mundos, como San Clemente en su Epístola *Ad Corinth,* en donde si bien enseña que el Océano es innavegable, dice que más allá de los mares existen otros mundos regidos por el Criador, con las mismas leyes con que se gobierna el nuestro. *Oceanus intransmeabilis est hominibus, et hi qui trans ipsum sunt mundi, his eisdem dominatoris Dei dispositionibus gubernatur:* pero esta noticia no es entendida. Orígenes la interpreta diciendo que los mundos á que el Santo Pontífice se refiere, son el sol, la luna y los planetas (2): otros padres de la Iglesia, parece que enseñan que el mar nos es completa-

(1) Cristóbal Colón el Héroe del Catolicismo.

(2) Origen. Tom. I. Periarch, *seu De Principiis.* Lib. II. Cap. III. *De Initio mundi et causis ejus.*

mente desconocido, y que no podemos saber qué es lo que contiene en sí ni lo que haya más allá, como contexte con las ideas de su tiempo, lo dice San Hilario en sus interpretaciones al Salmo 68: *Mare quod profunda infinitaque sui obice mentem humanae opinionis excedat, ut neque quid extra se neque quid intra sit sensu persequente capiamus.*

Y dejamos de aducir más testimonios, porque nos haríamos interminables; y concluiremos diciendo que, si bien parece que flota en toda la antigüedad la idea, aunque vaga, de la existencia de pueblos allende el Océano, se encuentran estos datos en pasajes tan obscuros, que no parece probable sacase de este conocimiento, dado que Colón lo tuviese, la idea de descubrir aquellos países.

IV

Pero más fuerza que todas estas razones que acabamos de citar, aun suponiendo que

fuesen de él conocidas, mayor convencimiento llevarían á su ánimo las cañas labradas de especies nunca vistas, arrastradas por las aguas á las islas de Porto-Santo y la Madera, frecuentadas por Colón; los cadáveres de hombres extraños, de raza distinta de la nuestra, arrojados también por los mares en aquellas playas.

Pero no es esto todo: además de la creencia que Colón tenía de la extensión del Asia y de sus cálculos sobre la relativa pequeñez del diámetro terrestre, creencia y cálculo que resultaron erróneos, pues la extensión del Asia era puramente imaginaria y la extensión terrestre de mucho mayor diámetro que el calculado; además de todo esto tuvo Colón otro dato que influyó en su ánimo más que todos los dichos y sobre todos los datos aducidos, y es el suministrado por el humilde piloto de Huelva, Alonso Sánchez, que murió en sus brazos, y era testigo ocular, que aseguraba haber visto y pisado tan lejanas regiones, hecho como ninguno influyente en la realización de la colosal empresa y como

ninguno también controvertido y negado, cuando aparece en las tradiciones de nuestro pueblo y en las hermosas páginas de nuestra historia nacional más refulgente y claro que la luz del medio día.

Este fué el acontecimiento culminante que abrió sus ojos; este es el hecho que le prestó fuerzas en sus desmayos; aliento y vida en aquellas terribles contrariedades que todos los pretendientes tienen que sufrir, pero él más aún que todos, por ser el más grande de los solicitantes.

Objeto es del presente libro referir este suceso, defender su veracidad por medio de razones y datos históricos, que de maneras ningunas dejen lugar á dudas, hasta alcanzar hacer revivir la memoria de Alonso Sánchez, personaje que si bien obscuro por su posición, humilde por su cuna y modesto por su oficio, es sin embargo glorioso por ese hecho en su vida realizado, altísima misión que desempeñó en el mundo, aunque concluída ésta desaparece, y lo que es más triste, mientras la muerte lo arranca de entre los vivos,

los hombres intentaron hasta borrar las huellas de sus pasos en la tierra.

Al resucitar la memoria de Alonso Sánchez, deseamos colocar su nombre, si no al lado, debajo al menos, pero junto siempre de ese otro nombre gloriosísimo y verdaderamente inmortal, Cristóbal Colón, para quien el héroe obscuro de Huelva fué el pedestal de su gloria; y no hay que dudarlo; el humilde piloto, el pobre marinero que arrebatado por los vientos contempla entre las agonías de la muerte las vírgenes tierras que en su seno ocultaba el Océano, allá en remotísimas distancias, es el origen de la gloria de Colón, porque le hace depositario de sus secretos y heredero de sus observaciones y estudios; y con la palabra de Alonso Sánchez el corazón del genovés palpita, el relato del pobre náufrago ilumina la mente del gran marino, y al bajar al sepulcro el piloto de Huelva, deja ya en la tierra un héroe que sacará á la luz del mundo los hermosos países por él vistos entre las negras obscuridades de las borrascas.

Siendo esta la idea del libro, colocar un

nombre junto al nombre de Colón, una figura junto á la gigantesca del gran Almirante, claro está que conviene que el pensamiento que en él se desarrolle no sea una idea nueva, ayer inventada, nacida de la imaginación del pueblo ó de la mala voluntad de los envidiosos, sino que es necesario que sea una idea antigua, y tan antigua como el mismo Colón, que nazca en sus mismos días, que se desarrolle y crezca á medida que se agiganta, con el trascurrir de los siglos, la misma figura del inmortal genovés; y esto sin malas artes ni pasiones, sino por la fuerza misma de la verdad, por el desenvolvimiento mismo de la historia, por la mayor claridad que el pasado va adquiriendo ante nuestra vista; y así es, en efecto, como podrá verse en el desarrollo de esta historia tan clara y tan verídica, que puede reducirse su exactitud á la de los problemas matemáticos.

V

En 1508, D. Diego Colón, hijo del primer Almirante de las Indias, después de trabajar inútilmente durante muchos años para que el rey D. Fernando el Católico le invistiera de las altas dignidades y jurisdicciones que le correspondían como sucesor que era del descubridor del Nuevo-Mundo, pidió permiso al monarca para reclamar sus derechos ante los tribunales, y obtenida la venia, empieza aquel célebre pleito que duró más de medio siglo, hasta el 1564.

D. Diego Colón pide el cumplimiento de las Capitulaciones firmadas por los reyes en Santa Fe, en la vega de Granada, el 17 de Abril de 1492, cuyas Capitulaciones contienen cinco artículos en los cuales se establece:

Que Colón, sus herederos y sucesores disfrutarían para siempre del empleo de Almirante de todas las tierras y continentes que pudiese descubrir en el Océano, con honores

y prerrogativas semejantes á los que gozaba en la península el grande Almirante de Castilla.

Que además del cargo de Almirante gozaría del de Virrey y Gobernador de todas las dichas tierras y continentes; con el derecho de presentación de tres candidatos para el gobierno de cada isla ó provincia, uno de los cuales elegiría el soberano.

Que se reservaría para sí la décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y todos los otros artículos de comercio, de cualquier modo que se obtuvieren, por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, deducido antes el coste.

Que él, ó su lugarteniente, serían los solos jueces de todas las causas y litigios que pudiera ocasionar el tráfico entre España y aquellos países, si el Almirante de Castilla tenía la misma jurisdicción en su distrito.

Por último, se estipuló también que pudiese Colón contribuir entonces y en todo tiempo con la octava parte de los gastos para el armamento de los bajeles que habían de

salir al descubrimiento, y recibir la octava parte de los provechos. Esta última cláusula la puso Colón cuando le acusaron de pedir mucho sin exponer nada por su parte.

Todo esto pedía D. Diego, el hijo mayor del Almirante en los tribunales de justicia, y el Fiscal lo niega todo, pero todo; fundándose en que fué otro y no Colón el que descubrió las islas y tierra firme del mar Océano.

Nosotros protestamos de esta conducta del Fiscal, que niega á Colón su grandeza y quiere arrebatarle una gloria que ni los siglos ni los hombres la podrán nunca obscurecer; nosotros que consideramos á Colón como descubridor del Nuevo-Mundo, nosotros venimos á defender á ese otro que antes que él holló con su humilde planta aquellas vírgenes selvas.

Con el trascurso del tiempo ha cambiado el modo de ser de las cosas: en los días del Almirante, y en los que inmediatamente le siguieron, se tuvo que negar la existencia de Alonso Sánchez por los amigos de Colón, porque del nombre de Alonso Sánchez se va-

lieron para perseguir á Colón y negarle toda gloria y recompensa por su vastísima empresa; pero en nuestros días podemos sin peligros de ninguna clase honrar al gran marino, celebrando también la memoria de Alonso Sánchez.

No es, pues, nuestro ánimo anublar siquiera en lo más mínimo la excelsa auréola que circunda la frente del genio inmortal de ambos hemisferios, el genovés castellano, el invicto Colón, personaje sin par, á quien plugo á la Providencia señalarle en el mundo los más grandes destinos que en suerte cupo á los hombres, elevando con él á las inaccesibles alturas de la gloria á la nación bendita que auxilios le prestara en la realización de sus proyectos: pues bien; si entre nosotros alcanzó su anhelo, al lograrlo, desplegó la gloriosa bandera de la patria española allende los mares, y por este motivo justo es que la gratitud le levante un altar en cada uno de nuestros corazones, y que nuestra patria sea el templo de su fama, donde continuamente se le rindan los homenajes de admiración, de

respeto, de entusiasmo, que merecieron sus hechos inmortales.

Empero la gratitud que á Colón, nuestro hijo adoptivo, debamos, la admiración y el entusiasmo que le profesemos, ¿podrán servir nunca de obstáculo á que aclamemos el nombre de ese hermano nuestro, hijo de la madre España, que, si bien obscuro y desgraciado marinero, á él le debió el ilustre genovés su imperecedera fama?

Alonso Sánchez fué en el Nuevo-Mundo el precursor de Colón; dió á éste noticias exactas y conocimiento cierto de la existencia de aquellos países, para que el insigne nauta realizara la unión de los pueblos y completara el linaje humano.

Alonso Sánchez es, pues, una gloria nacional, y las glorias de la patria no sólo nos pertenecen, sino que nos debemos á ellas: por esto inflaman nuestro corazón y nos llenan de noble orgullo sus hazañas y proezas, y la historia, al referir los hechos que realizaron los grandes hombres que vieron del mundo la luz primera bajo el mismo hermoso cielo

que iluminó nuestro nacimiento, y que sus cunas fueron mecidas por las mismas brisas que arrullaron las nuestras, no es sólo para que nos enorgullezcamos, es también para que los imitemos y nos sirvan de estímulo y de ejemplo, y, cuando esto no pueda suceder por la índole del suceso que ellos realizaran, para que los admiremos y les rindamos el culto que sus hechos merecieron.

Por esto no sólo se debe dispensar, sino aplaudir el santo y purísimo anhelo que cada uno siente en su corazón por encumbrar las glorias de su patria, ensalzar sus hechos y publicar sus grandezas; procurando hacerlo guiado y dirigido por la verdad: y esta conducta proporciona satisfactorios resultados, porque siempre deja en el alma el grato y tranquilo gozo que produce el cumplimiento del deber.

Esta es la idea que en el presente libro pretendo desarrollar, pero temeroso siempre é irresoluto, no porque desconfíe de la bondad de la causa que defiendo, de la certeza de la historia que voy á referir, pues esta

verdad y esta certeza han formado en mí convicción tan íntima, que si la pudiera exponer con la claridad que la siento y la veo, todos mis lectores opinarían como yo, y sería este libro la última palabra sobre el particular; pero á esto no aspiro, porque excede y con mucho á mis débiles fuerzas, y por desgracia mía no poseo el dominio en el escribir que se necesita para tamaño triunfo.

Mis aspiraciones son más modestas; pretendo sólo dar un grito de alarma para que se fije la atención en Alonso Sánchez, y los hombres de la palabra y de la pluma se ocupen en exclarecer esta idea por mí sólo bosquejada.

He dicho que entro en esta cuestión temeroso siempre é irresoluto, porque me duele y lastima el sólo pensar que alguien crea que pretendo eclipsar de algún modo la gigantesca figura de Cristóbal Colón, hoy que se rehabilita su memoria, próximo á celebrarse el cuarto centenario del grandioso acontecimiento, y cuando en todos los pueblos y naciones, desde un mar hasta el otro mar, y, por toda

la extensión del orbe, se aclaman con entusiasmo su valor y su fe, su paciencia, su constancia; agentes primordiales con que supo llevar á feliz término el más asombroso pensamiento que cupo en la mente humana: completar el mundo.

Intentar disminuir la gloria de Colón, sobre ser innecesario, sería una quimera, porque su gloria se encuentra asentada sobre fundamentos eternos, imperecederos; porque su fama la publica ese mundo antes oculto, por él asociado al concierto universal. Empero tengamos en cuenta que el nombre de Alonso Sánchez es tan antiguo al menos como el de Colón. Los historiadores de Alonso Sánchez han sido los mismos que los del Almirante, mal que les pese á los detractores del piloto onubense; el nombre de Alonso Sánchez ha sido como la sombra del nombre de Colón; casi siempre se han pronunciado juntos; juntos aparecen en las páginas de la historia; justo es que también estén juntos en la estimación y respeto público.

Mas el nombre de Alonso Sánchez es co-

nocido sólo en los lugares por donde se deslizó su trabajosa vida y por los eruditos; no es todavía popular, y por esto no se le ha dado el lugar que merece en ese grande acontecimiento cuyo cuarto centenario estamos próximos á celebrar; por esto se necesita que se extienda su nombre, se divulgue su fama y que sea conocido el hecho por él realizado.

VI

Con este fin acometemos el presente trabajo, el que para mayor claridad dividimos en dos partes: la primera dedicada á Alonso Sánchez, y á Cristóbal Colón la segunda. En la primera, presentamos las tradiciones y noticias históricas referentes al inmortal marino de Huelva, aduciendo los testimonios de los principales historiadores que han trasmitido y conservado el nombre de Alonso Sánchez, desde el primer cronista de las Indias el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, hasta nuestros días, completando este estudio con

la refutación de los argumentos aducidos por varios historiadores, y sobre todo por Washington Irving y el conde de Roselly de Lorgues, que son los dos grandes adversarios de nuestro héroe. La segunda parte tiene por objeto presentar hechos y sucesos ocurridos en la vida de Colón y en los momentos de realizar su idea, que ponen de manifiesto, aunque él lo calle, ser cierta la revelación que le hiciera Alonso Sánchez de Huelva.

PARTE PRIMERA

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

ALONSO SÁNCHEZ DE HUELVA

En los últimos años de la décimaquinta centuria, la Europa fué agitada por un febril entusiasmo de descubrimientos marítimos.

La historia nos ofrece ejemplos bien marcados de las tendencias de la humanidad en cada época, como son también distintos y marcados los gustos é inclinaciones del hombre en los varios períodos de su vida.

Un día la Europa se conmueve, y se levanta como un solo hombre, y se traslada al Asia para conquistar el Santo Sepulcro de Jesucristo, y se escriben entonces esas páginas en los fastos del mundo, que se llaman las Cruzadas, y que despiden de sí tal aroma, tan poética esencia de valor y bizarría, que aunque desgraciadas todas en sus resultados, nos cautivan, y su relato nos entusiasma y subyuga.

Pues bien: ya desde el siglo XIII, las letras, que aletargadas dormían en los claustros de catedrales y monasterios, se levantan, quieren templos para sí, y se les erigen esos suntuosos alcázares que se llaman universidades, adonde la juventud acude cada vez con mayor ahínco, hasta el punto de tener que dar Alberto M. sus explicaciones en la plaza pública por no poder contener las aulas el prodigioso número de sus oyentes.

Más tarde, cuando merced á la imprenta empieza á repartirse el caudal de los conocimientos humanos atesorados por las generaciones que poblaron la tierra, y ocultos hasta entonces en empolvados manuscritos de antiquísimas bibliotecas, conservadas por la Iglesia en el interior del Santuario que les sirvió de fanal en los tiempos del hierro y del fue-

go, y mientras se formaban las naciones modernas que habían de sustituir al antiguo imperio romano; conocimientos y bibliotecas que sólo cultivaba el clero, depositario de todo el saber y trasmisor también del mismo, á quien y por quien somos poseedores de la brillante civilización de nuestros días. Entonces acaban las luchas civiles y las guerras intestinas de la Edad Media y también concluye la obra imperecedera de nuestra inmortal Reconquista, y empiezan los tiempos modernos, época que se inaugura con verdadera y útil actividad y productivo movimiento; acostumbrados aquellos hombres al continuo batallar de las frecuentes guerras, al concluirse éstas, no se avenían á la vida sosegada y tranquila del hogar, y necesitaban algún nuevo campo en donde ejercitar su energía; y como la Europa no se prestaba ya á las antiguas conquistas, buscaron en el fondo de los mares tierras y pueblos donde saciar su afán de descubrimiento y su codicia.

Este nuevo rumbo que tomaban las costumbres europeas, acusaba un progreso cuyos favorables resultados los disfrutamos hoy: entonces se abrieron nuevos caminos al comercio y se echaban los cimientos de la in-

dustria que tan alto vuelo había de adquirir andando el tiempo, y los límites de las fronteras se extendían por el lado de los mares, y al descubrir nuevos pueblos se les comunicaban conocimientos agrícolas, ciencias y artes; se les sacaba de la especie de salvajismo en que vivían para atraerlos al concierto y trato con los demás hombres.

Todas estas razones son de suyo fuertes y poderosas para despertar en las almas ardimiento y entusiasmo, y en efecto, el afán de descubrir nuevas tierras era el ambiente que entonces se respiraba, constituía el pensar y la aspiración de príncipes y de pueblos.

España no era ajena á este movimiento, á pesar de estar mermadísima y entretenida en sus luchas contra la Media Luna: las naves de Aragón y Cataluña atravesaban los mares en todas direcciones, y en el litoral del Mediterráneo y del Atlántico existia mucho comercio y vida, debido también al descubrimiento y conquista de las islas Canarias, las célebres *Fortunatae* de Tolomeo, olvidadas por completo desde la ruína del poder romano, y descubiertas por naves vizcaínas, como quieren algunos, en 1393, y conquistadas por Juan de Bethencourt desde 1401 á 1405, desde cuya fecha era grande y activo el co-

mercio que los pueblos del litoral atlántico de España con dichas islas sostenían.

Entre estos pueblos ribereños, son dos los principales, y precisamente sobre ellos debemos fijar nuestra atención de un modo especial por el alto renombre que alcanzaron y la justa fama que consiguieron, no desaparecida por completo en nuestros días: nos referimos á Palos, puerto pequeño pero famosísimo; humilde villa, pero respetada como una especie de ciudad santa por los pueblos que habitan allende los mares, porque sus hijos fueron los grandes descubridores de aquellas apartadas regiones. Palos se encuentra colocado sobre la ría del Tinto, no lejos de Moguer y á media legua del gloriosísimo convento de Santa María de la Rábida; hoy su población apenas cuenta 1.250 almas, pero en la época á que nos referimos tenía cerca de 2.000 vecinos, con anchas calles y hermosas casas solariegas, éstas hoy en ruínas, como que la más grande decadencia ha sobrevenido al activo y floreciente comercio que en los siglos pasados lo enriquecía.

El otro puerto á que nos referimos es Huelva: esta ciudad, no sólo conserva todavía su antigua preponderancia, sino que va en aumento su importancia comercial y su fama:

la forma misma de la ciudad, capital hoy de su provincia, es altamente poética, pues se asemeja á una paloma hermosa que viene á posar su pico sobre el manso y tranquilo lago que á sus pies se desliza, con sus alas extendidas en actitud de remontar rápido vuelo, para enseñorearse, como ha sabido conseguirlo, sobre todas las poblaciones que la rodean; acariciada por las brisas del Atlántico, y enriquecida por los caudales que el Odiel y el Tinto vienen á depositar á sus plantas; reclinada sobre feraz campiña, abundosa en granos de calidad superior; donde la cepa extiende sus pámpanos fecundos, y el olivo besa la tierra con sus ramas cuajadas de fruto, agradecido al rico jugo que le proporciona; y los pinos purifican el aire, y los frutales regalan sus ricos aromas y jugosos albérchigos, y el canto de la gaviota y del pelícano, de la golondrina de mar y picotijera, se confunden con el canto del marinero que saca del seno de los mares el pan bendito con que alimenta á la tierna esposa y á sus chicuelos. Huelva, de riente cielo, de alegres hijos, de hermosas flores de aromáticas esencias, poderosa siempre y espléndida, porque en sus entrañas tiene riquezas que no han podido agotar miles de años y de pueblos.

Todavía se encuentra Huelva favorecida por todas las naciones de Europa, como en la antigüedad todos los pueblos la desearon poseer para sí, y desde la época de los fenicios, quienes siguiendo las instrucciones de un oráculo llegaron cerca de sus muros á ofrecer un sacrificio en la inmediata isla de Saltés, hasta nuestros días; el aire que allí se respira hace ondular los pabellones de todas las gentes; las aguas de sus costas sostienen las embarcaciones de todos los pueblos, hasta de los más remotos, y su nombre por doquier lo repite el viento circundado de hermosísima auréola.

De Huelva es el héroe que nos ocupa, y su nombre, aunque desconocido en muchos países y humillado por varios historiadores, resplandece en Huelva con vivísimo fulgor; parece que su madre patria lo arrulla en su blando seno, y allí se conserva viva su historia, se trasmite de padres á hijos, sin que se haya borrado jamás de la memoria de aquellos sencillos y robustos marinos.

Dice así la tradición, según la refieren los más ancianos, quienes á su vez la escucharon de otros antiguos, y así sucesivamente hasta llegar á los días mismos de Alonso Sánchez:

Sucedió por los años de 1484, que uno

de los pilotos de Huelva, *Alonso Sánchez*, que hacía el comercio de cabotaje de Huelva á las Canarias y Madera, vendiendo y cambiando frutos, especias, azúcares y otras mercancías, las que trasportaba en pequeña carabela, al pasar de las Canarias á la Madera, fué arrastrado por deshecho y terrible temporal, que le condujo sin rumbo cierto, y á merced de las olas, á muy remotas distancias; teniendo que luchar noche y día con las tormentas del cielo y borrascas de los mares, sin tener apenas tiempo de comer ni de dormir.

Treinta días no completos llevaban de sufrir los embates de las olas, hechos juguetes de la furiosa borrasca, cuando se encontraron con nuevos vientos, de distinta dirección que los anteriores, que calmaron la tempestad; sospecharon encontrarse no lejos de nuevas playas; y en efecto, se presenta ante su vista un cuadro encantador, realzando su hermosura el recuerdo de los trabajos sufridos, la necesidad de alimento y descanso: una isla inmensa, de exuberante vegetación y ricos frutos, habitada por hombres de desconocida traza, cuya presencia produjo en Alonso Sánchez y sus compañeros tan indescriptible y plácida alegría, cual no la disfrutó jamás ni

el peregrino á la vista del oasis en medio del desierto: si nosotros hubiéramos de describirla, la compararíamos con la que experimentaría uno que se levantara de entre los horrores del sepulcro, al contemplar de nuevo la luz del sol, y aspirar el fresco ambiente de la mañana, saturado de saludable y riquísimo aroma.

Alonso Sánchez, curioso marino y experto navegante, según hasta el día publica la fama, saltó en tierra, tomó la altura á que se encontraba, y escribió cuanto había sucedido y él había observado en aquella navegación; proveyó su barco de leña, agua y algunos víveres, de los que pudo en aquellos incultos países encontrar, y determinó volverse; los mismos trabajos que á la ida sufrió á la vuelta; más, el desconsuelo de ver perecer á doce de sus compañeros, pues de diez y siete que iban, quedaron reducidos á cinco, cuando arribaron á la isla de Madera, donde fueron recogidos por Colón, quien por más que los cuidó para arrancarles de las garras de la muerte en que se encontraban, efecto de los trabajos y privaciones sufridas, no lo pudo conseguir, y murieron en sus brazos todos cinco, incluso Alonso Sánchez, el que le dejó en cambio de su buena obra sus apuntes y memorias, ob-

servaciones y datos de aquellos descubrimientos que había hecho.

El secreto por parte de Alonso Sánchez bajó al sepulcro, y por parte de Colón quedó sepultado en su pecho, pozo más profundo que los mismos mares que intentaba traspasar; empero como aquellos marinos hablarían con otras personas á quienes refirieron lo sucedido; estas relaciones, conservadas por los habitantes de la Madera, las comunicaron á su vez á los hijos, hermanos y amigos de aquellos que continuaron en su comercio; y los hechos referidos por los moribundos nautas, se vieron confirmados, cuando otros hijos de Palos y de Huelva, dirigidos por Cristóbal Colón, ocho años más tarde, vinieron refiriendo los grandes descubrimientos que acababan de hacer, en el mismo sitio adonde los otros llegaron.

Hé aquí la interesante y sencilla narración, tal y como la refieren aquellos viejos marinos, quienes al hablar de estas cosas se rejuvenecen y el entusiasmo se apodera de ellos; ese entusiasmo que infunde siempre el amor á la patria, máxime cuando se recuerdan los preclaros varones que la ennoblecieron, y que cuando han nacido en el mismo suelo y los consideramos como hermanos nuestros,

nos creemos participantes de sus triunfos al relatar sus hechos.

Los siglos trascurridos no han sido bastantes para amortiguar siquiera el recuerdo vivo de Alonso Sánchez, allí en Huelva, donde se cree el viajero hablar con los mismos que lo conocieron; tal es el entusiasmo con que se pronuncia su nombre, donde se señala la casa en la cual vivió, y todavía algunos se enorgullecen con su apellido.

CAPÍTULO II

LUGAR QUE ALONSO SÁNCHEZ OCUPA EN LA HISTORIA

La tradición que acabamos de citar, la refieren los habitantes de la isla de Madera, la repiten los viejos marineros del Algarve en Portugal, y fluye de un modo sencillo y espontáneo de los labios y pechos de los onubenses, como las aguas brotan de las fuentes; y preguntamos: ¿no tiene esta tradición otro apoyo más que el que hemos referido, la trasmisión oral de padres á hijos en el trascurso del tiempo? ¿Alonso Sánchez ha sido siempre y es todavía un personaje legen-

dario, hijo sólo de la imaginación popular y en ella sólo su nombre conservado?

Para contestar á estas preguntas, necesitamos abrir la historia, y por cierto que nos conviene, porque ella es el tribunal adonde comparecen los héroes y los pueblos, y ella sentencia en último término y sin apelación, y ninguno se puede sustraer á sus fallos, porque ella es la conciencia de la humanidad; por esto la historia domina al hombre, destruye la mentira y rebate los sofismas y la pasión.

Abramos la historia, y ella nos dirá cómo con el trascurso del tiempo, el suceso ocurrido á nuestro Alonso Sánchez, tan insignificante al parecer en un principio, y luego de tan importantes y trascendentales consecuencias, fué adquiriendo fama y se divulgó, llegando á oídos de los hombres que tienen la altísima misión de trasmitir á las generaciones futuras los hechos que pasaron: dada la manera de ser de aquellos tiempos de comunicaciones difíciles y poco desarrollo en la imprenta, la noticia que á los historiadores llegara empezó por ser obscura, como murmullo y habla popular; porque no era tampoco el caso perteneciente á ningún alto personaje, de esos que por ser muy vistos sus

hechos, son también muy conocidos, sino que se trataba de un pobre y obscuro marinero, á quien conocían en su pueblo, y en los demás puertos en donde hacía su comercio, pero nada más; ni brillaba por sus letras, ni por su elevada posición ni opulencia: de manera que se necesitó mucho tiempo para que su nombre fuese rompiendo las capas sociales superiores á la suya, y llegara á la superficie de la publicidad y á ser conocido: en vida necesitamos los pobres hacer titánicos esfuerzos para abrirnos paso y hacernos ver y notar, y muchos, muchísimos, sucumbimos en la lucha; pero después de muertos es mucho más difícil, es imposible.

Alonso Sánchez murió, y hasta el presente no ha logrado abrirse paso.

Los historiadores, pues, lograron por fin desenterrar la memoria de Alonso Sánchez y descubrieron y consignaron en escrito su nombre, patria y todas las circunstancias de su providencial descubrimiento.

Pero este esfuerzo de los historiadores no fué bastante para arrancar del olvido á Alonso Sánchez, sino que su memoria quedaba siempre abandonada, porque se presentaba encima de ella la de un coloso, la memoria de Colón, que verdaderamente es un as-

tro de primera magnitud, y así como la luz del sol eclipsa el brillo de las estrellas, la memoria de Colón hace palidecer el renombre de todos los que á su lado se pongan.

Mas no por esto deja de aparecer en la historia el nombre de Alonso Sánchez, sino que, como hemos dicho, sus historiadores son los mismos que los de Colón, y casi todos los que se han ocupado de una manera extensa del grande descubrimiento, han tenido que citar el humilde nombre del desgraciado marinero de Huelva junto al nombre del inmortal navegante, los unos para negar su existencia, para confirmarla los otros, y nosotros vamos á presentar los testimonios de los que lo afirman y los testimonios de los que lo niegan, para que la verdad resulte con todo su esplendor, sin artificios, ambajes ni dudas, sino clarísima, magnífica, apodíctica.

En la imposibilidad de citar todos los historiadores que se han ocupado de la materia, aduciremos los testimonios de los más principales, empezando por los más antiguos y concluyendo en nuestros días, y se verá por los nombres de los que presentemos que son de verdadera autoridad y competencia. Para mayor claridad y más fácil estudio de los mismos, los dividiremos por siglos.

SIGLO XVI

El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1).

El título de primer cronista del Nuevo-Mundo que con tan justos motivos ostenta este historiador, nos hace le demos el primer lugar en nuestro relato, y porque así lo exije también el orden cronológico, pues empezó á publicar sus obras en 1535 y las daba la última lima en 1548.

Llámase ésta *Historia general y natural de las Indias,* en cincuenta libros dividida. Pues bien; en el libro segundo de esta importantísima obra, el capítulo segundo se intitula así: «Del origen é persona del Almirante primero de las Indias, llamado Chripstóbal Colom, é por qué vía ó manera se movió al descubrimiento dellas, segund la opinión del vulgo.»

Advertimos que Fernández de Oviedo niega la existencia de Alonso Sánchez, pero en su misma negativa va envuelta valiosísima

(1) Edición oficial de la Real Academia de la Historia, página 12.

prueba de la verdad de nuestro relato, en cuanto que el mencionado historiador nos asegura, según la inscripción del capítulo citado, que nos va á referir la opinión vulgar, ó lo que es lo mismo, lo que de público se decía en el momento de escribir, y se expresa de la siguiente manera:

«Quieren decir algunos que una caravela que desde España passaba para Inglaterra cargada de mercadurías é bastimentos, assí como vinos é otras cosas que para aquella isla se suelen cargar (de que ella caresce é tiene falta), acaesció que le sobrevinieron tales é tan forzosos tiempos é tan contrarios que ovo de nescessidad de correr al poniente tantos días, que reconosció una ó más delas islas destas partes é Indias, é salió en tierra, é vido gente desnuda de la manera que acá la hay, y que cessados los vientos (que contra su voluntad acá lo truxeron) tomó agua y leña para volver á su primero camino. Dicen más: que la mayor parte de la carga que este navío traía eran bastimentos é cosas de comer, é vinos; y que assí tuvieron con que se sostener en tan largo viaje é trabajo; é que después le hizo tiempo á su propósito y tornó á dar la vuelta, é tan favorable navegación le subcedió, que volvió á Europa, é fué á

Portugal. Pero como el viaje fuesse tan largo y enojoso, y en especial á los que con tanto temor é peligro forzados le hicieron, por presta que fuesse su navegación, les duraría quatro ó cinco meses (ó por ventura más) en venir acá é volver á donde he dicho. Y en este tiempo se murió quasi toda la gente del navío, é no salieron en Portugal sino el piloto con tres ó quatro ó alguno más de los marineros, é todos ellos tan dolientes, que en breves días después de llegados murieron.

»Dícese junto con esto que este piloto era muy íntimo amigo de Chripstóbal Colom, y que entendía alguna cosa de las alturas, y marcó aquella tierra que halló de la forma que es dicho, y en mucho secreto dió parte dello á Colom, é le rogó que le ficiese una carta y assentase en ella aquella tierra que había visto. Dícese que él le recogió en su casa, como amigo, y le hizo curar, porque también venía muy enfermo; pero que también se murió como los otros, é que assí quedó informado Colom de la tierra é navegación de estas partes, y en él solo se resumió este secreto. Unos dicen que este maestre ó piloto era andaluz; otros le hacen portugués; otros vizcaíno; otros dicen quel Colom estaba entonces en la isla de la Madera, é otros

quieren decir que en las de Cabo Verde, y que allí aportó la caravela que he dicho, y él ovo por esta forma noticia de esta tierra. Que esto passase assí ó nó, ninguno con verdad lo puede afirmar; pero aquesta novela assí anda por el mundo entre la vulgar gente de la manera que es dicho. Para mí yo lo tengo por falso, é como dice el Augustino: *Melius est dubitare de occultis, quam litigare de incertis.* Mejor es dubdar en lo que no sabemos, que porfiar lo que no está determinado.»

Hasta aquí el primer cronista de las Indias: sus palabras son preciosas, aunque la historia que nos refiere la califique de novela y él la tenga por falsa. Pero él consigna un hecho, y éste nos basta: «que assí anda por el mundo entre la vulgar gente.» La memoria de Alonso Sánchez es de las que tienen que ir de abajo arriba, abriéndose paso desde el vulgo hasta los hombres de letras: la tradición hablada es más antigua que la historia; es un hecho que el pueblo presencia y lo conserva, y luego el historiador lo aprende y lo consigna en escrito.

En el documento que vamos á presentar, tan antiguo al menos como el citado anteriormente del capitán Fernández de Oviedo, se repite la misma tradición: todavía no se ase-

gura, pero tampoco se niega; sin embargo se le da un lugar importante en la historia, y estos autores la habrán oído referir con tanta insistencia, que no han creído conveniente omitirla: esto ya es mucho, pues cuando se trata de una simple fábula, se desprecia y sólo se consignan los hechos que al menos tienen visos de verdad.

Con esto solo nos contentamos; con que la tradición relativa á Alonso Sánchez tenga visos de verdad en estos orígenes que estamos recorriendo del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Porque los primeros historiadores de aquel hemisferio no pudieron presentar todas las particularidades ni todos los personajes que coadyuvaron á la realización del hecho, porque fué un acontecimiento vastísimo que rodearon muchas circunstancias y en el que figuraron muchos personajes, y por esto se necesitó que trascurrieran años y que intervinieran varios autores en la formación de su historia, para que fijándose unos en unas cosas y otros en otras, resultase de la reunión de todos la historia completa del suceso. Pues bien; del marinero perdido en los mares todos se ocupan al principio; ignoran su nombre, pero ya lo averiguarán y figurará en las páginas de la historia.

Apuntaciones para la Historia del descubrimiento de la Isla de Santo Domingo.— Descubrimiento y conquista de la dicha tierra y forma que tuvo en hacerse.

(Años de 1520 á 1586.) (1)
(Anónimo.)

«Cristóbal Colón natural de Cugares, que es un lugar cerca de la Ciudad de Génova, en Italia, barón de honestos parientes y vida, gran cosmografo, cuya origen es la ciudad de Plasencia en Lombardía, del antiguo y noble linage de Pelestrel; aviendo pasado en Cevante, y andado lo más del mar Mediterráneo donde aprendió la navegación y ejercicio délla, deseando ver el mar Oceano, se fué en Portogal y vivió en la ciudad de Lisbona; y ora fuese por lo que se quiere decir de aquella caravela que desde España pasava á Inglaterra con mercaderías y bastimentos que con tiempos contrarios le huvo de correr al Poniente, y tantos días llegó á reconocer algunas de las islas que están cerca desta Española, y haber salido en tierra, y visto gente desnuda, y que cesados los vientos volvió y fué á Portogal, y que en el

(1) Colección de Documentos inéditos de Indias. Es el último del tomo XIV.

camino se murieron los más que yban en la carabela, que no salieron sino el piloto y tres ó cuatro marineros, y tan dolientes, que dende á pocos días, murieron del quel piloto hera amigo; el Cristóbal Colón, y entendió dél, lo que le había sucedido, y muerto quedó este secreto, en solo Cristóbal Colón. Ya que fuese por ser tan gran cosmografo, y por las autoridades, y lo que escribió Aristóteles, Solino y Plinio, y otros, y alcanzar el secreto del arte de navegar, trabajó por medio de Bartolomé Colón, su hermano, con el Rey Henrrique, séptimo de Inglaterra que le favoreciese y armase para descubrir estos mares, ofreciéndose á darle muchos tesoros y acrecentamiento de su corona, lo cual, el Rey de Inglaterra no aceptó, antes burló de lo que decía el Colón, el cual, viendo que el Rey de Inglaterra no le acojía y recibía, lo que así le ofrecía, trató lo mismo con el Rey Don Juan el segundo en Portugal, etc.»

El P. Juan de Victoria. (1)

Es una verdad que de maneras ningunas negarse puede, que en los mismos días del

(1) *Catálogo de los Reyes godos de España.* Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de Madrid. Capítulo que trata de los Reyes Católicos y cosas de estos años.

descubrimiento del Nuevo-Mundo, flota por todas partes la idea de que un marinero náufrago, después de haber sido arrastrado á remotísimas regiones por deshecha borrasca, viene á dar en los brazos de Colón; y en prueba de que esto es así, vamos á copiar el siguiente texto, en donde se dice que fué una nave vizcaína la que sufrió la tempestad, pero que en los otros detalles se conoce que es la misma narración de nuestro Alonso Sánchez, como se comprobará más todavía con las palabras de los historiadores que citaremos después.

Dice así el P. Juan de Victoria:

«Este año de 1488, Cristóval Colón, italiano, natural de Cuguzco ó Nervi, aldea de Génova, marinero, habiendo casado en la isla de la Madera y aportado allí y á su casa del puerto una nao vizcaína muy derrotada, que había sido con temporal arrojada á las islas de las Indias Occidentales y muerto en su casa el piloto y cuatro marineros de puro molidos, y entendido dellos el descubrimiento que habían hecho y cogido sus papeles, vino á tractar con el Rey Juan Segundo de Portugal deste descubrimiento, pediéndole ayuda, pero echólo por italiano burlador. Lo mesmo hizo el Rey Henrico de Ingalaterra; tractó lo mes-

mo con Don Enrique de Guzmán, Duque de Medina-Sidonia, y con Don Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, y no le dando crédito, aunque tuvo favores para ser oído, tampoco le daban crédito los Reyes Católicos. Quiso Dios que lo acogió en su casa Alonso de Quintanilla, que pudo tanto con el Cardenal D. Pero González de Mendoza, que hizo que le diesen un pequeño socorro, como quien echa pella á la pared; cuando el Rey de Portugal lo supo, procuró estorbarlo, pero Dios quiso que llevase efecto, y así descubrió las islas de Cuba, Hespañola, etc., el año 1492, y aquel gran Nuevo-Mundo tan rico.»

Fernando López de Gómora, Pbro. (1)

(1552.)

Nos encontramos delante del historiador que, al decir de varios autores enemigos de Alonso Sánchez, fué el inventor de esta fábula, cuando probado queda que existía, no esta fábula, sino verdadera historia, mucho antes que Gómora viera del mundo la luz primera.

(1) *Hispania Victrix.* Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias. Zaragoza, 1552.

Lo que sucede es que Gómora es en efecto el historiador que más avanza en darnos noticias y detalles sobre el suceso que nos ocupa, y por consiguiente no publica un rumor ni murmullo popular, sino que por su vida, trato íntimo con descubridores y conquistadores de aquellos países, y con los documentos adquiridos en la historia, antes de él ya escrita, ha podido darnos conocimientos más exactos sobre la cosa, formando una verdadera historia, aunque todavía no completa.

Mas antes de proseguir, tenemos que manifestar de nuevo, que nuestro deseo es únicamente la verdad, y por ende queremos presentar á los historiadores tales y como son, sin desfigurarlos ni tergiversar sus textos, sino estudiándolos según y como aparezcan ante el supremo tribunal de la historia, que es adonde hemos acudido para pedir su fallo: pues bien; según este tribunal, el autor que nos ocupa no aparece muy exacto, y se le acusa de no ser verídico en sus relaciones; y á pesar de esto y en contra de todo esto, consignamos sus palabras en favor de Alonso Sánchez. ¿Por qué? Porque veremos que los autores que lo corrigen y enmiendan y rectifican, no lo corrigen ni enmiendan ni rectifican en

sus dichos sobre el piloto de Huelva, de donde parécenos poder deducir que Gómora, dado caso que sea tan inexacto como vulgarmente se asegura, y que á nosotros no nos es dado ocuparnos en estos momentos de este punto, no es inexacto en lo relativo al hombre colocado por la Providencia que rige los destinos de la historia para ser el precursor de la luz, de la fe, de la civilización, para los pueblos que viven al lado opuesto que nosotros del globo que habitamos.

Atendida la excepcional importancia de este historiador en el sentido en que lo hemos presentado, se nos dispensará seamos en su relato un poco más extensos.

Francisco López de Gómora ó Gómara, nació en Sevilla por los años de 1510, estudió en Alcalá, y ordenado de sacerdote pasó á Roma, donde amplió los conocimientos adquiridos, que le valieron la fama de hombre de grandes estudios: su estilo es castizo y candoroso.

De vuelta de Roma, entró de capellán de Hernán Cortés, ya marqués del Valle, y en este tiempo, año de 1540, empezó á escribir su Historia de las Indias, por complacer á su favorecedor, valiéndose de las noticias comunicadas por el mismo Hernán Cortés,

Andrés de Tapia, Gonzalo de Umbría y otros conquistadores. Su obra fué publicada en 1552 en Zaragoza, dividida en dos partes: la primera es la *Historia de las Indias,* y *Crónica de la Conquista de Nueva España,* la segunda.

En la primera dice al Emperador Carlos V, á quien la dedica: «Muy Soberano Señor: la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias.»

Este historiador, aunque no cita el nombre de Alonso Sánchez, su relación es de las más extensas que poseemos, y en el capítulo que intitula *El descubrimiento primero de las Indias,* dice así:

«Navegando una carabela por nuestro mar Océano, tuvo tan forzoso viento de levante y tan continuo, que fué á parar en tierra no sabida ni puesta en el mapa ó carta de marear. Volvió de allá en muchos más días que fué; y cuando acá llegó no traía más de al piloto y á otros tres ó cuatro marineros, que, como venían enfermos de hambre y de trabajo, se murieron dentro de poco tiempo en el puerto. Hé aquí cómo se descubrieron las Indias por desdicha de quien primero las vió, pues acabó la vida sin gozar de ellas y sin

dejar, á lo menos sin haber memoria de cómo se llamaba, ni de dónde era, ni qué año las halló. Bien que no fué culpa suya, sino malicia de otros ó envidia de lo que llaman fortuna. Y no me maravillo de las historias antiguas, que cuenten hechos grandísimos por chicos ó escuros principios, pues no sabemos quien de poco acá halló las Indias, que tan señalada y nueva cosa es. Quedáranos siquiera el nombre de aquel piloto, pues todo lo al con la muerte fenesce. Unos hacen andaluz á este piloto, que trataba en Canaria y en la Madera cuando le aconteció aquella larga y mortal navegación, otros vizcaíno, que contrataba en Inglaterra y Francia; y otro portugués, que iba ó venía de la Mina ó India, lo cual cuadra mucho con el nombre que tomaron y tienen aquellas nuevas tierras. También hay quien diga que aportó la carabela á Portugal, y quien diga que á la Madera ó á otra de las islas de los Azores; empero ninguno afirma nada. Solamente concuerdan todos en que fallesció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las escripturas de la carabela y la relación de todo aquel largo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas.»

Y no concluye aquí, sino que en el capítulo siguiente, donde trata de «Quién era Cristóbal Colón,» dice: «Casóse en aquel reino (Portugal), ó como dicen muchos, en la isla de la Madera, donde pienso que residía á la sazón, que llegó allí la carabela susodicha. Hospedó al patrón de ésta en su casa, el cual le dijo el viaje que le había sucedido y las nuevas tierras que había visto, para que se las asentase en una carta de marear que le compraba. Fallesció el piloto en este comedio, y dejóle la relación, traza y altura de las nuevas tierras, y así tuvo Cristóbal Colón noticia de las Indias.»

El historiador pasa luego á referir la opinión de aquellos que consideran á Colón como hombre de ciencia, y que deducía la existencia de nuevas tierras por el conocimiento que tenía de los autores antiguos que así lo refieren; mas Gómara no es de esta opinión, y así dice: «No era docto Cristóbal Colón, mas era bien entendido. E como tuvo noticia de aquellas nuevas tierras por relación del piloto muerto, informóse de hombres leídos sobre lo que decían los antiguos acerca de otras tierras y mundos. Con quien más comunicó esto fué un fray Juan Pérez de Marchena, que moraba en el monesterio de

la Rábida, y así, creyó por muy cierto lo que dejó dicho y escripto aquel piloto que murió en su casa.»

Por último, en el capítulo siguiente que refiere «Lo que trabajó Cristóbal Colón por ir á las Indias,» empieza así: «Muertos que fueron el piloto y marineros de la carabela española que descubrió las Indias, propuso Cristóbal Colón de las ir á buscar.»

Hasta aquí López de Gómara; cuyas noticias adquirirán mayor autoridad y fuerza con la relación de los historiadores que citaremos después.

Parécenos que no es nada aventurado deducir la siguiente conclusión de cuanto llevamos tomado de Gómara; que era opinión general, entre los conquistadores de la India, que un español arrojado por una tempestad á aquellas remotas tierras refirió á Colón lo sucedido, y éste se aprovechó de aquel casual descubrimiento.

El P. José Acosta de la Compañía de Jesús. (1)

(1591.)

Vamos á citar el testimonio del P. José Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias,* para que se vea que no es uno solo el historiador que se hace eco de la opinión general de aquellos tiempos, acerca del piloto que impelido por los vientos descubrió las vírgenes selvas del Nuevo-Mundo, y lo manifestó á Colón para su aprovechamiento, sino que son muchos y de distintas clases, estados y condiciones, y todos á una confirman la misma noticia, adquiriendo ésta con tan múltiple relato tales grados de certeza, que nos parece imposible haya quien se atreva á negarla.

Dice así el citado autor en el libro I, capítulo XIX:

«Habiendo mostrado que no lleva camino pensar que los moradores de Indias hayan venido á ellas con navegación hecha para ese fin; bien se sigue que si vinieron por mar,

(1) *Historia natural y moral de las Indias.*

haya sido acaso y por fuerza de tormentas el haber llegado á Indias. Lo cual por inmenso que sea el mar Océano, no es cosa increíble. Porque, pues, así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos, cuando aquel marinero (cuyo nombre aun no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya á otro autor sino á Dios) habiendo por un terrible é importuno temporal reconocido el Nuevo-Mundo, dejó por paga del buen hospedaje á Cristóbal Colón, la noticia de cosa tan grande. Así pudo ser que algunas gentes de Europa ó de América, antiguamente hayan sido arrebatadas de la fuerza de el viento y arrojadas á tierras no conocidas, pasado el mar Océano. ¿Quién no sabe que muchas ó las más de las regiones que se han descubierto en este Nuevo-Mundo ha sido por esta forma? ¿que se debe más á la violencia de temporales su descubrimiento que á la buena industria de los que las descubrieron? Y porque no se piense que sólo en nuestros tiempos han sucedido semejantes viajes, hechos por la grandeza de nuestras naos y por el esfuerzo de nuestros hombres, podrá desengañarse fácilmente en esta parte quien leyere lo que Plinio refiere haber sucedido á muchos antiguos. Escribe, pues, de esta manera. Te-

niendo el cargo Cayo César, hijo de Augusto, en el mar de Arabia, cuentan haber visto y conocido señas de naos españolas que habían padecido naufragio; y dice más después: Nepote refiere que se trajeron á Quinto Metello Celere, compañero en el Consulado de Gayo Afranio, (siendo el dicho Metello Procónsul en la Galia,) unos indios presentados por el rey de Suevia, los cuales indios, navegando desde la India para sus contrataciones por la fuerza de los temporales, fueron echados en Germania.»

Testimonio éste valiosísimo que acabamos de presentar, cuya excepcional importancia se comprende y avalúa con sólo fijarse en las atinadas reflexiones y casos históricos, con que comprueba y defiende la noticia que sustenta, asegurando que nada tiene de extraño arrastrara la borrasca la carabela aludida á aquellas regiones, y de esta manera se descubriesen las Indias, cuando muchos descubrimientos modernos de aquellos países «se debe más á la violencia de los temporales que á la buena industria de los que las descubrieron.»

Mariana.

(1592.)

Cuyo solo nombre llena nuestra historia, de autoridad inmensa, al menos para los españoles, y para que veamos hasta qué punto es decisivo su dictamen, vamos á transcribir el juicio que le merece á uno de sus más ilustres biógrafos, advirtiendo que por nuestra parte consideramos este juicio como un retrato de mano maestra: (1)

«El amor á la patria puso la pluma en sus manos, hastiado, como estaba, de oírnos motejar de incultos y de bárbaros por los extranjeros; él mismo nos dice que si acometía la grande empresa de escribir la historia de su patria, era porque en los países extraños se ignoraban nuestras glorias y nuestras hazañas. Sólo que el amor de Mariana á la patria se confunde con el de la verdad. Para él, querer á España y dar á luz su historia, no es ni denigrar al extranjero, ni tejer panegíricos de falsas alabanzas, ni engalanarnos con plumas ajenas: es contar sus hechos, que harto glo-

(1) P. Garzón. *El P. Juan de Mariana y las escuelas liberales,* pág. 40.

riosísimos tiene, sin necesidad de fingir otros nuevos; y el amor, cuando es noble y sincero, ni evita la reprensión, *ya que manchas las hay en todas partes,* ni oculta la verdad porque amargue. La verdad, nos ha dicho él, (Mariana), *es la primera ley de la historia,* y por la verdad triunfa del tiempo, que acaba con todas las grandezas.»

El testimonio, pues, de Mariana, padre de nuestra historia, es de inestimable valor. Sabido es que mereció además el dictamen de imparcial y severo, pues á él se le ha dicho «cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona á la suya y la condena en lo dudoso.» (1)

Pues bien, este historiador explica así el descubrimiento del Nuevo-Mundo: (2)

«La empresa más memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fué el descubrimiento de las Indias Occidentales (las quales con razón por su grandeza llaman el Nuevo-Mundo); cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad. La ocasión y principio desta

(1) *República Literaria* de D. Diego Saavedra Fajardo, página 44.

(2) *Historia General de España,* lib. XXVI, cap. III.

nueva navegación y descubrimiento fué en esta manera. Cierta nave desde la costa de Africa do andaba ocupada en los tratos de aquellas partes, arrebatada con un recio temporal aportó á ciertas tierras no conocidas. Pasados algunos días, y sosegada la tempestad, como diese la vuelta muertos de hambre y mal pasar casi todos los pasageros y marineros el maestre con tres ó quatro compañeros últimamente llegó á la isla de la Madera. Hallábase acaso en aquella isla Christóval Colón ginovés de nación, que estaba casado en Portugal y era muy exercitado en el arte de navegar, persona de gran corazón y altos pensamientos. Este albergó en su posada al maestre de aquel navío y como falleciese en breve dexó en poder de Colón los memoriales y avisos que traía de toda aquella navegación. Con esta ocasión ora haya sido la verdadera ó sea por la astrología en que era exercitado ó como otros dicen, por aviso que le dió un cierto Marco Polo médico florentín, él se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos ácia do se pone el sol, había tierras muy grandes y espaciosas. Este pensamiento suyo comunicó primero con el Rey de Portugal, después con Enrique seteno Rey de Inglaterra; pero como al uno

y al otro pareciesen sueños lo que decía, con todo esto no desistió de su empresa; antes se fué á la corte del Rey de España Don Fernando. Allí como no le diesen más oídos que los demás, con sufrimiento que tuvo de siete años, últimamente alcanzó al mismo tiempo que el reyno de Granada se acababa de conquistar, que á costa del Rey le armasen tres navíos con que hiciese prueba si salía verdadero lo que prometía. Es cosa notable que con solos diez y siete mil ducados que por estar los reyes tan gastados tomaron prestados, se emprendió una cosa tan grande, y que había de ser de tanto interés. Hízose pues Colón á la vela á tres de Agosto de Palos de Moguer do se aprestaron las naves.»

SIGLO XVII

El Inca Garcilaso de la Vega.

(1609.)

Todavía no ha llegado la época en que aparezca la verdadera exacta historia del completador del orbe, á pesar de los siglos trascurridos y de los entusiastas desvelos de los

historiadores de Colón el magno; aun quedan muchos paréntesis en su admirable existencia que nos son completamente desconocidos, y por ende no podemos tener conocimiento cierto de toda su admirable vida; empero la historia completa que podemos apetecer del inmortal piloto de Huelva Alonso Sánchez, la tenemos ultimada desde los comienzos del siglo XVII.

Nos la ha descrito por completo el célebre historiador de quien dice D. Antonio Solís en su *Conquista de México:* «la historia del Perú anda separada en los dos tomos que escribió Garcilaso Inga, tan puntual en las noticias, y tan suave y ameno en el estilo (según la elegancia de su tiempo), que culparíamos de ambicioso al que intentase mejorarle, alabando mucho al que supiere imitarle para proseguirle.»

La obra del célebre Garcilaso ha merecido aplausos y alabanzas del eruditísimo Nicolás Antonio, del eminente crítico P. Feijóo y de cuantos se han dedicado á esta clase de estudios.

Pues bien; este historiador, tan verídico y tan exacto, es el padre de Alonso Sánchez, porque él es quien desenterró su nombre y descubrió todas las peripecias y circunstan-

cias de su viaje, hasta que por último le dejó muerto en los brazos de Colón.

Dice así: (1)

«Cerca del año de mil y cuatrocientos y ochenta y quatro, uno más ó menos, un piloto natural de la villa de Huelva, en el condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía su navío pequeño, con el qual contrataba por la mar y llevaba de España á las Canarias algunas mercaderías que allí se le vendían bien: y de las Canarias cargaba de los frutos de aquellas islas y le llevaba á la isla de la Madera y de allí se volvía á España, cargado de azucar y conservas. Andando en esta su triangular contratación, atravesando de la Canaria á la isla de la Madera, le dió un temporal tan recio y tempestuoso que no pudiendo resistirlo se dexó llevar de la tormenta y corrió veinte y ocho ó veinte y nueve días sin saber por dónde ni adónde: porque en todo este tiempo no pudo tomar el altura por el sol ni por el norte: padescieron los del navío grandísimos trabajos en la tormenta porque ni les dexaba comer ni dormir: al cabo déste largo tiempo se aplacó el viento y se hallaron cerca de una isla, no se sabe de cierto qual

(1) *Historia General del Perú ó Comentarios Reales*, parte primera, lib. I, cap. III.

fué, mas de que se sospecha que fue la que ahora llaman de Santo Domingo; y es de tanta consideración, que el viento que con tanta violencia y tormenta llevaba aquel navío, no pudo ser otro sino el solano que llaman leste (este), porque la isla de Santo Domingo está al poniente de las Canarias, el cual viento en aquel viage (rumbo ó dirección) antes aplaca las tormentas que las levanta. Mas el Señor todo poderoso, cuando quiere hacer misericordias saca las más misteriosas y necesarias de causas contrarias, como sacó el agua del pedernal y la vista del ciego de lodo que le puso en los ojos, para que notoriamente se muestren ser obras de la miseración y bondad Divina que también usó de esta en piedad para enviar su Evangelio y luz verdadera á todo el Nuevo-Mundo que tanta necesidad tenía della; pues vivían ó por mejor decir, perescían en las tinieblas de la gentilidad é idolatría tan bárbara y bestial, como en el discurso de la Historia veremos. El piloto saltó en tierra tomó altura y escribió por menudo todo lo que vió y lo que le sucedió por la mar á ida y á vuelta; y habiendo tomado agua y leña, se volvió á tiento, sin saber el viage (rumbo ó dirección) tampoco á la venida como á la ida; por lo qual gastó más tiempo del que

le convenía; y por la dilatación del camino les faltó el agua y el bastimento, de cuya causa, y por el mucho trabajo que á ida y venida habían padescido, empezaron á enfermar y morir de tal manera que de diez y siete hombres que salieron de España, no llegaron á la Tercera más de cinco, y entre ellos el piloto Alonso Sánchez de Huelva. Fueron á parar á casa del famoso Christóbal Colón, ginovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo, y que hacía cartas de marear. El qual los recibió con mucho amor, y les hizo todo regalo por saber cosas acaescidas en tan estraño y largo naufragio, como el que decían haber padescido. Y como llegaron tan descaecidos del trabajo pasado, por mucho que Christóbal Colón les regaló, no pudieron volver en sí y murieron todos en su casa, dejándole en herencia los trabajos que les causaron la muerte; los aceptó el gran Colón con tanto ánimo y esfuerzo, que habiendo sufrido otros tan grandes y aun mayores, pues duraron más tiempo, salió con la empresa de dar el Nuevo-Mundo y sus riquezas á España como lo puso por blasón en sus armas, diciendo: *Á Castilla y á León, Nuevo-Mundo dió Colón.* Quien quisiere ver las grandes hazañas de este varón, lea la

Historia general de las Indias que Francisco López de Gómara escribió, que allí los hallara aunque abreviados; pero lo que más loa y engrandesce á este famoso sobre los famosos, es la misma obra de esta conquista y descubrimiento. Yo quise añadir esto poco que faltó de la relación de aquel antiguo historiador, que como escribió lejos de donde acaescieron estas cosas, y la relación se la daban yentes y vinientes, le dixeron muchas cosas de las que pasaron, pero imperfectas, y yo las oí en mi tierra á mi padre y á sus contemporáneos, que en aquellos tiempos la mayor y más ordinaria conversación que tenían, era repetir las cosas más hazañosas y notables que en sus conquistas habían acaescido: donde contaban lo que hemos dicho, y otras que adelante diremos, que como alcanzaron á muchos de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo-Mundo, hubieron de ello la entera relación de semejantes cosas, y yo, como digo, las oí á mis mayores aunque, como muchacho, con poca atención, que si entonces la tuviera, pudiera ahora escribir otras muchas cosas de grande admiración, necesarias en esta historia: diré las que hubiere guardado la memoria con dolor de las que he perdido. El

M. R. P. Josef de Acosta toca también esta historia del descubrimiento del Nuevo-Mundo, con pena de no poderla dar entera, que también faltó á su paternidad parte de la relación en este paso, como en otras más modernas, porque se habían acabado ya los conquistadores antiguos, quando pasó á aquellas partes, sobre lo cual dice estas palabras (cita las que ya hemos referido y continúa): Hasta aquí es del P. J. Acosta, sacado á la letra, donde muestra haber hallado en el Perú parte de nuestra relación, y aunque no toda, pero lo más esencial de ella.

»Este fué el primer principio y origen del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la cual grandeza podía loarse la pequeña villa de Huelva, que tal hijo crió, de cuya relación certificado Cristóbal Colón insistió tanto en su demanda prometiendo cosas nunca vistas ni oídas, guardando como hombre prudente el secreto dellas, aunque debajo de confianza dió cuenta dellas á algunas personas de mucha autoridad á cerca (inmediatas) de los reyes Católicos que ayudaron á salir con su empresa, que si no fuera por esta noticia que Alonso Sánchez de Huelva le dió, no pudiera de sólo su imaginación de cosmografía prometer tanto y tan certificado (cierto posi-

tivo) como prometió, ni salir tan presto con la empresa, del descubrimiento, pues según aquel autor (Gómara), no tardó Colón más de sesenta y ocho días en el viaje hasta la isla de Guanatianico, con detenerse algunos días en la Gomera (una de las Canarias), á tomar refresco (víveres ó hacer aguada), que si no supiera por la relación de Alonso Sánchez que rumbo había de tomar en un mar tan grande, era casi milagroso haber ido allá en tan breve tiempo.»

Hasta aquí el texto, en el cual hemos aclarado algunas voces, marcando en paréntesis la acepción en que hoy son admitidas.

Examinemos ahora las razones que tenemos para aceptar como verdadera la relación de Garcilaso.

Esta relación es la misma de López de Gómara, ampliada, y en algunos puntos rectificada; pues bien, Garcilaso, como historiador, era enemigo de Gómara, y en los *Comentarios Reales* se desacredita por completo la *Historia de las Indias*.

Para Garcilaso, Gómara había escrito sin crítica y sin conocimiento de causas, y ridiculizó, y manifiesta que son falsos muchos hechos narrados por Gómara.

Para probar esto, nos bastará citar el he-

cho que refiere en el capítulo 40, libro V, segunda parte de los *Comentarios,* que el lance que se cuenta de Carbajal, cuando dijo á Diego Centeno que le fué á visitar estando en capilla, que no le conocia, porque nunca le había visto sino por la espalda, así lo refiere Gómara, y Garcilaso lo califica de cuento infundado; lamentándose de su falta de tino en punto á noticias, y menciona el caso que le sucedió á Gómara en Valladolid, con las siguientes palabras:

«Es así que un soldado de los más principales y famosos del Perú, que vino á España, poco después que salió la historia de Gómara, topándose con él en Valladolid, entre otras palabras que hablaron sobre el caso, le dijo que ¿por qué había escrito y hecho imprimir una mentira tan manifiesta, no habiendo pasado tal? A lo que respondió Gómara que no era suya la culpa, sino de los que daban las relaciones nacidas de sus pasiones. El soldado le dijo que para eso era la discreción del historiador, para no tomar la relación de los tales, ni escribir mucho sin mirar mucho, para no difamar con sus escritos á los que merecen toda honra y loor. Con esto se apartó Gómara muy confuso y pensante de haber escrito lo que levantaron

á los Carbajales, en decir que no conocía á Diego Centeno.»

La obra de Gómara fué olvidada, y no exageramos en decir que despreciada también, hasta el año de 1727.

Los errores todos fueron puestos de manifiesto, y con respecto á lo que había dicho, del marino arrojado por una tempestad al Nuevo-Mundo, esto no se desmintió, sino que se probó, rectificó y averiguaron hasta los más mínimos detalles. Por esto hemos dicho que el testimonio de Garcilaso es de la mayor importancia, es como el corrector de Gómara y en el punto que nos ocupa lo amplía y testifica; su autoridad, por lo tanto, es incuestionable.

Si á todo esto se añade que patria del historiador Garcilaso y su ilustre prosapia, sus inmediatas relaciones con cuantos hombres visitaron aquellas tierras en los primeros tiempos del descubrimiento; su ilustración y buen criterio, no podremos por menos que admitir, que fueron fuentes de buena ley las que utilizó en sus escritos, y que cuando el hecho de Alonso Sánchez lo confirmó y sancionó, sería por tenerlo por tan cierto que á su vista parecería evidente.

Tomé Cano.

(1611.)

Tomé Cano también nos habla de Alonso Sánchez; pero nos dice, clara y terminantemente, que no ha tomado esta noticia de ningún historiador, sino que la ha recogido en el teatro mismo de los sucesos, por decirlo así, porque la oyó de labios de los marineros que habitaban los sitios frecuentados por el piloto onubense.

En efecto; en su precioso libro intitulado *Arte de fábrica de naos*, se hace eco de la tradición, tantas veces referida, del marinero que murió en los brazos de Colón, y le dió noticias de aquellos remotos países, y escribe:

«Lo cual es así cosa certísima, fuera de toda opinión y que así se platica y sabe hoy en la isla de la Madera y entre los viejos marineros de Portugal, el Algarve y lo que llaman el Condado (Niebla). E yo lo supe desta suerte de algunos dellos que conoció aquel tiempo y fué de él, y lo decía por cosa muy llana y muy pública.»

Dr. Bernardo Aldrete, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.

(1614.)

Este erudito historiador y anticuario, también se ocupa de Alonso Sánchez, admitiendo como verídica y buena la historia que de él se refiere, y menciona al P. Acosta y á Garcilaso de la Vega, pero no los copia ni cita sin conocimiento de causa; sino porque refieren una tradición tan notoria y sabida en toda la Andalucía, que no se necesitaba trasmitirla por medio de la escritura. Hé aquí cómo se expresa: (1)

«El Nuevo-Mundo, que impropiamente llaman América, por la vana presunción de los que quieren privar á Nuestra España de lo que se le deve. Siendo cierto que el primero que dió noticia á Christóual Colón del Nuevo-Mundo, fué Alonso Sánchez de Huelua, ma-

(1) Varias antigüedades de España, África y otras provincias: Amberes, 1614.
En la portada se representa á España con un crucifijo en la mano con el siguiente lema: *Te ducente novos Hispania detegit orbes.*

rinero, natural desta villa de Huelua, que con gran tormenta passó el Océano. Hizo memoria de esto el Padre Joseph de Acosta, aunque no puso su nombre, el cual lo dice el Inca Lasso de la Vega. Fué esto más notorio y sabido en toda la Andalucía, que deuiera haberse dexado de escribir por nuestros historiadores. Prophetizó este descubrimiento vn natural nuestro que aunque más se repitan sus versos no tendrán el lugar que merecen auiendo salido tan verdaderos. *Venient annis, etc.*, de Séneca.

D. Fernando Pizarro y Orellana.

(1630.)

El nombre que acabamos de citar, es el del autor de la obra siempre bien acogida y llamada *Varones ilustres del Nuevo-Mundo,* de manera que trata en particular la materia misma que nos ocupa; pues bien, cuando se refiere á la vida del Almirante D. Cristóbal Colón, en el capítulo II, dice así:

«Cerca del año 1484, vn Piloto llamado Alonso Sánchez de Huelva, natural de aquella villa, en el Condado de Niebla, tenía vn

Navío pequeño, con que trataba desde España á las Islas de las Canarias, y de la Madera. Andando en aquella Navegación, atravessando desde vna de las Islas á la otra, le dió vn temporal deshecho, que no pudiendo resistirlo, hizo como buen Piloto en dexarse llevar á la Mar de la tormenta, y corrió veinte y ocho ó veinte y nueve días, sin saber en qué rumbo, pues en todo este tiempo, por ser tan tempestuoso, no pudo tomar la altura del sol, ni del Norte, con que padecieron los del Navío grandíssimo trabajo, porque la tormenta era tal, que ni los dexaba comer, ni dormir. Al cabo de todo esto se hallaron en vna Isla, que aunque no se sabe la que fué, se tiene por cierto, es la que aora llaman Santo Domingo. Y para que se vea, quan conocido milagro, y obra de Dios fué este suceso, se tiene por muy cierto, que el viento que causó esta tormenta fué Leste, por estar esta Isla al Occidente de las Canarias, y en aquellas Navegaciones es el que aplaca las tormentas.

»El Piloto salió en tierra, y tomó la altura, escribiendo muy por menudo lo que él vía y lo que sucedió por la Mar; y dando vuelta, después de aver tomado agua y leña, se volvió á tiento, sin saber el viaje de la venida,

por cuya causa tardaron de manera, que se les acabó el bastimento, agua y leña, y no llegaron á las Canarias más de cinco ó seis, y entre ellos el Piloto Alonso Sánchez de Huelva, y fueron á parar en casa de Christóval Colón, Genovés, porque supieron, quan gran Marinero y Cosmógrapho era. En el tiempo que vivió el buen Alonso Sánchez, le dió cuenta á Colón de todo lo que avía passado á la ida y vuelta, y de la Isla donde había llegado, entregándole los papeles, que en el viaje avía hecho. Por esto, y por lo que por la ciencia que tenía, alcanzaba, tuvo por sin duda, que avía otro Nuevo-Mundo::: Con lo cual después de muerto Alonso Sánchez, que dió principio á tan grandes cosas, trató de ponerla en execución.»

Onofre Antonio de la Barreda.

(1631.)

No es por cierto enemigo de Colón el autor de que ahora tratamos, sino muy entusiasta y admirador suyo, y en prueba de ello, transcribimos también los elogios y alabanzas que

le tributa. Véase, pues, su sencilla y entusiasta relación: (1)

«Chritóval Colón ginovés á costa de sus grandes estudios y del mayor atrevimiento que cupo en corazón de hombre descubrió un mundo lleno de idólatras que conocieron por él el verdadero Dios, y de riquezas infinitas que goza España y el orbe, después de la gloria de haber arrojado de sus términos los enemigos de su nombre.»

. . . . . .

«Los Reyes, gastados, faltábanles dineros para darle armada, que bien hallaba en su opinión crédito Colón para su empresa. Prestó 17.000 ducados el Cardenal, breve suma que rindió de logro tantos millones con que se auró, y de Moguer, surcando mares nunca navegados ni vistos, con pretensión de hallar otro mundo sin más luz instrumental que el derrotero hecho por un maestre de carabela llamado Alonso Sánchez de Huelva, que andaba en el trato de las islas de Canarias y Costa de África y arrebatado por un levante deshecho, continuado por muchos

(1) Compendio de la vida de los Señores Reyes Católicos de España D. Fernando V y D.ª Isabel, por Onofre Antonio de la Barreda, manuscrito inédito en la Biblioteca Nacional de París: tiene las licencias para su impresión, fechadas en Sevilla en 1631.

días que le llevó siempre al Poniente, descubrió nuevas tierras, marcó las señas, reguló las singladuras por el rumbo que había navegado con temporal, tomó la altura con astrolabio, fijó la estrella de nuestro polo por cotejarla con la del sol (era persona de talento), y habiendo cesado el viento dió vuelta hacia Oriente, y al fin de muchos días, por ser los vientos contrarios padeciendo hambre y desventuras aportó á la isla de la Madera, donde vencido de los grandes trabajos murió en la posada de Colón con quien comunicó su nueva y forzada derrota dejándole heredero de sus papeles en pago del hospedage recibido, el cual como dije navegó el mar Atlántico por el golfo que hoy llaman de las Damas, atropellando dificultades y peligros de sus mismos compañeros.

SIGLO XVIII

Feijóo.

(1725.)

Al escoger los historiadores que estamos presentando, nos hemos llevado la idea que aparezcan en esta ya larga lista, hombres de

todas clases y condiciones, de todos los estados y oficios, y como erudito de universales conocimientos y vastísimos, colocamos en este lugar al célebre benedictino que tanta fama adquirió en sus días, que su popularidad conquistada con brillantes laureles en las lides de la inteligencia, no ha concluido aún en los nuestros.

También Feijóo nos habla de nuestro humilde y célebre piloto: también se ocupa de su borrascosa travesía, y refiere las circunstancias de su muerte en estas breves y concisas expresiones: (1)

«*Descubrimiento de la América.*—Luego que se ejecutó el feliz viage del intrépido genovés Cristóbal Colón á la América, todo el mundo le atribuyó la gloria de ser el primer descubridor de aquellas vastísimas regiones. La voz común aun hoy está por él. No obstante esto, algunos transfieren la dicha de este descubrimiento á un piloto español, que andaba traficando en las costas de África, y arrebatado de una violenta tempestad, dió con su navío en la América. Dicen, que éste, de vuelta, aportó á la isla de Madera, donde á la sazón se hallaba Colón, quien generosa y

(1) Reflexiones sobre la historia: discurso.

caritativamente le acogió en su casa. Refirióle el piloto á Colón toda su aventura, y muriendo poco después, le dejó todas sus memorias y observaciones, sobre cuyo fundamento se animó después Colón á aquella grande empresa. Al piloto español le dan unos un nombre, y otros, otro.»

Fr. Joseph Torrubia. (1)

(1756.)

El testimonio que vamos ahora á presentar es de excepcional importancia, pues está tomado de un cronista de la Orden de San Francisco, que como es sabido es la Orden eminentemente colombina. Es digno de estudio el trabajo del P. Torrubia, sobre el particular, pero como nos es imposible presentarlo íntegro, extractamos sus conceptos principales; dice así, y obsérvese que lo mismo elogia á Colón que á Alonso Sánchez:

«Colón, genovés, no ilustrado con divina revelación como quisieron algunos, recu-

(1) Chrónica de la seráphica religión del glorioso patriarca San Francisco de Asís, escrita por el M. R. P. Fray Joseph Torrubia. Roma 1756.

rriendo sin necesidad á providencia extraordinaria, sino instruído con las noticias ciertas que le dió un piloto de que había tierra á la otra parte del Océano, intentó su descubrimiento.»

Después aduce el testimonio de varios autores, en confirmación de su idea, la cual pretende probar hasta con palabras de don Fernando Colón y Herrera, y continúa:

«El desgraciado Alonso Sánchez quedó en la región del olvido en una común sepultura de aquella isla (Madera) de que no hay memoria después de habernos dado un mundo entero. Yo admiro y no puedo olvidar en su invención (aunque casual) una notable especie de heroicidad que se refunde en sus fieles observaciones. Aquel derrotero que hizo del primer viage de la América, ese fué el que la descubrió á Colón, y este almirante el que con ánimo intrépido, sublime espíritu, pecho generoso, y corazón magnánimo, salió, navegó, buscó, halló y dió á León y Castilla el Nuevo-Mundo que será lustre eterno de su memoria, y blasón distinguido de su familia. Quien supiere que Bulkeldio, porque inventó la preparación de los arenques, tuvo un sepulcro tan magnífico que lo visitó Carlos V, disculpará el exceso que yo haya

cometido en hacer esta visita á las cenizas de Alonso Sánchez.

El Licenciado D. Juan Agustín de Mora Negro y Garrocho, Abogado de los Reales Consejos, Canónigo de la Insigne Iglesia Colegial de Ntro. Señor San Salvador de la ciudad de Sevilla.

(1762.)

Este autor, hijo distinguido de la ciudad de Huelva, publicó en el año que acabamos de consignar, la célebre obra que intituló «Huelva Ilustrada,» y que es la historia de su ciudad natal, y en el lugar en ella dedicado á los *Hijos ilustres de Huelva en la línea secular,* se expresa de la siguiente manera, página 21:

«Nada ha hecho más memorable á la Villa de Huelva, que la gloria de aver sido vn hijo suyo, antes que Christóval Colón, el primero que descubrió las Indias Occidentales. Llámase éste Alonso Sánchez de Huelva. Daré esta peregrina Historia con las palabras de D. Fernando Pizarro y Orellano;» y cita este texto, según lo hemos presentado.

Don Joseph Zevallos, Doctor Theólogo, del Gremio, y Claustro de la Universidad de Sevilla, individuo de varias Academias Reales de España, y Examinador Synodal de este Arzobispado.

(1762.)

El Dr. Zevallos fué el encargado de dar dictamen sobre la obra que acabamos de citar del Sr. Mora y Garrocho, dictamen que se publicó como ilustración á la misma, y que no creemos exagerado asegurar que vale más que la historia á la cual ilustra, y empieza de esta manera:

«De orden del Señor Juez de Imprentas, he leído esta Historia de Huelva, que publica el Lic. D. Juan Angustín de Mora, y aviendo el referido D. Juan hecho varias veces grandes instancias, para que yo añadiese é ilustrasse su Historia, y encargándome esto con estrechez, condesciendo á su instancia, concurriendo para ello justas causas, y resuelvo explicarme con alguna extensión.»

De seguida da principio dicho Doctor á analizar punto por punto los diferentes que se

tratan en la «Huelva Ilustrada,» y cuando llega al lugar que hemos trascrito del mencionado Mora y Garrocho, dice:

«A la pág. 21 se trata del famoso Piloto Alonso Sánchez de Huelva, que descubrió nuestras Indias, y las señaló al famoso Christóval Colón. Ha sido reñidísima esta questión, sobre quién fué el primero, que las descubrió. Pudiera hablar con extensión sobre este punto, y referir la variedad de pareceres; pero me ceñiré y estableceré, que fué el referido Piloto. Muratori, en el tomo 23, *Rerum Italic,* impresso en 1733, al folio 302, trae vn breve comentario de Antonio Gallo, genovés, que vivió en 1499, de la navegación de Colón. Refiere la condición de Colón: que eran tres hermanos, Christóval, Bartholomé y Jacobo: cuenta, que Bartholomé fué el que dió en el descubrimiento, y lo comunicó á Christóval; pero no dice nada del Piloto de Huelva, aunque confiesa, que Bartholomé tomó noticia de los Náuticos: y después escribe las sabidas navegaciones de Christóval. Este monumento no ha sido notado por nuestros Authores, y la brevedad, con que acabo esta Ilustración, no me permite, haga las observaciones correspondientes. Pero convenceré, que el Piloto de Huelva las descubrió, de ma-

nera, que hasta ahora no se ha producido, ni aun se producirá cosa en contrario de tanto peso.»

Cita luego en confirmación de sus palabras, testimonios sacados de los historiadores Garcilaso de la Vega, P. Acosta, D. Bernardo Aldrete y otros, y termina con el siguiente luminosísimo párrafo:

«Assí el célebre Jurisconsulto Solorzano, en su *Indiarum Jure*, tomo I, libro I, capítulo 5, donde trata del Descubridor, y del Marinero, que instruyó á Colón, no leyó todo el capítulo del Inca, cuando afirmó, que no sabe, con qué fundamento dixo, que era el Piloto de Huelva: *Nullo, quod sciam, fundamento ductus, Alphonsum Sanchez, nominatum scribat, etc.* Porque si hubiera leído al Inca, que cita, viera, que tenía el fundamento insuperable de la relación de los contemporáneos: assí se gobernó por Aldrete para la cita: y como éste no refiere la tradición inmediata, en que se fundaba el Inca, creyó, que hablaba sin fundamento: y no asintió vn varón como Solorzano, á vna verdad y tymbre tan palpable. Este es vno de los perjuicios, que causa la omisión de no leer las citas en sus originales. En fin, la gloria incomparable, que resulta á Huelva de aver

tenido por hijo al Primer Descubridor de nuestras Indias, está tan bien probada, que si se procede con crisis, y prudencia, es preciso assentir á ella: ó presentar monumentos superiores en contra, que después de más de 200 años, en que se está batallando, no han parecido.»

Cuyas palabras consignamos sin comentarios, dejando al juicio de nuestros lectores forme aquellos que desde luego se desprenden de un trabajo tan concienzudo y con tanta convicción expresado; ó lo que es lo mismo, que no queda lugar absolutamente á duda de que el piloto de Huelva descubrió las Indias, y dió conocimientos á Cristóbal Colón de la existencia de aquellas regiones.

Mas aunque no se necesita, queremos también confirmar la misma idea con el común parecer de los historiadores que han escrito en el siglo en que vivimos; pasemos, pues, á examinar los escritores del

SIGLO XIX

Carlos Romey.

(1839.)

En 1839 se vertía al castellano la Historia de España, que dividida en cuatro tomos, compuso en París Carlos Romey.

Vamos á citar sus palabras, y si bien nos dice que Cristóbal Colón tuvo noticias de aquellos países por un Paolo Ferrando, profesor de física en Florencia, conviene, sin embargo, que nos fijemos en su testimonio, porque estudiado bajo cierto punto de vista, tiene mucha autoridad, porque se trata de un extranjero, que para escribir la Historia de España, registra y consulta cuantos documentos puede haber á las manos; hace un estudio especial sobre todo lo que se ha escrito acerca de los asuntos de nuestra nación, y al referir el descubrimiento del Nuevo-Mundo, se expresa en estos términos: (1)

«Advierten los historiadores españoles, que

(1) P. III, cap. 30, pág. 454.

habiendo los temporales arrojado un bajel dedicado al comercio de África, hacia costas y países absolutamente desconocidos, su tripulación pereció de hambre, salvándose únicamente el capitán y tres marineros, quienes aportando milagrosamente en la isla de la Madera, se hallaron allí casualmente con Cristóbal Colón, genovés, sugeto instruidísimo y sobre todo impuesto en todos los ramos de la náutica. Algunas especies pudo este recoger del español extraviado, etc.»

De manera que un francés, Carlos Romey, analiza y examina los historiadores españoles sobre el descubrimiento de las Indias, y de este estudio saca la consecuencia: «advierten los historiadores españoles,» etc.: el resumen de sus observaciones, es la historia de nuestro Alonso Sánchez; este es el lugar que el ilustre hijo de Huelva ocupa en la historia.

D. Juan B. Carrasco.

(1861.)

La Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig, publicó en este año la Geografía general de España, escrita por el autor cuyo nombre figura á la cabeza de este párrafo. Tiene un

capítulo intitulado *De la Existencia del Nuevo-Mundo. Reseña Cronológica,* en el cual expone los testimonios que desde la más remota antigüedad cree que se registran acerca de la existencia de aquellos países; refiere la tradición de Alonso Sánchez, citando á los historiadores P. Acosta, Garcilaso y Mariana, y se expresa en favor de esta tradición, en los siguientes términos (1):

«Washington Irving considera inexactas estas noticias por la tendencia de oscurecer la ilustre fama del descubridor, sin embargo, que incurre en notables contradicciones. Se observa, y esto dice el mismo Irving, que Colón en vista del pérfido proceder que con él usara Juan II, rey de Portugal, para utilizar en secreto sus noticias, se marchó con su hijo Diego, saliendo ocultamente de Lisboa en fines del año 1484, adonde no quiso volver á pesar de los ruegos y promesas que luego le hizo aquel monarca; también se advierte que después de cerca de un año de intervalo, durante el cual parece que Colón instó nuevamente á la República de Génova para que admitiese sus proyectos, que le fueron desechados; se resolvió entonces á venir

(1) Página 323.

á España, y que verificó su primera llegada por el Puerto de Palos, provincia de Huelva, notable en la antigüedad porque los marineros de esta costa, y especialmente los de Palos, pasaban por los más atrevidos navegantes de España; ¡peregrina circunstancia, ser natural de Huelva el Alonso Sánchez de Huelva, que refiere Garcilaso, y coincidir el año en que este piloto hizo su casual descubrimiento!» y continúa además sus razonamientos en favor de la misma idea hasta el final del citado capítulo.

El capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, Académico de número de la Real de la Historia.

(EN NUESTROS DÍAS.)

Por el capitán D. Gonzalo Fernández de Oviedo empezamos este humilde relato, y lo concluímos con el nombre de otro capitán, célebre también en las letras patrias y en la patria historia, y es el más famoso de los campeones que hasta ahora han salido á defender la historia de Alonso Sánchez.

Cosa rara; el Sr. Fernández Duro no ha

escrito nada en particular sobre Alonso Sánchez; á quien ha intentado y sabido defender es á Martín Alonso Pinzón; pues bien, á pesar de no haber escrito en particular sobre nuestro piloto de Huelva en las obras del señor Fernández Duro, principalmente *Colón y Pinzón, Noticias de D. Cristóbal Colón Almirante de las Indias,* y *Colón y la historia póstuma,* se encuentran los más valiosos argumentos y los testimonios más concluyentes en favor de nuestro asunto. Conviene, pues, que presentemos su opinión autorizadísima en esta materia, la cual hemos tomado de la última citada obra. Dice así: (1)

«No es baladí la historia del piloto Alonso Sánchez de Huelva, júzguela en buen hora el Conde, *miserable calumnia digna del viejo Fernando;* en todo el litoral de la Península se tenía por cierta, siquiera variase el nombre del legatario de noticias y se le supusiera, ya vizcaíno, ya portugués, ya castellano. El Almirante de las Indias, menos colombino que Roselly, escribió en su diario privado que entre las razones que formaron el convencimiento de la empresa que acariciaba, tuvo la noticia que le había comunicado Pedro de

(1) Página 70.

Velasco, natural de Palos y descubridor de las islas de Flores, en el grupo de las Terceras, de haberse encontrado cerca de tierra en sus navegaciones hacia el Poniente, noticia que le confirmaron un marinero tuerto en el Puerto de Santa María, y un Piloto en Murcia, asegurando habían corrido con temporal desde Irlanda hasta una costa en que tomaron agua y leña. D. Fernando Colón, el P. Las Casas, Oviedo, Herrera, cuantos han escrito de las Indias, trasladaron estos rumores, hablando de la tradición de Alonso Sánchez, ó de otros indicios comunicados por Martín Vicente, piloto del Rey de Portugal; Pedro Correa, concuñado del Almirante; Antonio de Leme, casado en la isla de la Madera; Vicente de Tavira, vecino de Tavira, y algunos más que habían visto, ora cañas de Indias flotando en la mar, ora maderas extrañamente labradas, ó troncos de árboles de especies desconocidas. Estas noticias se habían propagado entre la gente de mar y se mantenían corrientes en los puertos, según acreditan las investigaciones particulares hechas en épocas distintas, lo mismo que la existencia de otras tierras lejanas hacia el Noroeste, aunque sin suponer tuvieran relación alguna con las primeras. El Conde no habrá visto

una obra de humilde autor español en que se investiga por la navegación y pesca de la ballena que hacían los vascongados, el acceso probable á las costas de Labrador; pero es de extrañar que no haya citado, aunque fuera discutiéndolos, los trabajos de un erudito compatriota suyo, de Mr. Eugene Beauvois, que en los Congresos de americanistas ha tratado de la prioridad de los escandinavos, siquiera con el fin de asegurar quién fué *el Mensagero de la Cruz* y el Instalador del *signo sagrado* en el Mundo-Nuevo.

CAPÍTULO III

RESUMEN DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

ELOCUENTÍSIMO es sobre manera el admirable cuadro que nos presenta la historia y que acabamos de bosquejar en el capítulo anterior, si bien en nuestras manos ha perdido mucho de su brillante colorido. Los historiadores de cuatro siglos acá, proclamando unísonos y unánimes la existencia de Alonso Sánchez, y su magnífica intervención en el descubrimiento del Nuevo Continente.

Pues bien: pretender que todos estos historiadores, que acabamos de citar, se han copiado los unos á los otros, y que toda esta historia no tiene más origen que una invención popular ó una calumnia, sobre ser una

pretensión altamente ridícula, sería también irracional é ilógica.

Aun suponiendo, lo que de maneras ningunas se puede admitir, que toda la historia de Alonso Sánchez no tiene más que una fuente común, un historiador, cualquiera que fuese, que se hace cargo del dicho ó habla popular y lo consigna en sus escritos, ¿los demás historiadores que á este autor siguieron, han sido tan de reata, que sin discernimiento ni examen crítico de ninguna clase, copiaron á la letra lo que el primer historiador les presentaba, sin detenerse á apreciar los quilates de verdad que tuviera la noticia?

Sabemos que *ex libris libri fiunt;* sabemos que los hechos históricos, si han de ser tales, no se inventan: de manera que el historiador tiene que tomar la noticia de la tradición hablada ó escrita; pero también sabemos que cuando el historiador indaga un hecho y lo consigna en sus escritos, no es sólo porque lo refiera este ó el otro autor, sino porque lo considera cierto, y esta certeza no nace del suceso aislado, sino por los conocimientos que sobre el particular tiene, y por especial manera de pensar y de ver que estos conocimientos le han informado, y al dar la noticia manifiesta la conformidad que ésta tiene con

su saber, al menos en aquellos momentos en que escribe.

En suma: pudiéramos admitir que algún que otro historiador copiase una noticia sin examen ni criterio, sin averiguar lo que tuviese de verdad ó de fábula; pero que todos los historiadores en el trascurso de cuatro siglos se hayan portado así, imposible, jamás.

Mas con respecto á nuestro Alonso Sánchez, es más imposible todavía que los historiadores se hayan copiado entre sí, si hemos de creer lo que ellos mismos nos aseguran; pues Oviedo nos dice que ha tomado la narración, cuya veracidad niega, de la opinión vulgar; Gómara la escribe según las noticias que le comunican los primitivos conquistadores; el Inca Garcilaso recibe de su mismo padre la historia que escribió de Alonso Sánchez; Aldrete la aprendió en Andalucía, en donde no se encontraba una tradición más conocida; Tomé Cano la escucha de viejos marineros de todo el litoral de Portugal y de España, y así sucesivamente, todos están conformes en relatar el mismo asunto, y lo refieren casi con las mismas palabras, pero cada uno tiene un motivo particular para haber prestado asentimiento á la narración que hace.

Hé aquí de qué manera nos encontramos delante de un número considerable de testigos, todos contestes y unánimes en referirnos el mismo suceso, y todos testigos de la mayor excepción por su autoridad, por su competencia en la materia que tratan, por su veracidad y muchos de ellos hasta por la época en que vivieron, casi contemporáneos de los sucesos que refieren, que si no son testigos presenciales, hablaron y trataron con hombres que lo fueron; y cuando se presentan semejantes testimonios en favor de un suceso, cuando tales pruebas vienen á confirmar la verdad de un acontecimiento, este suceso es cierto, tal acontecimiento es verdadero; y si se niega lo de esta manera confirmado, y con tan grandes pruebas defendido, ¿qué se tendrá por cierto en la historia? Verdadera es, pues, la existencia de Alonso Sánchez, verdadera y sin género ninguno de duda su grande influencia y su importantísima participación en el gran descubrimiento del mundo ignorado.

Y no se crea que son solos los autores citados en el capítulo anterior, los únicos que se ocupan del suceso ocurrido á Alonso Sánchez, sino que son innumerables, y hemos omitido los testimonios de Torquemada y

Salazar, Viera y Rodrigo Caro (1), Ximénez de Quesada y Carrillo, Juan de Castellanos y Vargas Ponce, Ferrer de Couto y mil más; de donde se deduce que pocos sucesos se encontrarán en la historia más defendidos y confirmados que el que nos ocupa.

Véase, pues, de qué manera tan clara salta á la vista el lugar que en la historia ocupa Alonso Sánchez. Muchos pasajes existen en la vida del inmortal Almirante, que no están tan explorados ni definidos como el suceso del humilde piloto de Huelva.

Ni nunca se necesitó tanto para dar por cierto y verídico un hecho ocurrido en la historia, sino que fué considerado como suficiente el testimonio de dos ó tres testigos presenciales ó de autoridad bastante por su competencia, según la índole del asunto que se tratara, y es inaudito se niegue un hecho comprobado y admitido por todos los historiadores, eruditos y hombres de letras que han tratado la materia en nuestra nación;

---

(1) Este autor refiere que Juan Sánchez de Huelva, natural de Huelva, descubrió las Indias á Colón; relata luego el suceso tal y como universalmente se repite, y no indica la fuente en donde bebió la noticia; y no dudamos en citarlo entre los que defienden la tradición de Alonso Sánchez, por más que tenga esa pequeña variación de nombre, de poner Juan en lugar de Alonso.—*(Antigüedades: libro* 3, *capítulo* 76, *folio* 207 *vuelto.)*

hecho negado sólo por los extranjeros y controvertido por los secuaces de éstos, sabiéndose que en ninguna parte, ni en el antiguo ni en el nuevo continente se pueden saber las cosas relativas al descubrimiento del Nuevo-Mundo mejor que en España, y por consiguiente, cuanto los escritores españoles han dicho sobre el particular, es lo cierto, lo exacto y lo verídico, constándonos como no cabe duda en asegurarlo, que nuestros historiadores han sido fieles á su misión en general, admiradores del gran Colón y entusiastas apologistas de sus brillantes proezas.

Por todos estos motivos, Alonso Sánchez es un personaje real é histórico, y el acto por él realizado aparece fuera de toda duda, y acreedor por lo mismo y digno de que se le considere como el Precursor que tuvo el Nuevo-Mundo para recibir la luz, la civilización, el cristianismo que más tarde Colón pudo llevar á sus vírgenes selvas.

Este es el lugar que Alonso Sánchez ocupa en la Historia, sin que nadie pueda arrebatárselo, sin que haya en el mundo razones bastantes para podérselo quitar. De negar el valor histórico de Alonso Sánchez, sería necesario romper todo cuanto sabemos del pasado y cerrar los ojos á todo lo que no haya-

mos visto, cualesquiera sean los testigos y las pruebas que nos lo aseguren; pero como esto es imposible, y de pensar así equivaldría á caer en el delirio, Alonso Sánchez se levanta sobre el pedestal de su grandeza, mirando con verdadera grima á todo el que le niegue la gran participación que tuvo en el descubrimiento de que tanto se enorgullece la humanidad, y nosotros con tanta gloria y alegría celebramos; quede, pues, de una vez sentado y para siempre, que junto al nombre de Colón se coloque el de su inmortal amigo el inolvidable Alonso Sánchez.

CAPÍTULO IV

WASHINGTON IRVING PRUEBA LA VERDAD DE LA HISTORIA DE ALONSO SÁNCHEZ, Á PESAR DE SER UNO DE SUS MÁS ACÉRRIMOS IMPUGNADORES.

Este historiador, en el capítulo V, libro I de su obra *Vida y Viajes de Cristóbal Colón,* pretende ridiculizar, y echar por tierra, la unánime y sencilla tradición de Alonso Sánchez de Huelva, con estas palabras: «Después que un glorioso resultado estableció la exactitud de las opiniones de Colón, los mismos que antes le calificaban de loco, se propusieron demostrar que el descubrimiento de aquellas tierras lo debía á previos informes.

Entre otros esfuerzos, se hizo el de circular una ociosa historia de cierto viejo piloto que había muerto en su casa, dejándole relación circunstanciada de unos países desconocidos hacia el Occidente, á los que le habían echado vientos contrarios.» Sigue hablando de la misma historia, y concluye: «Circuló, empero, por algún tiempo, como un rumor despreciable, alterado y dispuesto según las miras de los que deseaban obscurecer la gloria de Colón. Al fin logró imprimirse, y varios historiadores lo repitieron, cambiándolo de forma en cada narración, y con mil contradicciones absurdas.»

Entre los Apéndices que este autor pone al final de su obra, el señalado con el número 11, cuyo epígrafe es *Rumor del piloto que se dice haber muerto en la casa de Colón,* ha sido escrito para rebatir la historia de nuestro Alonso.

Nos encontramos, pues, enfrente de uno de los enemigos más formidables de la causa que sustentamos; enemigo terrible que ha causado daño inmenso por su autoridad literaria, por su reputación histórica, y su libro se ha expendido y popularizado como pocos, y tal vez sin merecerlo mucho.

Pues bien; como nuestro objeto es única-

mente defender al marinero de Huelva, nos concretaremos á esto, y en verdad que sería para nosotros un verdadero triunfo, si hiciésemos al mismo Washington Irving confesar ser cierta la narración que combate: alcanzar este triunfo es lo que intentamos en el presente capítulo.

Washington, en su afán de poner de manifiesto, de cuantas maneras le es posible, que es falsa la historia de nuestro Alonso Sánchez, presenta á los habitantes de aquellos remotos países, acabados de descubrir, tan maravillados y absortos, y con tanta extrañeza, al ver á Colón y á sus compañeros, que los consideraron bajados del cielo; extrañeza que encontraba por causa principal, según nos refiere Washington, el que nunca dichos isleños habían visto hombres civilizados.

Así en el capítulo I del libro IV, en donde trata del primer desembarco de Colón en el Nuevo-Mundo, describe de este modo el asombro de los sorprendidos indios:

«Los naturales de la isla, cuando habían visto aparecer los bajeles con la aurora, rodeando á vela tendida sus costas, los habían supuesto grandes monstruos, que habían surgido de las aguas durante la noche. Acudieron á la playa, y observaban sus movimien-

tos con temerosas dudas. Su virar sin esfuerzo alguno visible, el desplegar y recoger las velas, parecidas á desmesuradas alas, los tenía llenos de sorpresa. Pero cuando vieron venir los botes hacia la orilla, y tantos seres extraños, vestidos de reluciente acero, ó de ropas de diversos colores, saltar intrépidamente en tierra, huyeron despavoridos á sus bosques. Viendo, empero, que ni los seguían ni molestaban, desecharon gradualmente su terror, y se acercaron á los españoles con grandísima reverencia, postrándose frecuentemente, y haciendo señales de adoración. Mientras duraron las ceremonias oficiales de Colón, se mantuvieron admirando con timidez y asombro el color, las barbas, las resplandecientes armas y las expléndidas ropas de los españoles. El Almirante llamó particular atención por lo elevado de su estatura, por su aire de autoridad, su vestido de escarlata, y la deferencia con que le miraban sus compañeros, todo lo cual daba á entender que era él el comandante. (Bastante entenderían aquellos pobres de comandancia.) Después de haberse disipado todavía más su miedo, se aproximaron á los españoles, les tocaron las barbas, y examinaron las manos y rostros, admirando su blancura. Contento Colón con su sencillez,

su mansedumbre y la confianza que ponían en seres que debieron haberles parecido tan extraños y formidables, sufrió aquel escrutinio con la mayor condescendencia. Los admirados salvajes no fueron insensibles á esta benignidad. Suponían ó que los bageles habrían salido del firmamento de cristal que cerraba su horizonte, ó que habrían bajado de arriba con sus dilatadas alas, y que los maravillosos seres que venían en ellos serían habitantes de los cielos.»

Estas cosas acaecieron el 12 de Octubre; y el 14, cuando Colón en los botes de sus naves costeó toda la isla para verla en toda su extensión, recibió los mismos homenages de respeto de los habitantes de aquellas costas, según nos refiere el mencionado historiador con estas palabras: «pasaron con sus botes por dos ó tres lugares, cuyos habitantes de ambos sexos acudieron presurosos á las orillas, postrándose en tierra y levantando los ojos y manos, ó bien para dar gracias al çielo, ó bien como adoración de los españoles como seres sobrenaturales. Corrían paralelamente á los botes, etc.»

Esto mismo sucedió en la isla que recibió el nombre de Fernandina, pues Washington continúa: «Sus habitantes eran parecidos en

todo á los de las islas anteriores, excepto que mostraban ser más celosos para el trabajo y más inteligentes. Al rodear esta isla encontró Colón un hermoso puerto, allí descansó bajo la sombra de frondosos árboles, y el ambiente era tan agradable como por Mayo en Andalucía. Pues bien; los habitantes de estos contornos dieron las mismas pruebas que los otros isleños de serles totalmente nueva la vista de hombres civilizados. Miraban á los españoles con terror y admiración, y se acercaban á ellos con ofrendas propiciatorias de cuanto su pobreza, ó más bien su vida natural y sencilla les proporcionaba.»

Resulta, pues, que según Washington Irving, los habitantes de San Salvador, la Fernandina y demás islas que descubrió Colón en los primeros días de su arribo á aquellas lejanas tierras, consideraron á nuestros navegantes como seres extraordinarios, del cielo descendidos ó por el mar abortados; y esto era por no haber visto nunca hombres civilizados, y así lo manifestaban también en la sencillez y respeto con que los recibían y en los agasajos con que los obsequiaban.

De manera, que si el mismo Washington nos relata el acceso de Colón á otras islas en donde no es atendido de un modo tan ob-

sequioso, en donde no es considerado con tanto respeto, y sus habitantes se portan de una manera enteramente distinta á como lo han hecho los isleños anteriores, con razón podremos deducir que sus moradores sabían lo que eran hombres civilizados, y que para ellos los insignes nautas no fueron llovidos del cielo, ni nacidos del seno de los mares.

Y esta isla se nos presenta, esta isla aparece; pero dejemos hablar al mismo Washington, para que de sus propias palabras resulte la consecuencia, y en su mismo relato se vea la verdad del hecho mismo que combate, el arribo de Alonso Sánchez de Huelva á aquellas remotísimas regiones.

En el capítulo en que trata del «Descubrimiento de la isla Española,» que es el VI del libro IV, al hablar de ella se expresa así: «Se hallaron algunas trazas de rudo cultivo en las cercanías del puerto; pero los naturales habían abandonado la costa. Una vez vieron cinco indios á larga distancia, pero se escaparon cuando los españoles fueron hacia ellos. Colón, deseoso de establecer alguna comunicación, mandó que penetraran en la isla seis hombres bien armados. Hallaron campos cultivados..... pero los pobladores se refugiaban despavoridos en las montañas.

»Aunque todo el país estaba desierto y solitario.

»El 12 de Diciembre erigió Colón una cruz á la entrada del puerto, en señal de haber tomado posesión de la isla. Tres marineros que vagaban por aquellas cercanías, divisaron una gran falange de indígenas que inmediatamente se dispersaron, apelando á la fuga; persiguiéronlos y lograron los intrépidos marinos, después de desesperados esfuerzos, apresar una joven india, que llevaron en señal de triunfo á los bageles.»

Esta joven fué muy atendida y obsequiada por Cristóbal Colón, y después acompañada con mucho respeto para que volviese al seno de su familia, y contase lo bien que había sido tratada, para deshacer la mala impresión que la vista de los españoles había causado. Seguro Colón de que las relaciones de la joven india habrían producido los efectos que deseaba, envió al día siguiente al interior de la isla nueve hombres; pero los buscó de los más valientes y aguerridos y bien armados, yendo con ellos, en calidad de intérprete, un indio recogido en Cuba; y dice nuestro citado autor: «Encontraron la población á unas cuatro leguas y media al Su-este, situada en un hermoso valle y á la orilla de un río.

Contenía mil casas, pero á la sazón estaban todas abandonadas, porque los habitantes huían, según ellos se aproximaban. Los intérpretes los siguieron, y con grande dificultad apaciguaron su temor, encareciendo la buena índole y natural bondad de aquellos extranjeros descendidos del cielo, y que pródigos de suyo y expléndidos recorrían el mundo derramando á manos llenas preciosísimos regalos. Con esta seguridad se atrevieron á volver hasta dos mil indios, se acercaron á los nueve españoles con lentos y trémulos pasos.» Luego los llevaron á sus casas y los obsequiaron.

No queremos hacer comentarios: la diferencia que existe entre la manera de portarse estos isleños y la manera de portarse los anteriores, salta á la vista sin necesidad de hacer ningún esfuerzo; y si la base de la conducta de los primeros pobladores del nuevo continente que fueron visitados es que nunca habían visto hombres de distinta raza que la suya, y el hombre civilizado les era completamente desconocido, y por ende considerado como sér sobrenatural, bajado del cielo, la consecuencia es lógica: los pobladores de la isla que recibió el nombre de la Española, conocían á los hombres civilizados, y más

que beneficios, habrían recibido tal vez de ellos castigo y persecución; porque en alguna arribada fortuíta é imprevista que los hombres del viejo continente hicieran en aquellas regiones, talarían sus bosques para proveerse de leña, y si les vieron algún adorno de oro, se lo arrebatarían, portándose con ellos sin los miramientos y recatos con que en la actualidad los trataba el inmortal Colón, que no iba á conquistarlos, sino á darlos á luz, y por esto, parece el padre que atrae á sus hijuelos, los agasaja y contempla, inspirándoles cariño y confianza.

De esta manera resplandece y brilla la verdad histórica, resultando comprobada hasta por el testimonio mismo de sus más enérgicos adversarios. Washington Irving califica con los más duros epítetos la tradición de Alonso Sánchez; pero Washington, al relatar la toma de posesión de cada una de aquellas islas, explica sin quererlo, que las unas habían visto hombres civilizados y las otras nó. De manera, que con un poquito de cuidado que hubiera tenido este historiador, con sólo fijar su atención en los sucesos mismos que refiere, hubiera visto que los indios de la Española le decían con su conducta y manera de portarse: «Nosotros no palpamos á esos

extranjeros; no llegamos á tomarles la barba ni á admirar la blancura de su cutis; ese tipo nos es perfectamente conocido, y porque sabemos quiénes son, huímos;» y huyen, huyen, y cuando con miles mañas y artificios se les hace venir y atender á los españoles, son con ellos cariñosos y los obsequian, pero nunca muestran los asombros y sorpresas de sus vecinos los anteriores isleños.

Pues bien; esta isla, cuyos habitantes nos dice Washington Irving que huyeron á la vista de los españoles, y que huyeron despavoridos sin querérseles acercar de maneras ningunas, habiendo costado mucho trabajo el conseguir hablar con ellos; esta isla es la célebre Hayti, adonde dicen las tradiciones que llegó Alonso Sánchez, adonde dicen el Inca Garcilaso de la Vega y multitud de historiadores, que arribaron los obscuros marineros de Huelva. Notable circunstancia: los habitantes del Nuevo-Mundo, que no se arrodillan ante los españoles, saludándoles como seres venidos del cielo, son precisamente los moradores de aquel punto, en donde, según todas las probabilidades, habían llegado unos cuantos años antes otros españoles. Con razón decíamos que el historiador Washington Irving nos había de suministrar datos, ar-

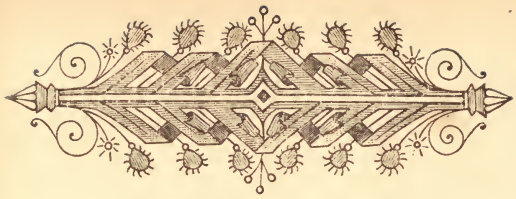
gumentos y pruebas de la verdad de la tradición de Alonso Sánchez. Para probar que fué en Hayti en donde desembarcaron los traginantes onubenses, tenemos desde hoy una razón más; la manera de recibir aquellos habitantes á los españoles, bien distinta de como lo habían hecho los de las islas anteriores. Pero hay más todavía: la conducta seguida por los habitantes de la Española; la antigua Hayti es única en su género; luego que Colón y sus ilustres compañeros llegan á otros países, vuelven á ser obsequiados y atendidos como lo fueron en San Salvador y la Fernandina. Sigamos estudiando al mismo Washington, y confirmará nuestro aserto hasta que no quede género ninguno de duda:

«El 19 de Noviembre, continúa el mismo historiador, se dieron á la vela antes de amanecer, pero con viento contrario; y en la tarde del 20 anclaron en un puerto, á que dió Colón el nombre de Santo Tomás, que se supone sea el que se llama hoy bahía de Acul. Estaba rodeado de una amena y populosa campiña. Los habitantes vinieron á los buques, algunos en canoas, otros nadando, y todos con frutos de especies no conocidas, pero de exquisito gusto y fragancia.

Mas vamos ya á concluir, pero antes de hacerlo, probaremos la verdad de nuestro relato, con un documento apreciabilísimo que no deja lugar á duda, y es el testimonio del P. Las Casas, amigo íntimo de Colón, historiador y testigo ocular de muchos de los sucesos que refiere, y nos dice: «Que los primeros que fueron á descubrir y poblar la isla Española (á quienes él trató) habían oído á los naturales que pocos años antes que llegasen habían aportado allí hombres blancos y barbados como ellos. (1)

No decimos ni una palabra más; basta con lo expresado por el P. Las Casas, á cuyo testimonio no queremos añadirle comentario alguno, ni nos parece que es necesario demorarnos más en este capítulo.

(1) Casas. Historia de Indias, libro I, capítulos 13 y 14.



CAPÍTULO V

EL CONDE DE ROSELLY DE LORGUES CONFIRMA LA VERDAD DE LA HISTORIA DE ALONSO SÁNCHEZ, Á PESAR DE CALIFICARLA DE «MISERABLE CALUMNIA DIGNA DEL VIEJO FERNANDO.»

EL Conde de Roselly, escritor célebre é ilustre, benemérito de la Iglesia Católica y de Cristóbal Colón, porque ha tomado á su cargo la defensa del insigne navegante, la propagación de su fama y el esclarecimiento de su gloria; más aún; ha tomado á su cargo la causa de su beatificación; el Conde de Roselly de Lorgues es también ene-

migo de la simpática bendita memoria de Alonso Sánchez de Huelva, calificándola de *miserable calumnia propia del viejo Fernando.*

El Sr. Conde se halla fascinado por un solo pensamiento, única idea que preside en todos sus escritos, que forma la base de sus investigaciones, y á la cual sujeta todo cuanto estudia, lee, sabe, piensa; y este pensamiento capitalísimo, cuyo es la santificación del héroe, que la humanidad venere en los altares, y rinda los inciensos de la religión al genio á quien aclama el mundo; esta idea es bellísima, este pensamiento es plausible y santo; pero encariñado con él, el escritor católico, no deja de ser un prisma bajo el cual estudia la historia, y todos los hechos que á su pensamiento se oponen, los niega, y todos los actos que los historiadores refieren del gran Colón que parezca que rebajan su gloria, no ya de cristiano, sino también de héroe, no solamente los desprecia, sino que además califica á los historiadores con duros epítetos. Para el Sr. Conde, Cristóbal Colón es más grande que todos los hombres, y se sale fuera de la órbita á los hombres marcada: leyendo los galantes, poéticos y gallardos escritos, que de su fecunda pluma han sali-

do (1), se nos ocurre, que ya no podemos decir: *Tu solus sanctus, tu solus Dominus, tu solus altissimus J. C.,* porque él pretende que ha habido otro santo, un hombre sin defectos, otro hombre sin pecado, Cristóbal Colón, pero todo esto dicho con la más recta y pura intención, con la idea de ensalzar á su héroe; pero he dicho mal, porque Cristóbal Colón no es héroe del Conde solo, sino que es nuestro héroe, el héroe de España, el héroe de ambos mundos, el héroe de la humanidad; mas para el Conde convertido en ídolo.

El Sr. Conde tiene una escusa: Cristóbal Colón, tan grande, de tan elevado pensamiento, de tan sublime como rara misión, fué un mártir, vivió y murió pobre, después de haber descubierto un mundo; en muchos años ni exequias fúnebres se le hicieron; el mundo que él descubrió ni su nombre lleva; su memoria parece que yacía en olvido, y toma á su cargo la defensa con tales bríos y tan ardoroso entusiasmo, que le hace traspasar

---

(1) *La Cruz en los dos Mundos, El Embajador de Dios* (esta obra tiene una segunda parte intitulada *Cristóbal Colón, servidor de Dios, su apostolado, su santidad), Los dos atáudes, Satanás contra el servidor de Dios ó pretendida caida del servidor de Dios,* é *Historia póstuma de Cristóbal Colón;* además una *Memoria,* etc.

los límites de lo verdadero, y no se ha podido contener dentro de los plausibles, justos términos donde se encuentra encerrada como en excelso trono la virtud; de manera que no tenemos que extrañar niegue y rechace todo lo que pueda, no digo obscurecer, pero ni anublar siquiera la brillante figura del nauta inmortal.

Nosotros tampoco queremos obscurecer su gloria ni disminuir la que verdaderamente le pertenece; con respecto á su santidad y grado heroico de sus virtudes, esperamos tranquilos escuchar la palabra de la Iglesia para acatarla y obedecerla con la mayor veneración y respeto, como cumple á cristianos, sumisos hijos de tan excelsa madre y á un sacerdote que desea ser fervoroso; pero no por esto dejamos de conocer que Colón fué hombre, y por ende..... á veces mezquino y pequeño como los hombres somos: en una palabra, amamos á Colón, y con entusiasmo preconizamos sus grandezas, pero lejos de nosotros la idea de que sea nuestro ídolo.

Deber nuestro es, y lo aceptamos gustoso, probar al Sr. Conde la existencia de nuestro Alonso Sánchez; pero consideramos que esta prueba tendrá doble mérito y especial carácter, si la deducimos de los mismos escritos de

tan insigne historiador, poniendo á la consideración del Sr. Conde sus mismas palabras, para que él mismo deduzca la consecuencia, y esta consecuencia es la verdad de la muerte de Alonso Sánchez en los brazos de Colón, con cuya muerte y los conocimientos que el pobre náufrago le proporciona, adquiere el gran Colón ánimo y un entusiasmo generosos para la realización de la gloriosa empresa, á que la providencia por tan ocultos é impensados caminos le llamaba.

Procuraremos que nuestro argumento sea sencillísimo y muy claro, porque la claridad y la sencillez son los atributos de la verdad.

Dos veces, según el Sr. Conde, se presenta Cristóbal Colón en Génova, su ciudad natal, para proponer que le ayuden en la realización de su idea, que tanta grandeza y gloria suponía había de dar á su patria querida, y en esta doble presentación estriba la fuerza toda de nuestro argumento.

Fué la primera, según el Sr. Conde explica con las siguientes palabras, «en 1476, cuando Colón cumplía la edad de cuarenta años; al decidirse á poner por obra su pensamiento, quiso asociar al suyo el nombre de su patria, y para ello se presenta á los magistrados de la república.

»Pero las razones en que se apoyaba no podían ser bien recibidas por los genoveses, que tan prácticos como atrevidos en el Mediterráneo, apenas se aventuraban en el Océano, ya porque no conocían los progresos de los portugueses en la geometría, ó ya porque creyéndose maestros en la navegación, imaginaran que no se les podía sobrepujar. Tomaron las palabras de su compatriota por delirio de orgullo, pretestaron la penuria del tesoro, motivada por armamentos considerables, y tal vez para rebajar sus pretensiones le dijeron, que no cogía de nuevas al Senado el deseo de hacer descubrimientos; porque más de uno había pagado con la vida su temeraria curiosidad, como lo justificaban papeles de los archivos de la república, en que se leía que doscientos años antes, dos capitanes de la sangre más ilustre, llamados Tedisio Doria y Ugolino Vivaldi partieron para el grande Océano, sin que se volviese á saber de sus personas.» (1)

Hemos querido citar íntegras las palabras del Conde para que se vea que de ningún

(1) *Historia de Cristóbal Colón,* capítulo II, parte III, página 30. Cádiz, 1858. Tenemos también presente la obra titulada *Monumento á Colón,* que es otra traducción distinta, y viene á decir lo mismo que hemos trascrito con unas cuantas palabras más.

modo intentamos tergiversarlas. Vemos, pues, que lo que resulta del lugar citado, es, primero, que Génova no niega la existencia de aquellos países; segundo, que Génova sabe que se puede ir allá, pero que Génova cree que no se puede volver.

Teniendo en cuenta estas advertencias, sigamos dejando hablar al Sr. Conde, y que nos refiera la segunda presentación de Colón ante el Senado de su patria.

Fué esta segunda presentación en 1484; el mismo Sr. Conde la describe así en el lugar ya citado, página 43: «y salió en secreto de Lisboa para Génova á fines de 1484, llevando consigo á su hijo, cuyas delicadas facciones recordaban la hermosura de su madre.

»Sin embargo de la negativa de la serenísima república años atrás, le daba su patriotismo valor bastante para arrostrar de nuevo los desaires del pueblo que lo vió nacer; y lo inducía á insistir con el Senado. Pero graves atenciones lo distrajeron del proyecto, pues sus recursos no le permitían cercenar su flota, para engolfarse en una empresa, que ningún precedente justificaba, y Colón no sacó de este viaje otra satisfacción que la de visitar en Savona á su venerable padre, y pedirle su bendición para su nieto, que un día mezclaría

su sangre con las dos casas reales de España y Portugal.»

Como se ve, dejamos que el Conde raciocine como le conviene, pero nos parece que nuestros raciocinios son más exactos, no porque sean nuestros, sino porque brotan de los hechos mismos que acabamos de exponer.

¿Cómo se ha atrevido Cristóbal Colón á presentarse en Génova para proponer segunda vez que le ayuden á la realización de su proyecto? Sin duda porque ha encontrado razones bastantes para rebatir los argumentos que en la primera presentación se le adujeron: esto es muy claro, muy sencillo y muy terminante.

Porque en la primera gestión, en 1476, no se rechazaron sus pretensiones con una negativa categórica y porque sí, sino que le expusieron razones y motivos atendibles y de importancia tanta, que el ilustre genovés no tuvo qué objetar; y al presentarse ahora de nuevo, tiene que ser porque lleva ya razones bastantes para explicar todas las dificultades que antes, años atrás, le había expuesto la serenísima república.

La mayor dificultad que en 1476 presentó la república para asociarse á la idea del entonces obscuro marino, no fué la escasez del

erario, ni la penuria del tesoro, ni siquiera el arrojarse á locas y temerarias empresas, sin esperanzas de resultado alguno positivo; sino que la razón principal fué el creer aquellos senadores que la vuelta de tan remotos países era imposible, dado el caso que concedían de que se pudiese llegar á ellos; es decir, el Senado de Génova contestó á Colón la vez primera que se presentó ante él: nosotros sabemos que esos países existen, y sabemos también que de allí no se puede volver, por el estado y configuración del globo, por la forma misma del orbe; y los que hasta ahora se han atrevido á hacer semejante intento, lo han pagado con sus vidas; pero repitamos de nuevo las palabras del mismo Senado, porque conviene que en ellas nos fijemos, porque son el punto capital de nuestra observación, y estas palabras, como ya hemos dicho, están tomadas del mismo Sr. Conde, «porque más de uno había pagado con la vida su temeraria curiosidad, como lo justificaban papeles de los archivos de la república, en que se leía que doscientos años antes, dos capitanes de la sangre más ilustre, llamados Tedisio Doria y Ugolino Vivaldi, partieron para el grande Océano, sin que se volviese á saber de sus personas.»

Esto es importantísimo; estas palabras que el Sr. Conde admite como buenas y coloca en los labios del Senado de Génova, son la confirmación más hermosa que pudiéramos desear en pro de la historia de Alonso Sánchez. Y así es en efecto; y si nó, ¿por qué el Senado de Génova, respetable é ilustre, como lo acredita la historia, había de decir esto sólo *para rebajar sus pretensiones* (de Colón) como quiere el Sr. Conde? ¿por qué no había de ser una verdad el hecho de haber salido capitanes tan expertos é *infolfatisi nell' Oceano, non avevano piú data nuova di loro,* como dice Casoni en los *Annali di Génova,* citados por el Conde? ¿Tenían necesidad de mentir los magistrados de una república, tan floreciente y tan célebre como la de Génova, al hijo de un cardador de lana, pobre, perdulario, como era Cristóbal Colón? Perdóneme el Sr. Conde, á quien siempre rendiré entusiasta los homenajes de mi respeto y admiración; las palabras del Senado de Génova son ciertas, son exactas; de no serlas, quedan en muy mal lugar aquellos señores: la república, pues, había facilitado recursos á los insignes capitanes que cita para el descubrimiento de aquellos lejanos países, y las embarcaciones que los condujeron no habían

vuelto á aparecer después de dos siglos, y así lo ha comprendido también Colón, y algo extraordinario ha sucedido, algo nuevo en su vida cuando segunda vez se presenta, y viene sin duda á rebatir los argumentos, á explicar las razones de la anterior repulsa.

Viene á decir: se puede volver de aquellos países; yo he visto y he hablado con uno que ha estado allá y ha vuelto; yo me atrevo también á volver, pues tengo el testimonio de la experiencia, y lo sé positivamente por un testigo presencial.

De esta manera, y sólo de esta manera, comprendemos nosotros la segunda visita de Cristóbal Colón ante el Senado de Génova, resolviendo la dificultad que cual insuperable obstáculo le opusieron en la anterior presentación.

Ahora bien; teniendo en cuenta la fecha que el mencionado historiador señala á la segunda presentación á Génova, desde luego se ve de un modo irrefragable, sin que deje absolutamente lugar alguno á duda, que quien le proporcionó el conocimiento experimental que para presentarse en Génova necesitaba, no fué otro que Alonso Sánchez: el año de 1484, dicen todos los historiadores que de este suceso se ocupan, ocurrió la catástrofe marítima

que obligó al experto marino de Huelva á refugiarse en casa de Colón, después de haber visto lejanas desconocidas tierras allende los mares, y en 1484, es decir, de seguida que tuvo tan providencial conocimiento, es cuando se presenta en Génova, su patria, para que de maneras ningunas quedara esta ciudad despojada de la gloria y de las riquezas que de tan importantes descubrimientos se habían de reportar.

Estas fechas no están señaladas por nosotros; las de las dos presentaciones están marcadas por el Conde, sin que nos metamos á averiguar si son ciertas ó nó; la de Alonso Sánchez por la tradición hablada y escrita: nosotros no hemos hecho más que aplicarlas, y nuestros lectores verán cómo del contexto del Sr. Conde se deduce que, sin la providencial entrevista de Colón con Alonso Sánchez, nunca hubiera podido el genio de los mares tener una seguridad tan grande, una convicción tan profunda, una persuasión tan íntima de un hecho contra cuya realización se presentaba hasta el resultado de la experiencia.

CAPÍTULO VI

REFUTACIÓN DE OTRAS RAZONES Y ARGUMENTOS QUE SE SUELEN ADUCIR EN CONTRA DE ALONSO SÁNCHEZ.

LABOR pesada y molesta para los lectores y para el que escribe, es siempre el estudio crítico, del que no podemos prescindir por la índole de este trabajo, principalmente en esta primera parte.

Necesitamos rebatir los argumentos que se presentan en contra de la verdad de la historia de Alonso Sánchez; y en efecto, uno de los más fuertes y formidables, es el silencio que guarda Colón en sus escritos, en los pocos escritos que de él nos quedan, sobre el

suceso del marinero muerto en sus brazos.

Como Colón es el primero de los historiadores que del gran descubrimiento tenemos su silencio, dicen los adversarios de Alonso Sánchez, tiene mucha importancia, máxime cuando ni una palabra siquiera dedica al ilustre marino que fué delante y le señaló la travesía, acortando los pasos que dió luego en el Océano, que por cierto á no tener noticias del viaje de Alonso Sánchez, no hubiera podido llegar en tan poco tiempo, en poco más de treinta días, á contar desde el 6 de Septiembre que salió de Las Canarias, hasta el 12 de Octubre que llegó á San Salvador, isla no distante de Hayti (Santo Domingo), la visitada por nuestro Alonso.

¿Y será bastante motivo para negar el viaje casual de Alonso Sánchez, el no consignarlo Colón en sus escritos? Si en el poderío, según el común sentir, el hombre no puede sufrir compañía, mucho menos en la gloria, que es un sentimiento más levantado y sublime, y se resiste al hombre, sobre todo al héroe, colocar delante de sí y dar la preferencia á otro á quien considera de menos valor en el asunto de que se trate, como era indudablemente con respecto á Colón nuestro Alonso Sánchez.

Los héroes son también hombres, pequeños en algunos actos, porque ninguno es tan perfecto que pueda sustraerse á lo ruin que tiene de suyo la naturaleza humana.

Porque en efecto; se pueden encontrar hombres mortificados, penitentes, devotos, sinceros; pero hombres sin amor propio, es imposible hallarlos; sólo la gracia divina puede preparar corazones en donde se halle combatida y debilitada la semilla del orgullo y la ambición.

Además, Colón podía presentarse ante el mundo con su frente elevada, á pesar del silencio que sobre Alonso Sánchez guardó, y contestar á los que le pudiesen increpar que no ha tratado exprofeso la materia, que en sus cartas particulares no tuvo necesidad de nombrarlo, y en el Diario de sus viajes tampoco lo tuvo por conveniente, empezando su narración en época posterior á Alonso Sánchez; esto, dado caso que sea fiel y exacto el *Diario* de Colón que hasta nosotros ha llegado, pues no conocemos el original escrito por el Almirante; de manera, que á decir verdad, no sabemos ciertamente si Colón calló ó hizo referencia del hecho de Alonso Sánchez; porque los escritos de Colón no han llegado completos hasta nosotros, y son los

únicos que podían arrojar luz sobre esta importantísima cuestión.

La tierra que cubría el cuerpo de Alonso Sánchez y los de sus compañeros, era también garantía segura de que el secreto no se había de quebrantar; los pocos marinos que del asunto se enteraron por referencia, no tenían conocimientos ni instrucción bastante para manifestar aquel acontecimiento al mundo; Colón lo sabía y aunque se aprovechó de los descubrimientos del infeliz náufrago, no quiso darle participación en la gloria.

Si Alonso Sánchez hubiese sobrevivido, tal vez hubiera Colón utilizado su presencia cual incontrastable argumento de la verdad de su problema; pero una vez muerto, tuvo Colón confianza en sí mismo, en su fe y en la firmeza de sus convicciones y carácter.

¿Faltó Colón al ocultar el nombre de Alonso Sánchez, y pagar con ominoso olvido la memoria del que de un modo tan poderoso le ayudó en su empresa? Colón fué casi siempre héroe, pero á su vez hombre, y al ocultar el nombre de Alonso Sánchez fué una de tantas que obró como tal.

Otro baluarte adonde se han acogido cuantos en el trascurso de los siglos negaron la existencia de nuestro Alonso, es el silencio

de D. Fernando Colón en la historia que con su nombre aparece publicada sobre la vida de su padre el Almirante.

¿Y será razón suficiente para negar la existencia de Alonso Sánchez, que *Fernando Colón* no le mencione en su historia? Por única contestación, diremos que Fernando Colón era el historiador de sí propio y de su padre; llegando á decir de este autor D. M. F. de Navarrete, que «escribió más con el afecto de hijo que con la imparcialidad de historiador, é hizo un panegírico cuando trataba de coordinar una historia;» (1) teniendo esto presente, nada tiene de extraño su silencio. Recogió para sí solo toda la gloria, toda la fama, así como se enorgulleció con todo su nombre.

Las grandes disputas, pleitos y cuestiones que en aquellos días se agitaban sobre su mayorazgo, bienes y dignidades de su casa, le debieron imponer esa prudente reserva y aun la necesidad de rebatir cuanto pareciese obscurecer el brillo de su casa y familia.

Los muchos y grandes enemigos que la emulación y la envidia levantaron en torno suyo y de su padre, el carácter de aventurero con que se le consideró después de haber

(1) Colección de viajes y descubrimientos. Tomo III, página 609.

realizado el proyecto que en un principio pareció tan asombroso como imposible, todo, todo contribuía á dejar oculto el nombre de Alonso Sánchez.

La historia de Fernando Colón, tampoco es de lo más autorizado que hoy tenemos sobre la materia, no es la más verídica, y la crítica tiene descubiertos en ella grandes vacíos y deficiencias.

Todas estas razones y otras que diremos después, obligaron sin duda al Sr. Harrise, autor de la *Biblioteca Americana Vetustísima*, á publicar un trabajo con el objeto de «deshacer el error que venía siendo general de admitir como obra de D. Fernando Colón, aquella historia que se publicó en Venecia en 1571.»

Porque debemos advertir, que la historia original del Almirante D. Cristóbal Colón, escrita por D. Fernando, su hijo, ha desaparecido, y sólo tenemos hoy versión castellana de aquellos originales que tradujo en toscano Alfonso de Ulloa, en la fecha dicha.

Estos originales fueron llevados á Italia, al decir de aquellos historiadores, por don Luis Colón, nieto del Almirante, en 1568, y el Sr. Harrise prueba que en esta fecha dicho

D. Luis, desde 1558, estuvo preso, y luego desterrado al Africa por el delito de trigamia, en cuya condena le cogió la muerte, acaecida en 1572.

Además, este manuscrito no pudo llegar á manos de D. Luis, porque nunca conoció á su tío Fernando, y aunque por muerte de éste quedó heredero de su Biblioteca, nunca se cuidó de ella por lo que el Cabildo Metropolitano de Sevilla, después de pleitos y peripecias, la recogió para sí.

Las razones alegadas hasta aquí, no son las más poderosas para quitar á Fernando Colón la gloria de haber escrito la vida de su padre: de mayor peso é importancia es la que después coloca, haciendo minucioso análisis de los catálogos y registros que el insigne bibliófilo llevaba de los libros de su biblioteca, y, en efecto, en ninguno de los índices que escritos por la propia mano de D. Fernando hasta hoy se conservan, se hace relación de tal Historia, siendo así que se encuentran en ellos anotadas varias composiciones de menor valía, debidas á la pluma del propio D. Fernando.

El libro del Sr. Harrise adquirió notoria publicidad, á pesar de haberse hecho una tirada de solos trescientos ejemplares, y dese-

guida se ocuparon de él respetables escritores de nuestra patria historia, y entre ellos el Sr. D. Antonio M. Fabié, en su bien pensado libro *Vida y escritos de Fr. Bartolomé de las Casas.* Uno de los temas propuestos para discutirse en el Congreso Geográfico de Venecia en 1881, fué si era apócrifa y por consiguiente indigna de fe y de estimación la historia de D. Fernando Colón, traducida por Alfonso de Ulloa, y D. Martín Ferreiro, Secretario general de la Sociedad Geográfica en Madrid, en una notable Memoria publicada en el *Boletín de la Sociedad Geográfica,* y que mereció los honores de ser traducida al italiano por el célebre historiador César Cantú, probó que la dicha traducción al italiano de la Historia del Almirante, estaba sacada de una verdadera historia escrita por D. Fernando; citando documentos pertenecientes á Nuestra Real Academia de la Historia, en los que se menciona y hace referencia á la historia original y primitiva que escribió D. Fernando.

También se trató en la misma fecha y del mismo asunto, en el Congreso de Americanistas de Madrid, quedando demostrada la falsedad de los asertos del Sr. Harrise, y con esto quedó al parecer concluída la cuestión,

pero nunca se le pudo dar á la historia escrita por D. Fernando, la autoridad de verídica, ni de imparcial, ni de exacta, y ha servido mucho más para involucrar la vida del gran Almirante, que para esclarecer sus hechos como debiera, dándonos á conocer los verdaderos y más culminantes sucesos de su existencia.

Razones de amistad movieron sin duda á *Pedro Mártir de Angleria* á guardar silencio también: sabido es que este célebre historiador era distinguido servidor en la corte de los Reyes Católicos, y amigo íntimo de Colón; no tanto como *Andrés Bernáldez,* ó sea el cura de los Palacios, uno también de los mayores amigos, quien le admitía por lo común de huésped, y muchas veces le hizo depositario de sus diarios y manuscritos, y por esta amistad y particular afecto también omite la relación del marinero de Huelva.

De *Fr. Bartolomé Las Casas,* hijo del Antonio que acompañó á Colón en su viaje á la Española, y volvió rico á Sevilla á los cinco años, ya hemos citado su testimonio, y por cierto de la mayor valía, en favor de Alonso Sánchez, aunque tampoco lo nombra.

Estos son los principales historiadores españoles, que al tratar de las glorias de Colón

en el descubrimiento del Nuevo Mundo, ocultan el nombre del humilde piloto; éstos son partes interesadas por la amistad íntima, pública, notoria, que á Colón profesaban; no pueden, pues, servir de testigos ante ningún tribunal.

Como no se encuentre otra razón más poderosa que el silencio de estos historiadores contra Alonso Sánchez, éste vivirá, y vivirá radiante de gloria, de tanta gloria como trabajos sufrió en el mundo.

Empero á más de las razones expuestas, encontramos otras de altísima monta para que los historiadores que hemos citado callasen el nombre del hijo ilustre de España y de Huelva, que tanta parte tuvo en el feliz descubrimiento de aquellas remotas regiones, y es la hidalguía, la elevación de sentimientos, la caballerosidad y nobleza que distinguía á nuestros honrados padres amigos de Colón.

Un crimen, cuyo peso insoportable hubiera gravitado siempre sobre sus almas, hubiera sido para nuestros padres el disputar siquiera la más imperceptible perla de la hermosa corona de aquel genio tan humilde como grande, y que llevó tan lejos la fama y la gloria del nombre castellano.

No hablamos aquí de aquellos espíritus empequeñecidos y ruínes, adversarios de Colón y émulos de sus grandezas, porque éstos sólo pensaban en sus medros personales, sin más mérito que las astucias palaciegas, sin más títulos que la ignorancia y la maldad. El hombre cortesano no se parece á ningún otro hombre; únicamente se puede comparar consigo mismo, y tampoco puede servir de norma para medir la altura de la dignidad de un pueblo.

Entonces, los que contemplaron al héroe en las prisiones, cargado de cadenas, al hombre que más honores preparó á la hermosísima patria española, era hasta justo que ocultaran toda nuestra grandeza, para realzar más y más la suya, que de mezquindad y miseria no es el espíritu que encierra el noble pecho del hidalgo español.

Si fácil nos ha sido explicar el silencio de nuestros historiadores, mucho más fácil nos será explicar el de los autores italianos. Su amor á la patria les indujo á pedir toda la gloria para Colón.

Por esto *Sabellicus Giustiniani, Benzoni* y los demás, no admiten ni por un momento que hubiese ningún Alonso Sánchez en España.

Gloria es para la patria historia, gloria para Alonso Sánchez, y motivo de satisfacción y júbilo para nosotros, que los dos más grandes adversarios que se presentan en contra de la verídica narración que sustentamos sean extranjeros.

No queremos, por estas palabras, manifestar que no haya habido entre nosotros, historiadores y hombres de letra que hayan combatido nuestra opinión, tan verídica y tan exacta; pues en los mismos tiempos que atravesamos, tenemos algún que otro historiador que combate la tradición tan universal del hijo de Huelva y de España; pero estos autores que así escriben y piensan, no han hecho más que seguir las huellas de los dos extranjeros expresados, sin pararse á considerar que por mucho que estos autores amen á Colón y pretendan ensalzarlo, nunca llegarán al amor que nosotros le profesamos; y también, que por mucho que conozcan su historia, y por innumerables que sean los documentos relativos al mismo, de que hayan podido hacerse, incluso Washington Irving, que escribió su *Vida y viajes*, copiando los trabajos y documentos de nuestros autores; á pesar de esto, nunca podrán tener tan amplio conocimiento del asunto, como los auto-

res é historiadores de una nación tan amante de sus glorias como la nuestra, aunque no haya acostumbrado levantar estatuas á sus hijos célebres, porque entonces tendría que erigir considerable número de monumentos; á una nación tan dada al culto de sus tradiciones como la patria española, tan entusiasta de Colón como nuestra España, al que poetas y literatos, escultores y arquitectos, pintores y guerreros, colonizadores y marinos, y todas las artes y todas las ciencias, todas las letras y toda la poesía, han levantado en el trascurso de los siglos monumentos tan gloriosos, de tan asombrosa estructura, y tan múltiples, cual nunca podrá sobrepujarlos ni igualarlos siquiera, todo el linaje humano puesto de acuerdo.

Cristóbal Colón, aunque nacido en Italia, es hijo de España: el hecho inmortal que le engrandece y le coloca á inconmensurable altura sobre los demás hombres, ha sido realizado sólo en nuestra nación y sólo por nuestra patria; de manera que sólo nosotros lo comprendemos, porque sólo nosotros supimos prestarle oídos y acompañarle, dándole los recursos necesarios para que realizara su pensar y su idea, ó para decir mejor, su destino providencial en el mundo, para el que

la Providencia le facilitó datos y ciencias, referencias y noticias, las necesarias para su realización, y lo envió á nosotros en la época precisa, cuando podía ser escuchado, al ocupar el trono la más grande de nuestras reinas, la que no tuvo otra igual, Isabel la Primera.

En esto debieron fijarse cuantos entre nosotros se ocuparon de las glorias del primer Almirante de las Indias; en que siempre los historiadores de España respetaron la tradición de Alonso Sánchez; los unos, consignándola en sus escritos; defendiéndola los otros, y presentándola todos como histórica y exacta; pero combatiéndola, jamás, como no fueran extranjeros; los italianos, franceses y el célebre Irving.

CAPÍTULO VII

IMPORTANCIA DEL HECHO REALIZADO POR ALONSO SÁNCHEZ

Hoy, acostumbrados nosotros á disfrutar los beneficios que ha reportado el descubrimiento del Nuevo Mundo, apenas nos fijamos en el poderosísimo esfuerzo que fué necesario hacer para su realización.

El estado precario en que las naciones se encontraban, por las diversas guerras de índole distinta que á cada una habían trabajado, y nuestra España más que ninguna, pues la titánica lucha que acababa de concluir había durado ocho siglos, y se hallaba sin dineros, sin barcos y sin hombres, tres ele-

mentos necesarios para emprender la obra. Este estado precario, unido á lo costoso de la empresa; muchos hombres cuyas vidas había que exponer aunque no se hiciera más que un solo ensayo; y digo que había que exponer sus vidas, porque los resultados de tan peligroso viaje eran inciertos, y más bien la imaginación popular fingía desgracias, se forjaba insuperables peligros, y veía la muerte inmediata para todas las personas que tomasen participación en la empresa.

Pues bien; Alonso Sánchez prestó á Colón fuerzas para vencer todos estos obstáculos; constancia para deshacer todos los imaginarios peligros; valor para arrostrar todas las dificultades, hasta el punto que podemos asegurar que tal vez sin Alonso Sánchez, Colón no hubiera podido realizar tan asombroso descubrimiento, no ya sólo bajo el punto de vista de que sin Alonso Sánchez no hubiera sabido nunca la existencia de aquel mundo desconocido, sino aun cuando hubiera tenido indicios de que en tan apartados lugares existían tierras desconocidas, Alonso Sánchez fué quien le dió, no indicios, sino conocimientos; no sospechas, sino convicción de haber allí pueblos y naciones, bien fuesen pertenecientes á la misma India, á cuyo extremo occi-

dental pertenecieran, bien fuese un mundo desconocido, como luego se vió que era.

Por esta razón, no tememos asegurar que Alonso Sánchez completa á Colón y es el escabel de su grandeza.

De manera que, aun dando por admitido lo que de modo ninguno se puede asegurar, que antes que Alonso Sánchez muriese en brazos de Colón, ya éste perseguía la idea de ir á las Indias por un camino más corto; aun cuando supongamos esto como cierto, todavía es grande la importancia de Alonso Sánchez en la realización del famoso descubrimiento, porque cuando Colón con la mirada atónita contemplara los océanos inmensos de las aguas que tenía que atravesar antes de ir á la dicha extremidad opuesta de las Indias, como pretendía según sus cálculos, un temor vago atormentaría su alma, y á veces, quién sabe, zozobraría el valor de su corazón, porque eran muchos los inconvenientes que se presentaban, incomparables los obstáculos, y porque por muy grande que sea la persuasión que un hombre tenga en su pensamiento, cuando este pensamiento es considerado como descabellado por reyes y por vasallos, por sabios y por ignorantes, por grandes y por pequeños, por hombres de ciencias y por

hombres de letras, por gobiernos y por pueblos, por repúblicas y por monarquías, por religiosos y por seglares, por obispos y por simples fieles; y este hombre, solo con su idea en frente de toda la humanidad, excepción hecha de media docena escasa de hombres que veían viable su idea, como sucedió á Colón: este hombre alguna vez tenía que fluctuar en el interior de sí mismo; en algún momento las dudas atormentarían su alma, y entonces la sombra de Alonso Sánchez, levantándose al otro lado de los mares en los confines del Occidente le prestaba alientos en aquellas luchas que consigo mismo y con hombres y gobiernos sostuviera, y le confirmaba la verdad de sus ensueños, la fácil realización de su idea, augurándole el glorioso feliz término á sus inauditos trabajos y desvelos.

Así, pues, el hecho realizado por Alonso Sánchez pudo quedar aislado, sin resonancia ni consecuencias ningunas, como tantas veces habría sucedido hasta entonces, de haber sido arrojadas á aquellos países embarcaciones mil durante los siglos de la historia, sin que á nadie se le ocurriera valerse de aquel descubrimiento para civilizar aquellos pueblos, y en este sentido la fortuíta arribada de Alonso Sánchez al nuevo continente, necesitaba un

Colón que supiera aprovecharse de aquel suceso y le diera la importancia que tenía, y concibiera la idea de poner aquellos apartados lugares en comunicación con los nuestros, y establecer comercio permanente entre aquellos hombres y estos hombres, y que á esta idea le dedicara su actividad, su descanso, inteligencia y vida.

En este sentido aseguramos también que sin Colón nada hubiera sido Alonso Sánchez; su naufragio no hubiera tenido resonancia ninguna, hubiera sido un eco más perdido en la inmensidad del Océano.

Pero también Colón necesitaba un Alonso Sánchez: era muy inaudita la idea para que pudiese realizarla sin previa convicción, nacida, no de cálculos que pueden ser ilusorios, sino de testigo presencial; en una palabra, lo que hemos dicho, Colón y Alonso Sánchez se completan, y por eso la Providencia los reunió para que ellos realizaran sus altos fines que eran completar el linaje humano, enseñando la verdadera forma del mundo.

Tenemos más: algunos autores, ya lo hemos manifestado en el capítulo VI, aseguran que desde 1474, diez años antes que Alonso Sánchez muriera en los brazos de Colón, trabajaba éste por descubrir el camino más corto

para llegar á las Indias, ó sea intentaba descubrir la extremidad opuesta de las Indias, la parte occidental que fué siempre su pensamiento, y aun después de realizado, cuando en vez del extremo occidental de las Indias, resultó que había descubierto un Nuevo-Mundo, bajó á la tumba sin saber todo lo asombroso que había sido su descubrimiento.

Pues bien: quieren los indicados autores, que desde 1474 persiguiera Colón la idea de dicho camino más corto, y ante todo conviene advertir que esa primera presentación de Colón á la república de Génova en la repetida fecha, está muy lejos de ser admitida como cierta: en cuestiones de fechas, toda la vida de Colón está llena de inexactitudes, excepción hecha de la época en que empiezan los descubrimientos, y de su entrada al servicio de la Casa Real de España, y algún otro acontecimiento; y esta de la presentación en Génova en 1476, es una de las que más se discuten.

¿Por qué no presentó nunca Colón ante los monarcas y gobiernos á quienes ofrecía sus servicios y pedía auxilios para realizar su idea, el testimonio del marinero muerto en sus brazos? Pues porque quería toda la gloria para sí, porque tenía planes vastísimos y no

podía desarrollarlos si no se presentaba él como único inventor de su proyecto; porque luego pedía él mucho, una recompensa tan grande que asustaba á los mismos monarcas; honores, riquezas para sí y hereditarias en su familia, y alcanzar esto no podía, diciendo que otro antes que él había andado ya el camino.

La cuestión que acabamos de presentar tiene íntima conexión con esta otra: ¿Qué deseaba más Colón, los honores y riquezas, ó hacer los descubrimientos? Nosotros no queremos contestar, pero la historia dice que en Santa Fe, Isabel la Grande, cuando la cruz de los cristianos tremolaba sobre los muros de Granada y el anagrama bendito de María sobre la Media Luna de la Alhambra, llamó á Colón dispuesta á facilitarle los recursos necesarios para el viaje y se trató de la recompensa, y porque pareció exagerada, Colón se retiró y salió del campamento, y tomó el camino para salir de España, y nuestra ínclita Soberana tuvo que transigir y llamarlo y darle cuanto pedía, y se firmaron las capitulaciones.

PARTE SEGUNDA

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

CRISTÓBAL COLÓN.

¿Tendremos palabras para describir sus hechos? Su nombre solo llena ambos mundos, y á medida que los siglos se suceden, parece como que se agiganta, y cada generación entona un nuevo himno en su memoria.

La humanidad le debe que por su mediación se completara el linaje de los hombres; la Religión, que por su causa se cristianizara un mundo, y los siglos y las edades

tienen que aprender de él todo lo que alcanzan los esfuerzos de un hombre cuando la idea vivifica el alma, cuando la fe ilumina la razón, cuando tiene por norte de sus acciones el bien, y por norma de su vida, la honradez y el trabajo.

Por Colón tuvo feliz cumplimiento aquel sublime divino mandato *Prædicate Evangelium omni creaturæ,* y merced á su portentosa empresa, se cumplió en toda la extensión de la palabra la gran profecía relativa al incruento sacrificio de la ley de gracia *in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.*

¿Quién podrá referir los inmensos, inauditos beneficios que ha reportado á la humanidad el portentoso descubrimiento realizado por Colón?

Por esto se le aclama como héroe y se le llama genio, y se le considera como el más grande de los mortales, porque tuvo en la tierra una misión superior á la de todos los hombres; su misión fué única, y por esto no hay en la historia otro personaje que le iguale; su hecho, el hecho por él realizado, ni tuvo precedente, ni tendrá otro semejante; por eso él es solo sin que ningún otro le aventaje.

La Providencia divina, que rige los desti-

nos de los hombres con tanta suavidad como fortaleza; que dirige las acciones de la humanidad con tan asombrosa sabiduría, y tiene descritos con caracteres inenarrables, desde toda la eternidad todos los acontecimientos que han de suceder en el tiempo, y marcados tiene también, desde antes que empezaran los siglos, los sujetos que han de realizarlos, ha señalado á cada uno su época precisa, su tiempo exacto, en ese reloj cuyas horas no pueden leer los hombres hasta después que han sonado; así colocó al inmortal marino en el momento preciso, más bien, único, en que su presencia en el mundo era necesaria, en el siglo XV, cuando concluía una manera de ser los pueblos y empezaba otra nueva; cuando se descubría la brújula é inventaba la imprenta; cuando los pueblos se agitaban en ardentísimos deseos de navegaciones y descubrimientos marítimos; cuando le tenía destinado el precursor que le preparase y descubriese los caminos que tenía que seguir para la realización y cumplimiento de sus altos destinos, como fué sin duda el olvidado Alonso Sánchez, y se poblaban los mares de embarcaciones que iban á descubrir nuevos países.

Colón, genio inmortal, colocado en el cen-

tro de dos grandes edades, sintetiza y reúne en su persona las altas y nobilísimas dotes que caracterizan la Edad Media, que en sus tiempos concluía, y las elevadas cualidades de la Edad Moderna, á que él mismo daba principio; á la manera que podemos decir de tan gran héroe, que sostiene en una de sus manos el mundo antiguo, por su constancia, sus profundos conocimientos, ó al menos sus valiosísimas experiencias, y en la otra mano el Mundo Nuevo, porque á él le debe la vida, la existencia; así también resplandecen en su alma el mundo de la Edad Media, que es el mundo de la fe, de la teología, de las santas y sublimes creencias, y al mismo tiempo es también el mundo de la caballerosidad y de la nobleza, porque los actos realizados por el hombre á la luz de la fe hermosa, tenían que resplandecer en sus acciones, en su conducta, en su vida, en sus palabras, en sus pensamientos; porque el código del honor está escrito en el Evangelio, y los grandes principios de la nobleza en la práctica de sus consejos: por esto el perfecto caballero es el perfecto cristiano, y á medida que escasean éstos últimos, desaparece la raza de los primeros.

Y Colón representa también la Edad Moderna, por su amor á los descubrimientos,

por su entusiasmo por las navegaciones. No hay duda que Colón es superior á su siglo, más grande que los hombres que le rodean, sin que nos tenga que extrañar esta circunstancia, porque tiene marcado en su frente el sello de la predestinación, como los grandes héroes, y éstos aparecen en la historia como luminosos faros adonde tienen que fijarse los que navegan por los mares de la vida; y por esto á los héroes nunca se los comprende en la época en que nacen, sino después, cuando los hombres se han convencido que ellos marcaron el derrotero que se tenía que seguir, y la humanidad, compuesta siempre de hombres, y por ende de seres pequeños aferrados á sus prácticas y costumbres, que se les hacen fáciles por el hábito de ejercerlas, y son enemigos de todo aquel que los pretende arrancar de su monótono camino, suelen martirizar al héroe en sus días y rendirle luego, cuando descendió á la tumba, entre sollozos y lágrimas, la admiración y el culto que sus proezas merecieron.

Así lo vemos en Colón; su pensamiento era el pensamiento gigante, su mirada veía en lo futuro, su grandeza no la pudo contener el mundo antiguo y se extendió y dilató por el mundo nuevo, pero nada más que esto en

sus días; la gloria la tuvo en sí mismo, sus satisfacciones, las que su alma le proporcionaba recreándose en su propio pensar; y fuera de esto la pobreza le rodeó siempre, los desprecios le acompañaron casi toda su vida, sobre su lecho de muerte estaban colgadas las cadenas del presidiario, y su muerte fué ignorada; pero en este mismo desprecio encuentra el historiador altísima grandeza, en el mismo olvido, elevada gloria; Colón para ser grande no necesitaba exequias de los hombres ni fúnebres tributos; la humanidad se arrodillaría ante su tumba, y los ángeles de la gloria recibieron su alma, tributándole honores más gloriosos que los hombres le podían rendir.

Según nuestro humilde parecer, Cristóbal Colón tuvo en el mundo la altísima providencial misión de unir ambos hemisferios y completar el orbe y el linaje humano, y para esto recibió del cielo gracias bastantes y suficientes, dotes y talentos necesarios para este fin; pero creemos que este fué su solo destino, y por esto desaparece de la vida sin saber siquiera lo que había hecho, hasta el punto que grandes historiadores del Nuevo-Mundo niegan hollara con su gloriosa planta la tierra firme del nuevo continente.

D. Marco Aurelio de Soto, presidente de la República de Honduras, se expresa así hablando del inmortal marino:

«¡Destinos raros los del gran Colón! Busca por las vías de Occidente las Indias Orientales, y tropieza con la virgen América, tendida entre los dos Océanos; encuentra un mundo nuevo destinado á ser templo de la libertad universal, asiento de las nuevas ideas y de las nuevas formas sociales y políticas que batalla por darse la humanidad. Cree haber tocado en Cuba, tierra firme adherida al Asia, «el fin del Oriente,» y resulta ser la reina de las islas, la grande Antilla. Contempla las costas del verdadero continente, con que su constancia, su fe, su ciencia y su heroísmo habían completado el mundo, y cree que son islas las que tiene delante de sus ojos. Descubre lo que nadie había soñado que existiera, y lo que nadie tendrá la gloria de volver á descubrir, un Nuevo-Mundo, el complemento del globo, y no pone sus pies en ese continente, no santifica la nueva tierra con la huella de sus plantas.»

El Sr. Fernández Duro (1) probó con datos tomados de Oviedo, Las Casas, Pedro

(1) Colón y Pinzón.

Mártir de Angleria y del Archivo de Indias, que sí, «que sobre la tierra firme del nuevo continente gravitó el vehículo del Almirante, y que la gloriosa nave dejó huella en la arena junto á la de aquel *para quien la humanidad nunca tendrá sobrada gratitud, ni sobrada admiración.*»

Pero aunque así sucediera, no lo supo Colón, quien desaparece del mundo sin conocer lo que había hecho, sin penetrarse, ni comprender lo trascendental, lo importantísimo, lo gigantesco de su obra, lo prodigioso de su pensamiento, ya en el terreno de la realidad, porque él buscaba un camino más corto para llegar á las Indias y descubrió hermosísimas y frondosas islas, y cuando él creía estar delante del extremo occidental de aquéllas, lo que tiene presente, sin él saberlo, son extensísimos continentes más grandes que el mundo antes conocido; un Mundo-Nuevo, en fin, que surge de entre las aguas y se levanta para saludarlo, cual si fuera escondida perla en el seno de aquellos mares, y él la coge y la trae para engastarla en la corona de España, en cuya corona había perlas tan resplandecientes como la reconquista de Granada; pero los fulgores de la que Colón trae en sus manos, obscurece los brillantes reflejos de todas

las anteriores. Y podemos decir que vivió sólo para esto, y todos sus hechos, sus pasos sobre la tierra se encaminan á este fin, semejante á aquellas plantas que nacen, crecen, se desarrollan para producir una flor, y deseguida mueren: así fué él..... la flor se arrancó de la planta que la había producido, y luego fué arrojada al estercolero; en una posada de Valladolid murió.

Y como todo en Cristóbal Colón es extraordinario y grande, y hasta todo lo que á él pertenece podemos decir que lleva el sello del misterio, porque lo poco que de él conocemos nos lo ha enseñado él mismo, no nos debe extrañar que ignoráramos por completo el lugar de su nacimiento si no nos lo asegurara él en sus escritos. Así, pues, sabemos el sitio en donde nació, porque él lo dijo: «siendo yo nacido en Génova;» y en otra parte hablando de esta ciudad: «Della salí y en ella nací;» (1) pero ignoramos por completo la fecha exacta de este gloriosísimo suceso;

(1) Son innumerables las poblaciones que se quieren enorgullecer con el timbre gloriosísimo de haber sido la cuna en donde viera del mundo la luz primera, el más grande de los descubridores, el que vivió y murió pobre; y estas poblaciones son: Pradello en Plasencia, Cuccaro en Monferrato, Cogoleto, Nervi, Abissola, Boggliasco, Coneria, Finale, Oneglia, Quinto, Novara, Chiavori, Milán, Módena, Colvi, etc.

hasta ahora se había congeturado por la de su muerte, ocurrida ésta en 20 de Mayo, día de la Ascensión del Señor, en 1506; y creyéndose que entonces tenía cumplidos los setenta años de su edad, se fijaba su nacimiento en 1535, pero esta fecha no era por todos admitida; fluctuaban los historiadores, y cada uno le asignaba un año de los comprendidos entre 1430 y 1456; hoy tal vez podamos aproximarnos más á la verdad, gracia al marqués de Staglieno, quien ha encontrado un documento en el cual el mismo Cristóbal Colón declara en Génova el día 30 de Octubre de 1470, ser mayor de diez y nueve años: *Cristofforus de Colombo filius Dominici, major annis decemnovem,* y teniendo á la vista este documento, y sabiendo además que Cristóbal Colón nació en Génova, como antes hemos dicho, y sus padres no se avecindaron en esta ciudad hasta 1439, como se prueba por escrituras públicas, bien podemos señalar la época del nacimiento del inmortal navegante, entre 1446 y 1447.

Fueron sus padres Dominico Colón, tejedor, *(textor pannorum et tabernarius,)* y Susana Fontanarrosa, y esta es su mayor gloria, no haber nacido en elevados alcázares ni bajo hermosísimos artesonados; y la razón de

que esta sea su grandeza, es porque así cuesta más trabajo figurar en la sociedad: los hijos de la fortuna ó del dinero, tienen ya desde el momento de nacer hecha su entrada oficial en el mundo; pero el que como Colón se encuentra *vilibus ortus parentibus,* y luego se eleva sobre las más altas dignidades y gerarquías, y mezcla su sangre con las de las casas reales, y se acerca á los tronos, ¡ah! ese bien puede llamarse grande por sí solo, porque ninguno ni nadie le ayudó á subir.

Los primeros años de su infancia se deslizan alegres en el hogar paterno al lado del humilde cardador de lana, y en el seno de aquella familia pobre, pero ilustre y cristiana, porque tiene la honradez por lema y el trabajo como base de subsistencia, y allí aprende Cristóbal á sufrir, fortaleció su alma en el precioso yunque de la resignación, y se elevó á las hermosas alturas de la grandeza en el pensar y en los deseos, desde lo profundo de la privación y de la escasez.

Luego, de nueve á diez años, estudió en Pavía, sin que podamos darle mucha importancia á los conocimientos que adquiriera en esta Universidad, célebre por aquel tiempo, porque sólo frecuentó sus aulas hasta poco después de haber cumplido doce años, y des-

de los catorce nos lo presentan embarcado, y la historia de sus navegaciones en este período está tan llena de anécdotas fabulosas y noticias erróneas, propaladas y defendidas por Fernando Colón y los historiadores que le siguen, que cuesta trabajo descubrir la verdad, ó mejor, que nos es completamente desconocida. Estos autores refieren cómo entró nuestro Cristóbal Colón bajo el mando de otro cierto Colombo llamado «el joven,» para distinguirlo de un tercer Colombo, parientes éste y el anterior, del primero, cuando se sabe no ser así, sino que los Colombo «el joven» y «el viejo» no eran italianos, sino franceses, y que tampoco se llamaban Colombo, sino Casenave, y también es falso, pero completamente falso, que nuestro Cristóbal Colón se hallase en la escuadra que mandaba Colombo «el joven,» y menos en el combate que éste sostuvo en las aguas de Portugal entre Lisboa y el cabo de San Vicente, contra cuatro galeras venecianas que venían de Flandes con importante flete. Las galeras fueron tomadas al abordaje, y el combate fué terrible, durando de sol á sol, hasta que por último dicen los citados historiadores que, ardiendo las embarcaciones, Cristóbal Colón, apoyado en un remo, salvó la orilla á costa de grandes

trabajos é indecibles fatigas, y que así llegó á Lisboa; y es falso todo esto, porque dicho combate naval se verificó el 22 de Agosto de 1485, muchos años después que Colón llegó á Portugal, cuando ya estaba hasta viudo y cuando había salido también de aquel reino.

Lo cierto es, que hubo un tiempo en que por circunstancias especiales ó buscadas, entró en Lisboa, y en este momento concluye su vida errática é incierta. En Lisboa encontró á su hermano Bartolomé, quien lo hospedó en su casa, viviendo con lo que les producía sus conocimientos geográficos, el arte y pericia que Cristóbal Colón tenía para hacer mapas y cartas de marear, ocupación lucrativa en aquellos tiempos, siendo los asuntos marítimos los que más preocupaban la atención de los hombres. Era también Cristóbal Colón experto calígrafo, y aprovechaba su magnífico carácter de letra para transcribir libros raros y copiar manuscritos, proporcionándose con todo esto un modesto pasar.

Existía á la sazón en Lisboa la familia de cierto noble, también italiano, Bartolomé Mognis de Perestrello se llamaba, quien años atrás había venido á Portugal á ofrecer sus servicios, alentado por la fama de grandes

marinos que sus habitantes habían alcanzado, merced á sus esfuerzos y á la protección sin igual que á todos los marinos dispensaba el infante D. Enrique, nobilísimo promovedor de todas las navegaciones, quien debe llenar áurea página en la historia marítima de la humanidad, pues dedicó toda su vida, sus bienes, su posición é influencia regia en asuntos de descubrimientos, en preparar escuadras, en descubrir tierras é islas, y á él y sólo á él debió Portugal la supremacía y el alto renombre que llegó á ocupar en todos los mares.

Dicho infante D. Enrique protegió y favoreció muchísimo á Bartolomé Mognis de Perestrello, y le nombró gobernador y colonizador de la isla de Porto Santo, en el Océano Atlántico, y en aquella parte que se llamó por antonomasia Africa portuguesa, islas que descubrieron en 1418 los esforzados portugueses Tristán Vaz y Zarco, y fué nombrado también Bartolomé gobernador de la isla Madera, próxima á ésta, descubierta por los mismos en el año siguiente.

Tres hijas dejó al morir Perestrello: la mayor, Iseu, casada con Pedro Correa, sucesor de su suegro en el gobierno de dichas islas; la menor, Violante, casada con Muliar, honrado vecino de Huelva, cuyo nombre, tal vez

como el de Pedro Correa, los ha trasmitido la historia por el parentesco de afinidad que contrajeron con el inmortal marino Cristóbal Colón casado con D.ª Felipa, hermana de las anteriores.

En el seno de esta familia y en la atmósfera que se respiraba en aquella ciudad, capital del pueblo lusitano, y al calor de las cariñosas conversaciones del hogar en donde se recordaban las proezas del difunto padre Perestrello, y donde se escuchaban los relatos de intrépidos marinos, fué en donde se enardeció el alma de Cristóbal Colón y dirigió sus miras con afán hacia los descubrimientos; también en las temporadas que pasaba en las islas de Porto Santo y de la Madera, en donde su mujer poseía grandes aunque improductivas posesiones, allí en medio de los mares, rodeado de islas recién descubiertas, como las Azores, que lo fueron en 1448 por Gonzalo Vello, portugués también, el alma de Cristóbal Colón, noble, entusiasta, soñadora de grandes glorias, de imaginación brillantísima, adornada por el cielo con sin iguales dotes y predestinada para los más grandes hechos, allí empezó á sentir los movimientos rientes y profundos, sublimes y fuertes de esta predestinación; también él

quería descubrir algo, pero algo grande; como las águilas se remontan sobre las demás aves que pueblan los espacios, así él quería remontarse, por sus hechos, por sus triunfos, por los gloriosos resultados de sus expediciones marítimas sobre los demás navegantes y descubridores y marinos, y en esta sazón, cuando la inspiración arrullaba su mente y el entusiasmo enardecía su alma, y la ilusión le hacía creer que tocaba ya á la realidad de sus gloriosos ensueños, fué cuando en la isla de Madera se presenta aquella embarcación estropeada, llena de averías, y sus tripulantes luchando con las garras de la muerte, como vencidos náufragos, y el pueblo se conduele de la triste suerte de aquellos desgraciados, y se reparten los pocos hombres que en la nave venían, y Cristóbal Colón se lleva al piloto de ella y le hospeda en su casa, y sucede cuanto llevamos dicho en el trascurso de este humilde trabajo; aquel piloto era Alonso Sánchez, y su presencia ante Colón y el relato de sus infortunios y de cuanto había visto, fué para el insigne genovés la luz de la verdad de cuanto soñaba, y como el grito que le daba la providencia para que desde entonces sólo pensara en aquellas tierras, y no viviera sino para aquellos pueblos, y

que aquellos países desconocidos todavía para él é ignorados, formasen la idea que continuamente le agitara, lo moviera, y á la cual dedicase toda su actividad, su descanso y sosiego.

Muchos esfuerzos hizo Cristóbal Colón para salvar la vida del humilde piloto de Huelva, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y Alonso Sánchez sucumbió por la grande debilidad contraída en medio de tantos infortunios y padecimientos.

Entonces Colón empezó á trabajar solo en la realización de la grande empresa que sin duda, al vivir Alonso Sánchez, hubiera emprendido acompañado de él. Primero se dirigió á Génova, su patria, en donde fué desairado, como hemos visto, y después presentó su proyecto al rey de Portugal Don Juan II, y este monarca, que tantos antecedentes gloriosos tenía entre sus antepasados con respecto á los descubrimientos marítimos, escuchó las pretensiones de Colón, y aunque en un principio no se le mostró propicio, más adelante consideró asequible su idea, y hasta llegó á entusiasmarse con ella, á pesar de destruir aquel pensamiento cuanto de cosmografía era entonces conocido.

Admitida la idea, se trató de la recompen-

sa que Colón pedía en el caso de ser ciertos los descubrimientos que proyectaba, y aquí fueron las dificultades, como fueron también dificultades en España, porque Colón pedía mucho; tenía allá entre los deseos de su alma el grandioso designio de armar á su costa poderosísima cruzada y reconquistar con ella el Sepulcro de Jesucristo, y para esto necesitaba dinero, mucho dinero; pero también tenía ensueños de grandeza para él y sus sucesores, y deseaba vincular en sí y sus descendientes los empleos magníficos de las más altas dignidades; en suma, pedía lo mismo que luego solicitó de España, y que le fué otorgado y concedido por la magnánima Isabel.

Pero Juan II no accedió á sus deseos; mas tampoco quería abandonar la empresa; y sus áulicos concibieron mezquino y vil proyecto, y aconsejaron al rey pidiese al Genovés sus mapas y cartas, los mapas y cartas en donde estaban apuntados los descubrimientos y cálculos de Alonso Sánchez, y señalados los derroteros que se habían de seguir; el camino, en una palabra, para llegar á las tierras que se deseaban, feraces y ricas como puede pintarlas la más poética fantasía, con cuencas auríferas y minas de plata, como pudo ambicionar la imaginación más brillante y entu-

siasta, y entonces fué cuando Portugal obró la más negra de las perfidias, arrebatando con engaño aquellos documentos preciosos que eran la clave para resolver los más grandes problemas que se han presentado á la consideración de los hombres y constituían el único patrimonio de un pobre marino, en cuya frente brillaba la ráfaga del genio, como el sol esplendoroso al medio día en el límpido azul del firmamento.

Juan II dió oídos á los viles consejos de sus áulicos, y se pidieron á Colón los apuntes y pruebas que tenía para realizar su proyecto, bajo pretexto de ser examinados de nuevo en junta magna de cosmógrafos y sabios al efecto convocada, y mientras Colón confiado en la real palabra entrega sus documentos, el monarca despacha pilotos y marinos que averigüen las desconocidas sendas que el ilustre genovés pretende hallar. Hecho punible soberanamente ruin y mezquino, é indigno de cualquier hombre honrado, máxime de un rey y que fué aconsejado por un personaje cuyo nombre no citamos por varias razones, y entre otras, porque era español.

Este personaje á quien nos referimos, dijo á Juan II: «descubran los marinos de Portugal

estas tierras, y luego se contentará Colón con cualquier cosa que se le dé.»

Cristóbal Colón, cuando se entera de tan negra felonía, abandona presuroso aquella corte, en donde corazones tan ruines y mezquinos encontraban lugar y aceptación: se vino á España, siendo el celebérrimo gloriosísimo Santuario de Nuestra Señora de la Rábida, conocida también por Los Milagros, el primer sitio en que lo vemos en nuestra patria, como hemos de probar, si Dios es servido, en el capítulo que sigue.

Aquí finalizamos este capítulo, porque no es nuestro ánimo relatar la admirable biografía del inmortal Colón, sino que satisface á nuestro propósito presentar á grandes rasgos algunas de las brillantes dotes que le adornan, y los sucesos principales que le acaecieron, como para podernos formar una idea, si no exacta, todo lo más aproximada que sea posible, del héroe inmortal que tan importante papel representa en la historia del mundo.

Resulta, pues, que lo primero que se desprende de la hermosísima imagen que estamos contemplando; lo primero que viene á la mente al considerar esa grandiosa figura, es la pobreza de Colón, y su sin igual ta-

lento; dos cualidades que no pocas veces se encuentran reunidas, y que siempre levantan en contra del sujeto que las posee las envidias de los que se consideran grandes, porque se hallan colocados sobre pedestales de oro ó sobre las gradas á que les elevó la fortuna ó les trabajó el favor.

Achaque es antiguo de la humanidad, en todos los tiempos y países, admirar y aplaudir á los que escalaron los altos sitiales que regentan la sociedad con estudiadas astucias, amaños y audacias, y hacer siempre blanco de sus tiros á los que quieren subir apoyados en las gloriosas alas de su talento, y la razón de que esto así suceda, fácil es comprenderla; el hombre se encuentra capaz de admitir todas las imposiciones, acata todas las supremacías, pero rechaza precisamente la más grande, porque es la verdadera humillación para su orgullo; rechaza la supremacía del talento; puede admitir en otro mayor ilustración, más altos conocimientos y hasta sabiduría, pero más claro y sublime talento, jamás.

Cristóbal Colón, con estas dos cualidades, pobreza y talento, recibe la misión providencial, extraordinaria, altísima, de dar á luz un mundo, que acababa de descubrir pobre náu-

frago, de llevar allí la fe, de implantar en sus vírgenes bosques la cruz de Cristo, y hasta este momento es grande, único entre los hombres; y en todo lo que se refiera á descubrimientos lo veremos siempre como inspirado, cual si estuviese iluminado con una luz superior; mas necesario es para que quede de algún modo completo este pequeño boceto, que nos aproximemos más á Colón, le examinemos más de cerca, porque sabido es que la apreciación que hacemos de los hombres se halla en razón inversa del juicio que formamos de las torres; éstas, cuando desde lejos se miran, nos parecen pequeñas, y á medida que nos vamos aproximando, más se levantan delante de nosotros, y las contemplamos cada vez más altas; lo contrario nos sucede con los hombres: examinados á larga distancia, nos parecen gigantes; vistos de cerca, el más grande parece como un pigmeo; por esto, y para que no demos en el defecto general de los tiempos del bajo imperio romano, en cuyos días se hicieron á los hombres semidioses, conviene que con respecto á Colón preguntemos: ¿Fué buen gobernador? ¿y buen Almirante? ¿supo llenar su cometido?

Defectos de carácter, según confesiones

de sus íntimos amigos, le hicieron aborrecible, hasta el punto que nadie quería servir á sus órdenes; (1) los terribles castigos que á la tripulación imponía, las sangrientas amputaciones á los indios que ordenaba á Margarit (2) llevase á cabo, le valieron los epítetos de sanguinario y crudo; la soberbia con que trataba al P. Boil, Nuncio de Su Santidad, cuando le reprendía tales excesos, llegando Colón hasta el punto de quitar á los sacerdotes el necesario sustento por las represiones dichas, (3) el poco tacto y ninguna experiencia de su hermano Bartolomé Colón, y otros muchos defectos y arbitrariedades cometidas, dicen muy claro que Colón no había nacido para gobernar, sino sólo para descubrir.

Como no es nuestro ánimo hacer un capítulo de culpas en contra del Almirante, pasamos sobre este particular, indicando estas ideas someramente y como sobre ascuas, y tenemos que advertir que los hechos que

---

(1) Las Casas, *Historia de Indias,* libro I, capítulos XCII y CVI.

(2) Mandaba se les hiciesen ciertas amputaciones «porque son miembros que no podían esconder.» Navarrete, *Colección de viajes,* tomo II, página 110.

(3) *Fray Bernal Buyl ó el primer Apóstol del Nuevo-Mundo. Colección de documentos raros é inéditos relativos á este varón ilustre,* por el P. Fidel Fita y Colomé, S. J.

dejamos consignados sobre los defectos de Colón y otros muchos que omitimos, están tomados de autores imparciales y concienzudos, amantes de la verdad y de Colón, como son los que llevamos citados.

Empero si tan poca suerte tenía en la gestión de la cosa pública cuando se trataba de descubrimientos, adivinaba, preveía, hasta el punto que le ocurrieron cosas sorprendentes y milagrosas, como por ejemplo cuando en 30 de Mayo de 1498 emprende su tercer viaje, se propuso al salir de Sanlúcar de Barrameda dar el nombre de la Santísima Trinidad á la primera isla ó tierra que descubriese.

En esta expedición sufrieron penalidades sin cuento, se internaron en el Océano por los parajes que los marineros llaman *las latitudes calmosas,* en donde el calor era insoportable, el trigo que llevaban en las embarcaciones se secó como si se hubiese tostado, las carnes se pudrieron, los barriles de agua se desarmaron, y la muerte llegó á enseñar su terrible rostro á la tripulación.

Colón en aquellos apuros cambia la dirección que llevaba, y emprende un camino que cree le ha de conducir á las islas Caribes, y urgía llegar pronto á alguna parte,

porque no quedaba más que un barril de agua y casi ningunas provisiones, y entonces un marinero llamado Alonso Pérez dió el grito de ¡tierra! también ahora bastante consolador; en efecto, dicho marinero había divisado en el horizonte las cimas de tres montañas; cuando las embarcaciones se aproximaron, se vió que aquellas tres cimas pertenecían á una sola montaña, pues estaban unidas por su base; era el emblema de la Santísima Trinidad; en verdad que parece cosa milagrosa: la isla recibió el dicho nombre que aun conserva.

Este y multitud de sucesos de la misma índole que á Colón le ocurrieron, es lo que nos ha hecho decir que fué escogido providencialmente para realizar tan feliz suceso, y que para esto lo adornó la Providencia con gracias especiales y cuantas dotes necesitaba para cumplir su misión con aquella grandeza y gloria con que supo llevarla á cabo.

CAPÍTULO II

CRISTÓBAL COLÓN EN LA RÁBIDA.

La Rábida; hé aquí un nombre que aparece hoy y desde hace cuatrocientos años, ante la vista de todos los hombres en ambos hemisferios, brillante y hermosísimo como un sol, rodeado de explendente nimbo de excelsa gloria, porque del interior de su santuario salió el gran hombre que unió los mundos, y no lejos de su recinto se emprendió el prodigioso viaje que dió por resultado el más grande y sorprendente de los descubrimientos todos.

El lugar que la Rábida ocupa fué siempre

religioso; bosque sagrado en las más remotas edades, dedicado á Proserpina después, á cuya diosa se le levantó sólido templo, del cual no es raro encontrar vestigios en aquellos parajes, empero el nombre Rábida con que hoy es conocido, lo recibió de los árabes, quienes también dejaron huellas de su paso por aquel lugar, donde tuvieron una ermita de cuya voz árabe *rabithon* se forma la de nuestra Rábida.

La ermita de los árabes sería el antiguo templo de los cristianos, pues desde los primeros siglos de la Iglesia, desde los días de San Macario, que era obispo de Jerusalén por los años 331, se le dió allí culto á una peregrina imagen de la Santísima Virgen, que por sus grandes prodigios recibió el nombre de «Los Milagros,» regalo del dicho obispo al pueblo de Palos, porque la fama de la religiosa piedad de sus vecinos había llegado á sus oídos, y la remitió por conducto de Constantino Durán, soldado cristiano, natural de dicho pueblo.

Esta sacratísima imagen estuvo oculta bajo las aguas, en la inmediata orilla, durante el período de la dominación agarena, y fué descubierta de un modo sorprendente después de la Reconquista.

Pues bien; allí, al pie de aquellos altares y delante de aquella hermosísima Virgen, se arrodilló Colón para pedir á la celestial Señora fuerzas y constancia y protección que le guiaran y sirvieran de auxilio para realizar un pensamiento tan grande como el que embargaba su sér, y que si para llevarlo á cabo necesitaba mucho de la cooperación de los hombres, mayor necesidad tenía de los auxilios del cielo.

Es también glorioso y de imperecedero recuerdo este lugar, porque allí, en aquel obscuro recinto, sólo visto por las aguas de los mares, arrullado por las aves marinas, rodeado de una vegetación tan frondosa en aquellos tiempos como la de las selvas vírgenes que se deseaban descubrir, encontró aquel hombre incomparable, en cuyo cérebro fluían los mundos, llenos de vida y de grandeza, como las fuentes abundosas fluyen de los manantiales, encontró, decimos, un espejo de su cérebro, otra frente donde se reflejaban las ideas de la suya, otra alma grande, un corazón ardiente, que se convertía en volcán, cuando le movían los sagrados hálitos de la Religión y de la Patria; y todo esto envuelto en paño burdo, liado con el cordón del franciscano Fray Juan Pérez, y encontró otro

religioso también, que aunque obscuro, mereció que su nombre haya llegado hasta nosotros, merced á los sacrificios que hizo por Colón, y por los auxilios que le prestara; éste lo ha inmortalizado en sus cartas, y se llamaba Fr. Antonio de Marchena: éstas son dos grandes figuras tan bellas, tan simpáticas, que infunden consuelos y dulces esperanzas en el alma del ilustre genovés.

Empero entre todos estos timbres gloriosos que la Rábida ostenta, ninguno como el de ser el lugar primero en que encontramos á Cristóbal Colón en España. Y que este es el primer lugar en que entre nosotros lo encuentra la historia, es cosa certísima, ó al menos todavía no hemos visto razones poderosas que echen por tierra la tradición tan constante, tan universal en que así se asegura.

Las declaraciones del físico García Hernández de Palos, prestadas ante el fiscal del Rey y que han visto la luz pública en el tomo III de la «Colección de viajes y descubrimientos» de Navarrete, declaraciones que son el más terrible argumento que se presenta en contra de la Rábida, de ser este convento el lugar primero en que le encontramos en España, no hacen prueba plena y última, porque el testigo declarante es muy anciano en

el momento de intervenir en la *Probanza* del pleito, y por esta razón, y por el tiempo que ha transcurrido desde que sucedieron los hechos que menciona hasta el momento que declara, confunde las ideas, mezcla é involucra las cuestiones, y lo que sucedió en dos ó más ocasiones, lo reduce á una sola. Hé aquí sus palabras, según se encuentran en el lugar antes citado:

«Que Martín Alonso tenía en Palos lo que había menester é que sabe que el Almirante D. Cristóbal Colón, viniendo á la arribada con su hijo D. Diego, que es agora Almirante (1515), á pie se vino á Rábida, que es monasterio de frailes en esta villa, el cual demandó á la portería que le diesen para aquel niñico, que era niño, pan y agua que bebiese; *y que estando allí ende este testigo* un fraile que se llamaba Fr. Juan Pérez, que es ya difunto, quiso hablar con el dicho D. Cristóbal Colón, é viéndolo disposición de otra tierra é reino, ajeno en su lengua, le preguntó que quién era é dónde venía; é quel dicho Cristóbal Colón le dijo: que él venía de la corte de S. A., é le quiso dar parte de su embajada, á que fué á la corte é como venía; é que dijo el dicho Cristóbal Colón al dicho Fray Juan Pérez como había puesto en plática á

descubrir ante S. A., é que se obligaba á dar la tierra firme, queriéndole ayudar S. A. con navíos é las cosas pertenecientes para el dicho viaje é que conviniesen; é que muchos de los caballeros y otras personas que así se fallaron al dicho razonamiento, le volaron su palabra é que no fué acogida, mas antes facían burla de su razón, diciendo que tantos tiempos acá se habían probado é puesto navíos en la buscar, é que toda era un poco de aire, é que no había razón de ello; que el dicho Cristóbal Colón, viéndose su razón disuelta en tan poco conocimiento de lo que prometía de facer é de cumplir, él se vino de la corte é se iba derecho de esta villa á la villa de Huelva para fablar y verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer, é que á la sazón estaba, é que había nombre Muliar; é que viendo el dicho fraile su razón, *envió á llamar á este testigo,* con el cual tenía mucha conversación de amor, é porque alguna cosa sabía del arte astronómica, para que hablase con el dicho Cristóbal Colón, é viese razón sobre este caso del descubrir; y *que este dicho testigo vino luego* é fablaron todos tres sobre el caso, é que de aquí eligieron luego un hombre para que llevase una carta á la Reyna doña Isabel (q. h. s. g.) del

dicho Fr. Juan Pérez, que era su confesor; el cual portador de la dicha carta fué Sebastián Rodríguez, un piloto de Lepe, é que detuvieron al dicho Cristóbal Colón en el monasterio fasta saber respuesta de la dicha de S. A. para ver lo que por ella proveían, y así se fizo; é dende á catorce días la Reyna nuestra Señora escribió al dicho Fr. Juan Pérez, agradeciéndole mucho su buen propósito, é que le rogaba é mandaba que luego vista la presente pareciere en la corte ante S. A., é que dejase al dicho Cristóbal Colón en seguridad de esperanza fasta que S. A. le escribiese: é vista la dicha carta é su disposición, secretamente se partió, ante de media noche, el dicho fraile del monasterio, é cabalgó en un mulo é cumplió el mandamiento de S. A., é pareció en la corte; é de allí consultaron que le diesen al dicho Cristóbal Colón tres navíos para que fuese á descubrir é facer verdad su palabra dada: é que la Reyna nuestra Señora, concedido esto, envió veinte mil maravedises en florines, los cuales trujo Diego Prieto, vecino de esta villa, é los dió con una carta á este testigo para que los diese á Cristóbal Colón, para que se vistiese honestamente y mercase una bestezuela é pareciese ante S. A.; é aquel dicho Cristóbal Colón recibió los di-

chos veinte mil maravedises é partió ante S. A., como dicho es, é consultaron todo lo susodicho, é de allí vino proveído con licencia para tomar los dichos navíos quél señalase que convenía para seguir el dicho viaje; é de esta fecha fué el concierto é compañía que tomó con Martín Alonso Pinzón é Vicente Yáñez, porque eran personas suficientes é sabidos en las cosas de mar, los cuales allende de su saber é del dicho Cristóbal Colón, le avisaron é pusieron en muchas cosas, las cuales fueron en provecho del dicho viaje; é de esta pregunta esto sabe.»

Al presentar la declaración del médico Garci Hernández, hemos llamado la atención de nuestros lectores, subrayando ciertas palabras, para que se noten algunas de las muchas contradicciones en que incurre el testigo, efecto sin duda de su edad y el tiempo transcurrido desde que ocurrieron los sucesos á que hace referencia, pues mientras unas veces dice que estaba allí presente, otras asegura que Fr. Juan Pérez le envió á llamar, y que vino acudiendo á este llamamiento, de donde resulta que el médico Garci Hernández no habla sólo de la primera ni de una sola presentación de Cristóbal Colón en la Rábida, sino que se refiere á las distintas veces

que el inmortal marino acudió á este convento, que era el santuario de sus consuelos, y en donde encontraba siempre auxilio y protección: una vez en 1484 ú 85, al pisar por vez primera Cristóbal Colón la tierra española, y otra en 1491, cuando cansado de esperar, pretendió salir de España y ofrecer sus proyectos á Francia. Estas dos distintas venidas del gran Almirante del Océano á la Rábida, y alguna otra que es posible hiciera, están comprendidas en la declaración dicha, y casi todo lo que en ella se refiere pertenece á la segunda.

Las palabras, pues, que continuamente se citan de esta declaración, «él se vino de la corte é se va derecho desta villa á la villa de Huelva,» etc., con las que se pretende probar que cuando se presentó en la Rábida ya había estado en la corte, estas palabras, repetimos, no se refieren á la primera venida á España. Historiadores hay que opinan que la corte á que en estas palabras se alude, es la de Portugal.

La edad de D. Diego Colón, el hijo y sucesor del Almirante, nos suministra una prueba segura de ser la visita á la Rábida la primera que hizo en España; según el expresado médico D. Diego Colón, al llamar su padre

á las puertas del convento, era *niño,* y aun *niñico;* pues bien, éste que cuando llegó á la Rábida era *niñico,* murió en Montalván (Toledo), en 1526, á los cincuenta años de edad y algo más; resulta que nació lo menos en 1476, y si llegó á la Rábida el año de 1491, resulta un *niñico* de quince años.

No hay duda que Colón fué bien pronto atendido y escuchado en España, aunque no se le ayudase tan pronto como lo deseaba, para la realización de su empresa, porque esto era imposible en aquellos días; pues bien, este favor que encontró, la introducción primera en la corte para que se le escuchara, fué siempre atribuída á las recomendaciones é intervención de Fr. Juan Pérez, Guardián de la Rábida.

La Rábida ha sido siempre considerado como el primer sitio en que se encuentra á Colón en España, y todas las tradiciones y la historia nos le presentan en este lugar, tan cansado, con tanta necesidad de alimentos y con tanta sed, que tiene que venir de un lugar distante del paraje en donde se encuentra el monasterio.

Mas aquí tropezamos con otra dificultad. ¿De dónde venía? ¿En dónde había desembarcado? Porque la Rábida es un sitio que no

se encuentra al paso para ir á ninguna parte; se halla completamente aislado el convento, y fuera de toda dirección para ningún lugar determinado.

¿Cómo, pues, se encontraba allí? Su hambre, su sed, su cansancio, y, sobre todo, su presencia en un paraje oculto, sólo descubierto entonces por el lado del mar, fuera de todo camino, son circunstancias que pueden servirnos para aclarar este hecho tan importante como admirable; dado lo que vale Cristóbal Colón, debemos saber el sitio donde desembarcó en nuestra patria.

Pues bien; se sabe á dónde iba; á Huelva: se presume que tal vez iría allí á dejar á su hijo Diego en casa del honrado vecino Muliar, casado con Violante, hermana menor de su mujer, como hemos dicho, para marchar luego á la corte á trabajar la realización de su gran proyecto; esto lo testifica la historia. Desembarca, pues, en España y se dirige á Huelva, busca á Huelva, é incidentalmente pasó por la Rábida. Cuando llegó á las puertas de este monasterio, quizás no sabría cuál era; empero llegó y respiró su alma, porque veía desfallecer á su hijo, y allí encontró uno de aquellos hoteles á la usanza de aquel tiempo, donde no se llevaba dinero al pere-

grino; sin embargo, se le proporcionaba todo lo necesario; costumbres eclesiásticas, el hombre era respetado por ser hombre, y se socorría á todo el que se presentaba.

Todavía siento en mi alma la agradable impresión que experimenté al llegar al monte Casino, la célebre Abadía de San Germán, en Italia, cuando al visitar aquel célebre monasterio de benedictinos, centro de enseñanza y foco de luz, durante toda la Edad Media y hasta nuestros días, leí en la puerta un cartel que decía: «Esta casa ha ejercido siempre la hospitalidad con los peregrinos, pero no encontrándose ahora en situación desahogada, suplica á los que aquí se hospeden, depositen la limosna que puedan, en el cepillo que se halla en la baranda del presbiterio.» Es decir, que el monasterio hospeda al viajero y le pide una limosna, porque lo han despojado de sus bienes, pero no quiere enterarse de cuánto da por los días que allí se queda, sino que la depositen en un lugar señalado, donde tal vez se confunda con las ofrendas de otros donantes: y todos los conventos, principalmente los que se encontraban en despoblado, tenían un departamento especial donde se refugiaban los transeúntes, llamado hospedería.

Al llegar, pues, Colón á la Rábida, vió la gran tarjeta que estaba delante de la puerta, y que decía que podía llamar todo el que por allí pasase; todavía se conserva: la Santa Cruz. Cruz hermosa colocada sobre unas gradas, en las cuales sentado derramé un día las lágrimas más dulces de mi vida. Colón llamó, y desde aquí ya la historia es conocida; el hijo de Colón fué desde entonces de los frailes de la Rábida que lo recogieron, le dieron de comer, lo vistieron, lo educaron y no permitieron que le llevase á Muliar.

Resolvamos ya la dificultad: la divina Providencia, que por ocultos caminos dispone todas las cosas con suavidad, y las lleva á cabo con una energía irresistible, impulsa á Colón á España; el barco que le conduce, atraviesa el Estrecho, quiere ir á Sevilla y entrar por la barra de Sanlúcar, pero el caudaloso Betis no se considera digno de recibir tanta grandeza en su seno, y enfurecido no deja entrar la embarcación; el buque tiene que hacer alto: entonces el héroe se dirige desde allí á Huelva; quiere aprovechar el tiempo; las dilaciones no las puede sufrir; él no vive, vive en él su idea, y si alguna vez habéis sido movidos por el impulso de algún gran pensamiento, comprenderéis la fiebre

que atormentaría á Colón para no esperar el sosiego de las aguas y emprender el camino á pie antes que detener su viaje.

Doce leguas que hay desde Sanlúcar á Huelva, y que forman un desierto de ardientes y molestos arenales, explican perfectamente el estado de Colón al llegar á la Rábida, donde se encontró el camino cortado por el río Tinto, indicándole que aquel era el término de su viaje. Así dice la tradición que en estos lugares se conserva, trasmitida por los antiguos religiosos franciscanos que habitaron el convento, y yo la aprendí de ancianos que la oyeron de los labios de aquéllos.

Y así hubo de ser: probado como hemos visto que Cristóbal Colón se dirigía á Huelva, habiendo encontrado la Rábida en su camino, no podemos señalar su desembarco en ningún otro punto, encontrándole como le encontramos tan desfallecido y sediento al llegar á la bendecida casa donde se venera á la *Virgen de los Milagros*.

Desembarcando en Palos, que es la opinión más seguida entre los historiadores, no tiene razón de ser la visita á dicho Monasterio, que no se encuentra en la dirección de Palos á Huelva: además, y esto es esencial,

no hubiera llegado tan rendido; media hora escasa lo separa del convento, y en su travesía se encuentran manantiales donde saciar la sed.

El sitio ocupado hoy por la preciosa Isla-Cristina (La Higuerita), es otro de los puntos donde se coloca su entrada, pero es más inverosímil aún que el primero, porque al llegar á la ría de Huelva y tenerse que embarcar de nuevo para atravesarla, se hubiera ido á la ciudad que era el término de su viaje; y, también, porque le encontramos solo con su hijo en la Rábida, y no consta que hubiese allí embarcación ninguna que le hubiese conducido.

Por último, la opinión que sostiene que desembarcó en el Puerto de Santa María, nos parece tan inverosímil y extraña, que queda suficientemente refutada con lo que hemos dicho de sus deseos de ir á Huelva y ser la Rábida el primer sitio donde se le encuentra en España, sin que antes hubiera entrado en ninguna otra población, y el primer personaje con quien conferenció fué Fray Juan Pérez, Guardián de este convento.

No empece esta afirmación y casi común sentir de los que han tratado la materia para que sostengan algunos historiadores que si-

guen á Esteban de Garibay, que Colón desembarcó en este Puerto de Santa María para pedir auxilios en sus proyectos á D. Enrique de Guzmán, segundo duque de Medina Sidonia, y á D. Luis de la Cerda, primer duque de Medina Celi; pero esto no es presumible. No era hombre Cristóbal Colón que se anduviese por las ramas, y en esto apelo al juicio que merezca á todos los que sobre él han escrito; él trataba á los reyes como de igual á igual, y al resolverse á venir á España, no era para capitular con duques, aunque éstos fuesen magnates de tanta importancia como los mencionados, sino que primero tenía que presentar su proyecto á los monarcas, pues las altas dignidades á que aspiraba, sólo de ellos las podía recibir; sólo en último resultado, cuando su gestión ante ellos no tuviese efecto, entonces se resolvería á tratar con algún poderoso magnate.

Lo que sucedió fué, que como Cristóbal Colón era tan vehemente, y no podía sufrir las dilaciones de la corte, dilaciones que tenían por causa el remate de nuestra Reconquista, obra que para Colón no significaba tanto como para los españoles, y temeroso también el genovés de que algún otro se le adelantase, sobre todo en la corte lusitana,

y también porque lo enardecía su idea, no tenía la suficiente calma necesaria para esperar mientras los Reyes pensaban la manera de resolver con acierto asuntos de tanta entidad, donde se jugaban tantos intereses materiales y tantas vidas de hombres: en 1488, impacientado con las demoras que sufría su proyecto, abandona la corte de España y se traslada á Portugal, desde donde el monarca de este país le había dado una especie de salvo conducto en carta que le dirigió el 20 de Marzo de 1488, y en la que le decía: «E porque por ventura teedes algun rezeo de nossas justizias por razaon d'algunas cousas á que sejades obrigado, Nos por esta nossa carta vos seguramos por la vinda, stada, é tornada que non sejades preso, retendo, acusado, citado, nem demandado por nemhua causa, ora seja civil, ora crime de qualque cualidade.»

Cristóbal Colón, aprovechando estas seguridades del monarca portugués, pasó á aquel reino en 1488, si hemos de creer sus propias palabras, y nadie nos negará que Cristóbal Colón es un excelente testigo, cuando se trata de actos realizados por él mismo.

Existe en la Biblioteca Colombina, una obra llamada *Imago Mundi,* conocida en el

mundo de las letras con el nombre de *Alyaco*, y que es una colección de doce tratados escritos por el cardenal Pedro de Ailly; esta obra perteneció al primer Almirante, y como casi todos los libros de su propiedad, tiene sus márgenes escritas con notas de su propia mano; pues bien, en el capítulo VIII, á la hoja 13, se halla consignado lo siguiente:

«Nota quod hoc anno Domini 88, in mense Decembris appulit in Ulixbona. Bartolomeus Didacus capitanus trium carabellarum, quam miserat Dominus Rex Portugalliæ in Guineam ad tentandum terram, et renunciavit ipso Domino Regi prout navigaverat; ultra jam navigatam leuchas 600, videlicet 450, ad austrum et 150 ad aquilonem usque uno propè promontorium nominatum *Cabo de boa Esperanza* quem in agysimba æstimamus, qui quidem in eo loco invenit se distare per astrolabium ultra lineam æquinoctialem gradus 45: quem ultimum locum distat ab Ulixbona lenchas 3100, quod viagium pictavit et scripsit de leucha in leucham in una charta navigationis ut oculi visui ostenderet ipso serenissímo Regi, in quibus omnibus interfui.»

Estas últimas palabras: *in quibus omnibus interfui,* nos dicen que en Diciembre de 1488,

Colón se encontraba en Lisboa cuando Bartolomé Díaz trajo la carta del cabo de *Buena Esperanza,* y todo lo demás que se refiere en la nota citada.

Es verdad que el P. Las Casas dice (1) que esta nota no es de Cristóbal, sino de Bartolomé Colón; pero diga lo que quiera Su Reverencia, la letra es la misma que tienen los otros márgenes, los caracteres son los propios del Almirante.

Además, le diríamos al P. Las Casas y á todos los que lo representan sosteniendo su opinión: ¿el año 1488, no estaba Bartolomé Colón en Inglaterra? y por cierto que le costó gran trabajo llegar allí, pues en la travesía fué capturado por unos piratas. Y de Inglaterra pasó á Francia, en donde vivió bastante tiempo; luego de ningunas maneras pudo escribir en el *Alyaco, in quibus omnibus interfui,* que estuvo presente en la Cámara del Rey de Portugal, cuando se presentó Bartolomé Díaz á dar cuenta de sus proezas.

Hemos dicho varias veces en este pequeño libro, que nos es desconocida la admirable vida del genio de los mares, el inmortal Cristóbal Colón; pero estudiando sus actos con

(1) Historia, libro I, capítulo 26.

algún detenimiento en cierto sentido, podemos coordinar su historia, si bien tengo que confesar, que temeroso siempre de que algún nuevo documento que se descubra venga á destruir las investigaciones anteriores; y digo esto porque no estoy aferrado á ninguna idea, ni tengo pasión por defender ningún hecho determinado, más que la verdad; de manera que si se descubriese algo que destruyese todo lo dicho por mí, yo sería el primero en manifestar que me había equivocado; y esto lo haría sin rubor, sin escrúpulos de ninguna clase, seguro de que todos los que hayan tenido paciencia para leer mis humildes escritos, dirán en alta voz: «quiso decir la verdad; se equivocó sin saberlo.»

Pero cuando el mismo Cristóbal Colón nos certifica un hecho, debemos prestarle nuestro asentimiento, no sólo porque es cierto, sino que además arroja luz sobre otros hechos dudosos; así, por ejemplo, la vuelta de Colón á Portugal, en 1488, aclara sus instancias ante los duques de Medina Sidonia y Medina Celi, pues á la vuelta de aquel reino, desahuciado y sin esperanzas, acudió á los dichos magnates y éstos lo remiten de nuevo á nuestros Reyes, quienes nunca le negaron su protección, sino sólo se la retardaban con

motivo de la grande empresa que acariciaban, la conclusión de nuestra gloriosa reconquista.

Mas antes de concluir, hagámonos cargo de otra cuestión.

A más de encargar á su hijo Diego á la dirección de la esposa de Muliar, su cuñada, ¿se proponía también conocer á los paisanos de Alonso Sánchez, aquellos célebres marinos tan avezados en las cosas de la mar?

¿Conocía la existencia de la Rábida? y ¿tenía noticias de la estancia allí de los incomparables Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena? ¿Había llegado hasta él la fama del Puerto de Palos, centro entonces de los marineros de estas costas?

A la verdad que nada tiene de extraño entrase en sus planes la visita á estos países, por si nuevas noticias le era dable adquirir y entrar en relaciones con los célebres marinos, donde para siempre se había de conservar viva la memoria del inolvidable Alonso Sánchez; empero ninguna razón encontramos para decir que conociese la Rábida y tuviese noticias de Fr. Juan Pérez. Colón, al llegar á la Rábida, y pisar con sus plantas desnudas, las que habían de hollar la indomable cerviz del Mar *Tenebroso*, los umbrales de aquel sagrado asilo, no llama á Fr. Juan Pérez, no

pregunta por el P. Marchena, sino que implora la Caridad, pide pan, y cuando el religioso franciscano, Guardián de aquella casa, maravillado de la altísima majestad que reflejada llevaba en la frente aquel mendigo, y de la luz brillante de aquellos ojos y de su mirada imperiosa que le revestían de la autoridad del héroe, se le acerca y conversan, lo introduce en su celda y lo presenta á sus amigos; ni una palabra siquiera se profiere que indique conocimiento anterior; todo aparece nuevo; se nota la sorpresa que mutuamente se causan aquellos personajes, sorpresa que más tarde la crítica histórica había de llamar providencial misterio.

Así, pues, tenemos explicada de un modo racional la visita de Colón al desde entonces célebre convento, y al mismo tiempo no podemos por menos que convenir en que fué la Providencia divina quien dirigió sus pasos y le colocó en el sitio único donde podía llegar para ser comprendido.

Allí había dos frailes, que si no tenían el genio del héroe, remontaban sus almas á las inconmensurables alturas de la gloria.

Sus nombres ya los hemos dicho; no nos cansamos de pronunciarlos: Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

CAPÍTULO III

FR. JUAN PÉREZ Y FR. ANTONIO DE MARCHENA.

De maneras ningunas podemos prescindir de citar en capítulo aparte, dándoles lugar preferente en nuestro humilde libro, á los insignes religiosos cuyos nombres encabezan estas líneas.

Anduvieron los historiadores divididos en diversos pareceres sobre si eran uno ó dos los religiosos comprendidos bajo este nombre: Fray Juan Pérez de Marchena. Es lo cierto que unas veces se le nombra Fr. Juan Pérez, como lo acabamos de ver en la declaración transcrita en el capítulo precedente, prestada por el médico Garci Hernández de Palos; pero también es verdad, que el mis-

mo Cristóbal Colón, en cartas dirigidas á los Reyes Católicos, habla de un Fr. Antonio de Marchena, y por cierto que es para atribuirle toda la gloria de tan gran descubrimiento, pues dice: «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.» Otros, como Gómara (1) y Garibay, le nombran Fr. Juan Pérez de Marchena, y Alonso Vélez Allid, testigo en la *Probanza* que hizo Juan Martín Pinzón, distingue al uno del otro, en la contestación á la pregunta III, con estas palabras:

«Vido que el Almirante estuvo en Palos mucho tiempo publicando el descubrimiento de las Indias e posó en el monesterio de la Rábida e comunicaba la negociación del descubrir con fraile estrólogo que ende estaba en el convento por guardián e así mesmo con un fray Juan que había servido siendo mozo á la reina doña Isabel católica en oficio de Contadores, él que sabida la negociación fué al Real de Granada donde estaban entonces los Reys católicos e allí comunicó la cosa con Sus Altezas en tal manera que mandaron llamar al almirante e allí se dió asiento como

(1) Página 70 de esta obra.

fuese el dicho almirante á descubrir e con este asiento el dicho almirante se volvió á la villa de Palos para seguir el dicho viaje.»

En cuyas palabras se ve que este testigo distingue el *fraile estrólogo* de Fray Juan: de manera que, según esto, deben ser dos los religiosos franciscanos que en el convento de la Rábida favorecieron á Colón desde su entrada en España hasta la dichosa realización de su idea, y de ser uno solo debería llamarse Fr. Juan Antonio Pérez de Marchena.

En nuestros días, podemos decir que se acaba de resolver esta cuestión, porque historiadores tan eruditos como D. Tomás R. Pinilla (1), D. José M. Asencio (2), el P. Fr. José Coll, Definidor general de la orden de nuestro P. San Francisco (3), y por último, el Sr. Fernández Duro, admiten como cosa averiguada que se debe distinguir (4) á Fr. Juan Pérez

(1) *Colón en España.* Madrid, 1884.

(2) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.* Barcelona, 1891.

(3) *Colón y la Rábida.* Madrid, 1891.

(4) El Sr. Fernández Duro ha consignado ya como históricamente probada la existencia de estos dos religiosos franciscanos, protectores de Cristóbal Colón en la Rábida, en la obra que debida á su gallarda pluma alcanzó el primer premio en el Certamen celebrado por nuestra Ilustre Sociedad Colombina Onubense, en el pasado año de 1891, intitulada según el tema propuesto: *Juicio crítico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento*

de Fr. Antonio de Marchena, y nosotros los vamos á presentar tal y como los describen la mayor parte de los historiadores.

En efecto, en las páginas de nuestra patria historia aparece el insigne religioso Fr. Juan Pérez, humilde, modesto, retirado de todo trato y comercio con los hombres; huyendo de los honores y de las honras, cambió el bullicio de la corte, en donde desempeñó con probidad y acierto honrosos cargos en la Hacienda, y fué el confesor de Isabel la Grande, y abandonó todo esto por el ruído de las olas que blandamente murmuran al pie de su convento; el esplendor y el fausto por la soledad y el silencio; la disipación del mundo y sus distracciones por la oración y el estudio. Se retiró á la Rábida, convento perteneciente á la religión del Gran Padre San Francisco: sus hermanos conocieron su mérito y le nombraron Guardián, cargo en cuyo desempeño manifestó exquisito tacto, acrisolada virtud y sin igual prudencia, sobresaliendo además por su incansable aplicación, pues todo el

---

del Nuevo Continente los hermanos Pinzón, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedición y causas que motivaron la separación de Martín Alonso. Este notable trabajo se acaba de publicar en el momento en que escribimos esta nota, en la Memoria de dicha Sociedad Colombina. Huelva, 1892.

tiempo que le quedaba vacante después del exacto cumplimiento de sus obligaciones como superior y como religioso, lo invertía en la oración y en el estudio: Fr. Antonio de Marchena, conocido también de nuestra egregia Soberana, y considerado por ella según la voz pública lo calificaba de experto geógrafo y célebre astrónomo, abandonó también las pompas y vanidades del siglo, por las agradables delicias del silencioso convento; empero no abandonó su afán por el estudio, sino que á él dió rienda suelta disfrutando de la apacible tranquilidad del religioso, y de noche, en esa hora sublime que tanto y tanto se goza en el silencio del claustro; en que la sombra de la iglesia se agranda con la obscuridad de la noche, y la cruz del campanario aparece como atalaya velando el sueño de los santos colocados en los altares; de noche, el P. Marchena, después de haber abismado su alma en las profundidades de la oración en el coro, se trasladaba al mirador de la Rábida, especie de observatorio astronómico, donde la sumergía en las profundidades del Océano, extendía su mirada por los vastos lejanos horizontes, aplicaba el oído, y en momentos de entusiasmo creía escuchar unos gritos lejanos de pueblos perdidos en aquella inmensidad

de aguas, que le llamaban para que los presentase en el concierto general.

Esta era su pesadilla: soñaba con encontrar un gran conquistador, poderoso en el mar y en la tierra, célebre marino que traspasase las olas del Océano, con la facilidad que se contemplan, y que trajese allí, ante la Virgen de los Milagros, en su convento de pobres franciscanos, para que conocieran á la Madre de Dios los habitantes de aquellas regiones; y al pensar en esto se rejuvenecía; lágrimas de entusiasmo brotaban de sus ojos; el amor á la Religión, el amor á la Patria, el amor á su orden, todo, todo contribuía á enardecer su corazón, deseando fuese realidad lo que sólo era ilusión de su fantasía.

Los historiadores y documentos que citan su nombre, lo suponen de vasto saber, hábil humanista y geógrafo y de grandes conocimientos en náutica.

Colocado su convento en el término de Palos, donde se reunían entonces los más intrépidos marinos de la costa, que su comercio los ponía en contacto con Portugal, la nación de los descubrimientos y conquistas por los mares, el bueno del P. Marchena escuchaba las sencillas narraciones de aquellos hombres, sus proezas y hallazgos de las cañas que de

forma desconocida traían las corrientes, los maderos labrados, los monstruos que según la fantasía popular se levantaban sobre las aguas en el gran Océano y destruían las embarcaciones sólo con echar sus garras sobre ellas; todo, en fin, cuanto se le ocurría á aquella pobre gente que, andando el tiempo, había de asombrar al mundo por su arrojo.

Se sabía también, esto era á fines de 1484 ó á principios del 85, que Alonso Sánchez, el de Huelva, muy conocido de ellos por su franqueza y buen piloto que era, había perecido con diez y seis compañeros más después de haber llegado á la isla donde se criaban las cañas vistas, y que había muerto, estando de vuelta en la Madera, en casa de un marino muy célebre que hacía cartas de marear: los ojos del P. Marchena centelleaban de alegría al saber estas cosas; creía ya un hecho el descubrimiento de aquellos pueblos, pero los marineros de Palos decían que para otros, que ellos se encontraban bien con la vida y no querían que por ir en busca del Nuevo-Mundo, encontrarse de pronto en *el otro mundo*.

Por esto, sin duda, *Pedro Velasco*, de Palos, anciano y muy práctico piloto, arrojado por los temporales hacia el N. O. en términos que el cabo Clear, en Irlanda, quedaba

al E. suyo, y sospechó, que en la dirección occidental existían tierras, porque á pesar del fuerte viento que entonces le soplaba del O. estaba la mar en calma; lejos de ir á descubrirlas se dijo para sí, que no estaban en sazón y se volvió á sus cuarteles de invierno.

Tales pláticas tenían el P. Guardián, Fray Antonio y Garci Hernández, médico de la comunidad y de Palos, quienes formaban triunvirato augusto, que luego resultó glorioso; y después de estas conferencias, cada uno volvía á entregarse á sus cuotidianos quehaceres.

Así las cosas, un día, célebre sobre toda ponderación, la voz robusta y varonil de un héroe demandaba socorro en la puerta del convento para un tierno infante que de la mano llevaba; su acento era extranjero, de apuesta y noble figura, en deshechos harapos envuelto, su frente altiva, sus ojos del color de las aguas de los mares, noble y caballeroso en su ademán y sus cabellos rubios; empero estas cosas sólo las notó un fraile; los demás sólo verían un pobre, un iluso, un loco. Era el que había soñado el P. Marchena en momentos sublimes de extático entusiasmo; así es que apenas le escucha, le comprende, le alimenta, proteje y promete buen éxito en la empresa que proyecta.

Era de ver aquel anciano religioso, auxiliado de su Guardián, trabajar incansable por medio de cartas y recomendaciones, para que su huésped tuviera fácil entrada en la corte y fuese atendido, y cuando Colón determina abandonar á España por no tener esperanzas de ver realizados sus deseos, entonces el P. Marchena, á deshoras de la noche, sale de su convento para ir á ver á la mujer sublime, la mujer soberana, y que tenía enarbolado el estandarte de Castilla frente á los muros de Granada, y arrancar de la augusta Reina la promesa de que una vez concluída la guerra contra los moros, serían atendidos los deseos del genovés.

El tratado de Santa Fe, celebrado entre Colón y los Reyes Católicos, será para siempre eterno monumento de la magnanimidad y grandeza de alma de aquella mujer sin igual en los fastos de los tronos, y de los desvelos de aquel fraile, cuyo nombre bendito pronunciaba Colón con lágrimas en sus pupilas, cuando exclamaba: «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno.»

CAPÍTULO IV

ISABEL LA CATÓLICA

ESCRIBIR sobre el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y no dedicar un párrafo siquiera á la egregia Soberana que tomó á su cargo tan colosal proyecto, sobre el ser de ingratos, quedaría incompleto el cuadro. Incompleto y obscuro, porque faltándole el nombre de Isabel, le faltaría la luz más brillante, el sol más hermoso que difundió sus rayos sobre el Océano, cuando se resbalaban sobre sus ondas la *Pinta,* la *Niña* y la inmortal *Santa María.* Isabel la Católica, nombre que electriza el corazón de los españoles, que inunda el pecho de entusiasmo pa-

trio é infunde en el alma elevadas ideas y aspiraciones de gloria.

Ella es nuestro orgullo, y con razón, porque atesoró en su alma virtudes y cualidades magníficas, resplandeciendo en todas las dotes que pueden enaltecer á un gran rey, á una reina poderosísima, al hombre de Estado, á la tierna madre, á la solícita esposa, á un guerrero, al hombre más amante de las letras, y todo esto, y todas estas cualidades, y todas estas dotes y virtudes, realzadas, abrillantadas por decirlo así con aquellos dos grandes sentimientos de su corazón, que fueron los dos polos sobre que giró su vida, lema inmortal y hermosísimo grabado en todos sus actos, sus disposiciones y sus empresas: Religión y Patria.

Por su Religión trabajó sin límites hasta destruir por completo el reinado de la media luna; por su Patria no descansaba ni de día ni de noche, dictando leyes y disposiciones que asegurasen el bienestar de sus pueblos, emprendiendo largas travesías para vigilar á los tribunales que administraban justicia, para sofocar los desórdenes de la viciada levantisca nobleza de aquellos tiempos, siempre en luchas intestinas, robando y saqueando campos y pueblos; y para sujetarla, funda la

Santa Hermandad, institución poderosa que robustece el poder real, y más tarde perfecciona su glorioso confesor el inmortal Cisneros, y en medio de estas ocupaciones funda universidades y escuelas, y asiste á sus aulas, y proteje á los sabios, y hace florecer las ciencias y las letras, y en sus tiempos empieza la época de nuestra grandeza, de nuestro poderío; en sus días se echan los cimientos de aquel imperio dilatadísimo más que todos los imperios, por el que España llegó á dominar en ambos mundos.

Ella es la única que comprende al Genio; ni las repúblicas de Italia, ni las cortes de Europa lo entienden, mientras que la sin par Isabel la Católica le escucha y lo proteje y apoya.

Isabel la Grande, llevando á cabo el más asombroso proyecto que jamás se presentó á la iniciativa de los monarcas, es la más hermosa representación de la mujer católica, pues entra en la empresa para dar gloria á Dios, ganando almas para Jesucristo y riquezas para la patria, y tiene por consejeros inspiradores á Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, y á los Arzobispos de Granada y Sevilla, Fr. Hernando de Talavera y Fr. Diego de Deza: éstos son, unidos á Luis San-

tángel, los que la hicieron prorrumpir en aquellas palabras inmortales que orgullosa la historia conserva como su más preciada página y que colocaron á la gran Reina en la gloriosa altura de los padres de la patria:

«Yo entro en la empresa, dijo; por mi corona de Castilla, empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.»

Apenas se descubre el nuevo continente, piensa en su evangelización, y como el mundo antiguo se convirtió á la fe de Jesucristo por la predicación de doce Apóstoles, envía doce sacerdotes para que anuncien la fe en el mundo nuevo; estos sacerdotes iban bajo las órdenes del P. Boil, nombrado Vicario apostólico de las Indias por el Papa Alejandro VI, por Bula dada en 25 de Junio de 1493. (1)

---

(1) Un verdadero laberinto es el que hay en la historia, acerca de la personalidad de este P. Boil, pues mientras unos historiadores le hacen benedictino y del monasterio de Monserrat, en Cataluña, y estos historiadores son Washington Irving y Roselly; otros le hacen de la Orden de San Francisco de Paula.

Pretende la Orden de N. G. P. San Francisco de Asís, que el P. Boil, nombrado por el Papa primer Vicario apostólico de Indias, era de su instituto, y lo explica de la siguiente manera:

El rey D. Fernando el Católico, solicitó de la Santa Sede este nombramiento de Vicario apostólico para el P. Bernardo Boil, benedictino de Monserrat; mas Alejandro VI, para premiar á la Orden Seráfica sus desvelos y trabajos en favor de Colón, nombró á un P. Bernardo Boil, franciscano; éste y el benedictino tenían el mismo nombre y apellido, pero en la Bula decía ser nombrado

Madre de los indios, parecía que los había llevado en sus entrañas, según el cariño con que los trataba. Ella fué la madrina cuando recibieron el bautismo los que trajo Colón de vuelta de su primer viaje, y por cierto que uno de ellos recibió por nombre D. Fernando de Aragón, y otro se llamó D. Juan de Castilla, quedándose éste sirviendo al príncipe. (1)

Vicario apostólico de Indias, el Vicario de los menores de San Francisco en España.

Los áulicos de Fernando V no se arredraron por esta equivocación, sino que copian la Bula, y en el encabezamiento que decía: *Alexander..... Dilecto filio Bernardo Boil, Ordinis Minorum, Vicario dicti Ordinis in Hispaniarum regnis: salutem. Piis fidelium*, etc.; la palabra *Minorum* la sustituyeron con la de *Benedictinorum*, y remitieron esta copia al P. Boil, de Monserrat, quien ignorando la superchería y creyéndose canónicamente nombrado, pasó á las Indias, y fué el primer Apóstol de aquellas regiones.

(1) Damos por cierto y verdaderamente histórico el hecho de haber sido recibido Cristóbal Colón en Barcelona por los Reyes Católicos, con la pompa fastuosísima de que hemos hecho mérito, al principio de nuestra Introducción, y damos por cierto también el que allí se hayan bautizado los indios que trajo de vuelta de su primera expedición, y cual prueba inconcusa del grandioso descubrimiento que acababa de hacer.

Damos por ciertas y averiguadas estas cosas, á pesar de que el doctor alemán *Sophus Nuge*, en su «Historia de la época de los descubrimientos geográficos,» pone en duda la verdad de tal recibimiento, y á pesar también de que *Coroleu*, que ha publicado los «Dietarios de la Generalidad de Cataluña», editados por *La Vanguardia* de Barcelona, se expresa con estas palabras: «Hemos llegado á una fecha celebérrima, la del desembarco de Colón en Barcelona. Por extraño que parezca, no hay en los dietarios de la Generalidad ni en los del Municipio, en los cuales tan escrupulosamente se apuntaban todos los sucesos de alguna importancia, y muchos que la tenían bien escasa, ninguna

Cuando Colón, años más tarde, visto el poco rendimiento de aquellos países, en donde no se encontraba el oro soñado ni la codiciada plata, y el algodón, frutos y especias no producían según sus cálculos y deseos, y proyecta traer indios á la península y venderlos para aumentar las rentas, y realiza este proyecto, y vienen los indios é Isabel se entera, ¡ah! entonces, aquella mujer que siempre había protejido al Almirante, y le había escuchado como á un oráculo, y lo había defendido delante del Rey su esposo, y lo había honrado con inusitada pompa delante de los envidiosos magnates, y lo había elevado á los más altos puestos, adornándolo con las más elevadas dignidades de la patria, de todo esto se olvida Isabel, y reprende al Almirante, y manda restituir á los indios á sus países, y que nunca más se volviese á hacer semejante cosa, porque los indios son los hijos de su alma. ¡Hijos del Nuevo Continente! ¡Bendecid el nombre de la gloriosa Isabel la Pri-

---

referencia á un suceso tan notable como la llegada del descubridor de un mundo, acompañado de gentes de raza innota y de animales nunca vistos en Europa. En el archivo de la catedral no hay tampoco ningún documento relativo al bautizo de los indios traídos por Cristóbal Colón á Barcelona.» ¡Hasta tal punto llega la obscuridad que envuelve cuanto á Colón pertenece y con él se relaciona!

mera de España, porque verdaderamente fué vuestra madre!

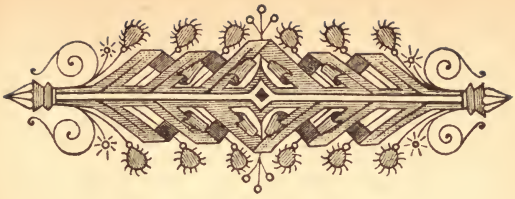
Y no se crea que exajeramos: los trataba y quería como hijos en toda la extensión de la palabra, porque sólo á una madre, y á una madre cariñosa, se le puede ocurrir la disposición que ella dió al Almirante cuando se preparaba para el segundo viaje, que condujese en la flota, para alivio de los naturales de las islas, un boticario y un herbolario, é *instrumentos de música,* para su solaz y entretenimiento.

Y no se contentó con esto: sus maternales cuidados no se los dispensó sólo durante su vida, sino que momentos antes de trasladarse á la presencia de su Criador, con labio ya expirante, y para interesar la ternura de su esposo é hijo en favor de los habitantes de aquel hemisferio, consignó en su testamento estas dulces y consoladoras palabras: «que no consientan (habla con el Rey su esposo y con su hijo) ni den lugar á que los indios vecinos y moradores de las dichas islas y Tierra Firme ganada é por ganar, resciban agravio alguno en sus personas y bienes; mas manden que sean bien y justamente tractados;» mereciendo por esto la gloria inefable de inaugurar el sistema de cordura, de tem-

planza y amor con que los reyes sus sucesores siguieron gobernando aquellos países, mal que les pese á los escritores naturales y extranjeros, quienes siguiendo las huellas del atrabiliario Fr. Bartolomé de las Casas, se empeñan en asegurar que España fué la explotadora del Nuevo-Mundo, cuando en la colonización española se procuró suprimir hasta la palabra *conquista*, palabra que pareció mal sonante á nuestros legisladores, y no pudieron consentir que se emplease, «*por cuanto las pacificaciones*, decían, *no se han de hacer con ruidos de armas, sino con caridad y buen modo:*» ó lo que es lo mismo, por Isabel, y mediante el poderoso influjo de su excelso nombre: la idea dominante de la patria española, fué formar de las posesiones de Ultramar otras tantas partes integrantes de la monarquía, agregando territorios á territorios, y ser soberanos nuestros reyes allende los mares, con las mismas condiciones que lo eran en sus dominios. España, en vez de explotar aquellos países para sí misma, trabajó para ellos, para que cuanto antes se bastasen á sí propios, y pudiesen figurar algún día entre las naciones libres y florecientes en el catálogo de los estados emancipados.

El 7 de Noviembre de 1504, Cristóbal Co-

lón, cargado de padecimientos, de dolores, de disgustos, de desengaños, llega á España de vuelta de su cuarto y último viaje, y desembarca en Sanlúcar de Barrameda; notó en el instante mismo de poner el pie en tierra, tristeza y amargura en el semblante de los españoles, y toda la población afligida y apesadumbrada: esto le llamó mucho la atención y le dolió bastante: desde luego supuso, y era cierto, que cuando tan tristes estaban los hijos de España, ocurría una gran desgracia, y esta no podía ser otra que la enfermedad de la Reina. Este solo hecho indica hasta qué punto fué querida aquella mujer, y cómo tenía levantado un altar de amor en cada pecho y su vida era la vida de la patria.



CAPÍTULO V

EL TERROR QUE SE APODERA DE LOS HABITANTES DE PALOS AL TENER CONOCIMIENTO DEL PROYECTADO VIAJE, PRUEBA SER CIERTA LA HISTORIA DE ALONSO SÁNCHEZ.

En la ciudad de Santa Fe, vega de Granada, á 17 de Abril de 1492, se firmaron las Capitulaciones por las cuales concedían los Reyes Católicos á Colón cuanto éste ambicionaba en orden á dignidades y gerarquías, rentas y beneficios, si se descubrían las anheladas tierras, y además los auxilios necesarios para emprender la realización de su proyecto.

Momento feliz para el alma de Colón aquél, cuando después de tantos años de dilaciones, de contrariedades y amarguras, se encuentra en sus manos con poderes bastantes para fletar la armada con que tantas veces soñó, y él investido con la más alta dignidad en ella; ya tiene protección real, dinero, amplias facultades para que por todas partes en Andalucía le faciliten recursos; en una palabra, en fin, cuanto pudo soñar poseer para hollar la hasta entonces indomable cerviz del tenebroso Océano.

¿Habrá llegado el día de su triunfo? ¿Se verá pronto en medio de los mares, dirigiendo sus embarcaciones hacia la anhelada tierra? Él así lo espera, pero tal vez no recuerde en estos momentos de indescriptible gozo, que todavía le queda que vencer un obstáculo terrible; el cuerpo de Alonso Sánchez que, atravesado en medio de las aguas del furibundo Atlántico, infunde pavor y miedo horrorosos, y á su vista se estremecerán los más esforzados marineros, y nadie querrá embarcarse con él, nadie querrá acompañarle.

El 12 de Mayo se despide Colón de la corte y sale para la Rábida, contento y satisfecho, cual si su frente fuere orlada con coronas, como el general después de las más

gloriosas conquistas; su corazón se ensancha al llegar al templo de la Virgen de los Milagros, y mirar aquella cruz, bajo cuya augusta sombra se cobijó al pisar la tierra en España; aquellos árboles le son conocidos, las dulces brisas que con sus blancos cabellos juegan, le parece que son blandas caricias del mar, que le llama para trasportarlo en sus brazos al soñado paraíso; los muros del convento piensa que le saludan con inusitada alegría; todo respira satisfacción y contento en torno suyo, porque lleva el pecho henchido de bienestar y júbilo.

Luego que en el monasterio penetra, nadie lo detiene: llega á la iglesia; visita á la Virgen de los Milagros; entonces pasan por delante de sus ojos siete años de luchas y fatigas; recuerda el momento primero cuando ante aquel altar se arrodilló; los desprecios de Génova; las negativas de Venecia; los atropellos de Portugal; las antesalas de Castilla; todo, todo se presentaba ante su alma, y Cristóbal Colón lloraba, y la Virgen sonreía; Ella, Ella sola le había hecho triunfar de tantos obstáculos; Ella también lo conduciría al último triunfo.

El Padre Guardián, que sabe la llegada de su antiguo amigo, corre en su busca, entra

en la iglesia y se arrodilla detrás de él, y al levantarse Colón se encuentra con los brazos del franciscano.

El 23 de Mayo de 1492, salen los dos para el puerto de Palos, y en la iglesia de San Jorge, parroquia del pueblo, el escribano público da lectura ante el municipio y numeroso público, del mandato de los Reyes para que pongan á disposición de Colón, investido ya del elevado cargo de capitán principal ó general de la armada que se había de aprestar, las dos carabelas á que se encontraban obligados por ciertas multas. Las autoridades prometen obedecer los reales mandamientos; así es que Colón no tuvo que hacer más que ir al puerto, examinar los navíos que allí se encontraban, y designar los que le parecieron apropósito y deseguida quedaron embargados. Así al menos lo asegura Alonso Pardo, cuando declara como testigo en las *Probanzas del Almirante;* dijo «que el año noventa y dos vido en la villa de Moguer á don Cristóbal Colón venir á embargar navíos para ir á descubrir las Indias, é que á la sazón este testigo era escribano público é fué con el dicho don Cristóbal á embargar los dichos navíos.»

El pueblo no se había enterado con qué

objeto se iban á equipar las carabelas, porque en la Real Carta no se menciona ningún fin determinado; sólo se dice: «agora por cuanto nos habemos mandado a Cristóbal Colón que vaya con tres carabelas de armada como nuestro capitán de las dichas tres carabelas para ciertas partes de la mar Océana sobre algunas cosas que cumplen a nuestro servicio e nos queremos que lleve consigo las dichas dos carabelas (de que antes se ha hecho mención en el mismo real despacho,) con que assí nos habéis de servir por ende nos vos mandamos que del día que con esta nuestra carta fueredes requeridos fasta diez días primero siguiente ni no más requerir ni consultar ni esperar ni haber otra nuestra carta, sobre ello tengáis aderezadas e puestas a punto las dichas dos carabelas armadas como sois obligado por virtud de la dicha sentencia para partir con el dicho Cristóbal Colón donde nos le mandemos ir e partiréis con el del dicho término en adelante, cada e cuando por el vos fuere dicho e mandado.» Mas aunque no se señala en la dicha Carta el rumbo determinado que se pensaba seguir, fué bien pronto conocido de los habitantes de Palos; la noticia de la travesía por el mar Tenebroso para descubrir nuevas tierras, salió

del convento, y con la velocidad del rayo se extendió por toda la comarca, sembrando el pánico y la desolación en todos los corazones.

A pesar de estas voces que corrían, como la empresa era tan ardua y tan inaudito el proyecto, apenas nadie se atrevió á creerlo; pero bien pronto se convencieron de que la cosa era tal como se decía, al saber que se preparaban mantenimientos para un año; entonces los navíos embargados quedaron abandonados, sin que lo pudieran evitar los grandes esfuerzos de los alcaldes y de Juan de Peñalosa, contino de los Reyes.

Este espanto y terror de los de Palos, dice mucho en favor de la existencia de Alonso Sánchez. Porque hemos de convenir en que era la época de las grandes empresas marítimas, de los descubrimientos, de las navegaciones, y nadie podrá negar que los vecinos de Palos eran hombres avezados en los trabajos del mar, en donde vivían, de donde sacaban su alimento, y conocedores también de cuantos descubrimientos había hecho Portugal; y sin embargo, odian y aborrecen el proyecto de Colón, y le consideran, no el heraldo que los ha de llevar á la bienandanza y la gloria, sino el verdugo que los pretende conducir á la más desastrosa de las muertes.

Pero conviene advertir que Colón no estaba solo; no era él el único que recomendaba su proyecto, sino que estaba defendido por la protección de los reyes, que de una manera tan clara habían manifestado su voluntad de que se le protegiese y acompañase, y ya sabían los de Palos, como sabían todos los españoles, que eran muy grandes y raras las virtudes que adornaban á los monarcas de aquella época, y que nunca exponían á sus súbditos á descabelladas empresas, sino que siempre las disposiciones reales llevaban el sello de la más exquisita prudencia, y la discreción era su obrar; pues bien, nada de esto reflexionaban los de Palos, porque había un recuerdo que de tal modo los impresionaba, que no les dejaba lugar á ninguna reflexión: la sangre de Alonso Sánchez y de sus compañeros, y al nombrar ante ellos la mar tenebrosa, ó al fijárseles esta idea en su imaginación, deseguida creían ver también los pálidos rostros de aquellos marinos, que entre dolores terribles se revolcaban sobre las olas con las agonías de la muerte, y horrorizados, apartaban su vista, su memoria, de aquel recuerdo, de aquella palabra, de aquel nombre, ¡la mar tenebrosa!

Pero se puede objetar que los Reyes esta-

ban lejos y podía el extranjero con artificios y engaños haber obtenido aquellas disposiciones; de manera que la protección real no podía dar á Colón mucha influencia, y por esto no se aprestaban á acompañarle; así, pues, no por el recuerdo de Alonso Sánchez, sino por la poca autoridad de Colón, era por lo que no se emprendía el viaje; pero este juicio no es exacto, porque los Reyes habían mandado además de sus reales mandamientos, personas de autoridad y de valer que manifestasen la voluntad real; mas aunque así no fuese, aunque Colón hubiera venido solo con los documentos que le acreditaban ser enviado de los Reyes, la oposición del pueblo de Palos á embarcarse con Colón, no es por falta de autoridad en éste, sino por el recuerdo de los pobres náufragos. Porque además de la protección real, Colón se presenta en Palos defendido por altos personajes, que son quienes recomiendan su proyecto; varones muy respetables y de mucha autoridad entre aquella gente, el Guardián de los franciscanos de la Rábida, Fr. Juan Pérez y además Fr. Antonio de Marchena; y los hombres de nuestros días no podrán comprender hasta qué punto era grande la influencia de Fr. Juan Pérez entre aquellos marineros, porque no

pueden formarse una idea del prestigio que entre el pueblo gozaba la orden seráfica, institución eminentemente popular por sus trajes de paño burdo y los pies descalzos, por sus costumbres, siempre entre el pueblo, en las chozas de las playas y en las cabañas de los bosques; y no por esto dejaban de ser honrados en los alcázares de los Reyes y en los palacios de los magnates; y en Palos más, porque el convento era el refugio adonde acudían los desgraciados, los afligidos, y allí encontraban consuelo y socorro; todos tenían alivio entre los religiosos.

No necesitamos advertir que en este oficio de recomendar á Colón, publicando las excelencias de su proyecto, los muchos bienes que reportaría y la gloria y las riquezas que habían de alcanzar cuantos se asociaran á la empresa; en publicar y encarecer todo esto, no estaban solos los PP. referidos, sino que toda la Comunidad de la Rábida era la propagandista de estos pensamientos, porque es mucha la solidaridad que existe entre los religiosos de una Orden, y basta que uno de sus individuos, sobre todo si es de reconocida probidad y virtud, patrocine una idea, para que sus hermanos la defiendan como propia, y todos á una voz preconicen sus excelencias: la es-

clarecida Orden de San Francisco en general, y en particular, toda la Comunidad de la Rábida, defendía y patrocinaba el pensamiento de Colón, cuyo pensamiento consideraron como propio, porque no en vano el gran Colón se invistió con el cordón de San Francisco.

Pues á pesar de esto, el P. Marchena no podía encontrar ni uno siquiera que acompañase á Colón; los hombres huían, las mujeres lloraban; ni se encontraban marinos ni carabelas, y el tiempo pasaba y el viaje no se emprendía.

Vuélvolo á repetir: es muy extraordinario este terror; terror, sí, porque no puede calificarse de otra manera, de los habitantes de Palos, y yo no me lo puedo explicar de un modo satisfactorio, más que atribuyéndolo á las noticias que en Palos, Huelva y demás pueblos de la costa se tenían, de las desgracias ocurridas á Alonso Sánchez y sus compañeros.

El 20 de Junio de aquel año, volvieron los Reyes á expedir nuevas y terminantes órdenes, para que pudiesen ser apresados los buques españoles que se encontrasen en las costas de Andalucía, y obligados sus patronos y tripulantes á darse á la vela bajo el

mando de Colón, y vino Juan de Cepeda, oficial de la casa real, para hacer cumplir esta orden, pero tampoco nada se adelantaba; había un obstáculo, que no lo podían traspasar las órdenes de los monarcas; ya lo hemos dicho, el cuerpo de Alonso Sánchez atravesado en medio de aquellos mares.

Y á todo esto las cosas no andaban pacíficas, sino que los altercados y disturbios se repetían sin cesar, y peligraba la vida del futuro Almirante. La fortaleza de Palos fué preparada para hacer uso de la artillería, si se continuaba en el propósito de no cumplir los deseos de los monarcas; pero los mareantes se quitaban de en medio, abandonando sus hogares, privándose de vivir con sus familias, antes que ser inscritos para acompañar *al extranjero,* del que *todos se burlaban.*

Es más inexplicable todavía este terror de que hemos hecho mérito, apellidado así, terror, por historiadores como Washington Irving, el espanto que produjo en Palos el conocimiento de la dirección que había de seguir la pequeña armada mandada preparar por los Reyes; es más inexplicable todavía este terror y espanto, cuando se considera que si en algún pueblo podía ser conocida como probable la existencia de las remotas regio-

nes que se trataban de descubrir, era en Palos, y si algunos hombres podían tener conocimientos casi ciertos de ser una verdad los pensamientos de Colón, eran los habitantes de este puerto.

Y para decir esto, nos apoyamos en el testimonio mismo de Colón, pues de Palos era aquel Pedro de Velasco de quien nos hemos ocupado, y de quien dice Colón que le aseguró haberse encontrado cerca de tierra en sus navegaciones hacia Poniente, con cuya noticia dice el Almirante recibió convencimiento en su empresa.

Cuantos datos se tenían acerca de cadáveres de hombres de raza extraña, y de cañas labradas y demás objetos de lejanos países de que hemos hecho mención, se tenían que conocer en Palos y en Huelva, en donde existía comunicación directa y continua con la gente de mar, con la Madera, Porto-Santo, Mina de Oro, y con todos los capitanes y maestres más célebres en aquel tiempo; y á pesar de esto, los marineros de nuestras costas Atlánticas, se resisten á acompañar al intrépido marino, y esta resistencia tiene que reconocer como causa una razón superior; el conocimiento que tienen de la gran desgracia ocurrida á nuestro Alonso, que es para ellos

un dogma de fe; que se puede ir á aquellos países, pero que la muerte es inevitable, la vuelta imposible, y que una vez recorriendo las aguas del proceloso mar de los monstruos, es inútil pensar en volver sanos y salvos al seno de la familia.

Cuando Colón considera que los medios hasta entonces empleados no son eficaces para llevar á cabo su idea, y que el tiempo vuela y se dilata el instante de emprender el camino, apela á otro recurso; se presenta en las prisiones de la villa; ofrece libertad á los criminales que allí estaban cumpliendo condena, si le quieren acompañar; ya había alcanzado Cédula Real mandando suspender el conocimiento de las causas de los que les acompañaran: «para facer cosas cumplideras á nuestro servicio, é para llevar la gente que há menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro á las personas que con él fuesen, porque de otra manera no querían ir con él al dicho viaje, e por su parte Nos fué suplicado que ge los mandasemos dar, e Nos tuvimos lo por bien.» Así, pues, en su afán de salir adelante con su empresa, consentía en llevar en los bajeles, aunque fueran robadores y asesinos, antes que dejar sin realización su proyecto.

Todos estos trabajos y sufrimientos inauditos que Cristóbal Colón tuvo que padecer antes de partir para el primer viaje, al mismo tiempo que prueban que este primer viaje fué precedido de la desastrosa expedición de nuestro Alonso Sánchez, dicen también que de maneras ningunas se puede admitir como cierta ninguna expedición anterior de favorables resultados, porque de haber existido tal expedición, seguida de descubrimientos, se hubiera sabido al menos entre la gente de mar; en los puertos se hubiera tenido conocimiento de ella, porque una expedición de esta índole no se puede hacer con cuatro ó cinco hombres, sino que se necesitan muchos más, y entre tantos no pudo estar por mucho tiempo oculto un suceso de tanta trascendencia, ni puede pasar desapercibido para los que tienen la misma profesión, máxime en la marinería, en donde el relato de los viajes forma el entretenimiento más agradable, y en aquellos tiempos en que todos querían ser descubridores.

La Real Cédula que acabamos de citar no hubo necesidad de utilizarla; Fr. Juan Pérez, con la elocuencia de sus amonestaciones, con el prestigio de su virtud, y con sus raras dotes de ciencia y á fuerza de cons-

tancia, pudo por fin convencer á Martín Alonso Pinzón, (1) para que tomara parte en aquella empresa, y desde entonces todo quedó arreglado; á Martín Alonso siguieron sus hermanos, y á éstos todos los mareantes y demás gentes que fué necesaria.

Ha pasado algún tiempo, era de noche, y la luna brillaba con más esplendentes rayos que clarísimo sol de hermoso día. Era la madrugada del 3 de Agosto de 1492.

Fr. Juan Pérez de Marchena acababa de celebrar el Augusto Sacrificio ante el altar santo de la Virgen Madre. Colón había comulgado, como preparación para emprender la inmortal travesía; ¡cuántas cosas pasarían entonces por su alma! ¡qué escena aquélla más dulce! ¡qué escena más santa! nunca la podrá describir la humana pluma.

---

(1) Desmarquets, en la obra que publicó en 1785, titulada *Mémoires chronologiques pour servir à l'histoire de Dieppe et de la navigation française,* obra no admitida por la crítica histórica, aunque muy seguida por algunos escritores franceses, describe en ella el viaje de un Juan Cousín, en 1488, viaje que pretenden diera por resultado el descubrimiento del Brasil; pues bien, era compañero y teniente de Cousín, uno llamado Pinzón, y no han faltado autores que hayan dicho que este Pinzón es el mismo que cuatro años más tarde acompañó á Colón; aserto á todas luces falso, porque si Martín Alonso Pinzón hubiera hecho el descubrimiento que se proyectaba, ¿se habría resignado á ir de segundo, sujeto á las órdenes de un extranjero, y sin ninguna participación, ni en las dignidades, ni en la gloria?

Colón y los franciscanos descienden del convento y se dirigen á Palos; tres carabelas dulcemente mecidas por las aguas, se divisan en el puerto; el pueblo allí se agrupa en confuso y desordenado tropel; allí reina un silencio sepulcral; apenas se escucha algún suspiro ó desgarrador quejido del alma, pero nada más, y no se sabe si aquellos sentimientos que así se manifiestan, son de dolor ó de miedo, de bravura ó de temor. De pronto el héroe se arrodilla, los tostados rostros de aquellos marineros se confunden con la tierra; las madres y esposas, hijas y hermanas, prorrumpen en deshecho llanto; Fr. Juan levanta sus manos al cielo, arranca bendiciones del Altísimo, y con sus brazos extendidos las derrama sobre aquellas cabezas.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Gritos de dolor y hurras de entusiasmo se escuchan por doquier; las salvas de la artillería saludan al Almirante, y algunos momentos después aquella pequeña escuadra corre presurosa en busca de un nombre inmortal y glorioso, cual ninguna otra en el mundo lo consiguió jamás.

La salida de Colón del puerto de Palos,

es uno de los más grandes momentos de la historia, y ya desde ese momento es un héroe, porque sólo un genio extraordinario pudo vencer la tenaz resistencia y los obstáculos que se le opusieron al emprender el inmortal viaje.

CAPÍTULO VI

CRISTÓBAL COLÓN, EN SU PRIMER VIAJE, SIGUIÓ EL DERROTERO QUE LE HABÍA ENSEÑADO ALONSO SÁNCHEZ.

Vamos á exponer otra prueba, tomada también de los sucesos ocurridos al Almirante, en confirmación de la existencia del ilustre hijo de Huelva, y no dudamos que como logremos presentarla con claridad y precisión, llevaremos el convencimiento al ánimo de nuestros lectores.

Está tomada dicha prueba del *Diario* mismo de Colón, según nos lo trasmite el P. Las Casas, y consiste nuestro argumento, en manifestar que Colón, mientras navegaba por el gran Océano, llevaba un rumbo cierto, de-

terminado, fijo; es decir, que sabía á dónde iba, que no caminaba á la ventura, y esto tenía que ser debido á los datos que le suministrara el desgraciado náufrago de Huelva.

Nos explicaremos: lo mismo los que defendemos la existencia de Alonso Sánchez, y que es una verdad su historia, que los que esto rechazan y niegan, sabemos que Colón tenía que dirigirse al Occidente, porque buscaba el extremo occidental de las Indias; de manera que en este sentido ya llevaba una dirección fija y un rumbo determinado.

Pero no es de aquí de donde tomamos la prueba objeto del presente capítulo, sino de que esta dirección occidental es tan precisa en el itinerario de Colón, y tan marcada y hasta exagerada, que aun cuando conozca que cambiando un poquito la dirección, llegaría infaliblemente á tierra, cuando tanta falta le hacía el descubrirla, por la insubordinación de los tripulantes, por la ansiedad y congoja que hacía sentir tan extraño viaje; á pesar de esto, y en contra de todo esto, sigue un rumbo determinado, y de maneras ningunas lo consiente variar. En esto estriba la fuerza toda de nuestro argumento, porque de no saber fijamente por las referencias de Alonso Sánchez, á dónde iba á parar, hubiera

aprovechado, siquiera como escala, los primeros descubrimientos que se le presentaran, que esto no impedía continuar luego después, sirviendo lo conocido como punto de partida, para descubrimientos ulteriores.

Mas para que este nuestro pequeño libro, sea no sólo una relación exacta de cuanto se puede aducir y presentar en pro de la verídica historia de Alonso Sánchez, sino también estudio más ó menos ordenado y completo en cuanto se pueda del gran descubrimiento que tanto y tanto nos enorgullece, empezaremos nuestra relación por la salida inmortal del desde entonces gloriosísimo puerto de Palos, que es en donde hemos dejado la historia del primer Almirante, en el capítulo que antecede.

Salió, pues, la gloriosísima expedición que había de anublar la gloria de los más célebres argonautas del mundo, salió de Palos de Moguer el Viernes 3 de Agosto de 1492, y no salió de Cádiz como algunos han pretendido asegurar, apoyándose en la traducción hecha al latín por Leandro Cozco, de una carta escrita en español por el insigne primer Almirante á Rafael Sánchez, tesorero real; el original español de esta carta se ha perdido, y no nos queda más que la dicha traducción latina de Cozco.

En esta carta, impresa en Roma, se encuentran las siguientes palabras: «Triceimo tertio die postquam Gadibus discessit, in mare indicum perveni.....» Cuyas frases se han traducido así: «Treinta y tres días después de mi salida de Cádiz, llegué al mar de la India, etc.»

Pero esto es imposible, y de maneras ningunas se puede admitir. Colón llegó á lo que llamó Indias, á los treinta y tres días de haber salido de las Canarias, pero no de Cádiz. Estos días se cuentan desde el 9 de Septiembre, que perdió de vista á la Gomera, hasta el 12 de Octubre, en que descubrió tierra, en cuyo intervalo trascurren precisamente los treinta y tres días que dice el citado documento.

Luego el traductor de la expresada carta, confundió Canarias con Cádiz, ó Gades con Gomera, lo cual es muy fácil, y por desgracia muy frecuente, cuando se trata de antiguos manuscritos.

Salió, pues, de Palos, pero tal vez llegaría á la vista de Cádiz, para desde allí buscar la costa de Africa, y dirigirse con mayor seguridad en dirección á cualquiera de las Canarias.

Conocidas son las peripecias del principio de este viaje, cuando la *Pinta* dió señal de

avería, porque se le había salido el timón de su sitio, y todas sus piezas estaban desencajadas; avería ocasionada tal vez por el mismo dueño de la carabela, arrepentido de haber tomado participación en aquella empresa, y deseoso de quedarse atrás; pero no lo pudo conseguir por no encontrarse en las Canarias ninguna otra embarcación con que sustituirla, por lo que se arregló la *Pinta* lo mejor que se pudo, y el 9 de Septiembre por la mañana salió del puerto de la Gomera para internarse en las inmensas aguas oceánicas.

Como no es nuestro ánimo describir este viaje, primorosamente narrado por elocuentes autores, sino sólo manifestar que en la fijeza con que sigue Colón determinado derrotero en esta travesía, se prueba que llevaba á mano los apuntes y datos suministrados por el inolvidable Alonso Sánchez, omitiremos todo lo que sea ageno á nuestro intento, y no hablaremos ni de la primera vez que se observó la variación de la aguja imantada, ni de la sorpresa de los marineros al verse rodeados de yerbas por todas partes, en medio de un mar herbóreo, de donde pensaban que nunca podrían salir, y sólo presentaremos la verdad de nuestro argumento, dejando la descripción

de los demás sucesos á plumas más galanas y elocuentes que la mia.

Sabemos, pues, que la dirección de Colón tenía que ser al Oeste, porque buscaba el extremo occidental de las Indias, y por esto no nos extraña sea este siempre su rumbo; pero sí nos extraña la seguridad completa con que lleva esta dirección, porque si hubiera ido confiado en sólo sus cálculos y sin más datos que sus conocimientos, no hubiera consignado en su *Diario* estas palabras:

«Domingo 16 de Setiembre. — Navegó aquel día y la noche á su camino el Oueste; andarían treinta y nueve leguas, pero no contó sino treinta y seis; tuvo aquel día algunos nublados, lloviznó: dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí adelante hallaron aires temperantísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él, y era el tiempo como Abril en el Andalucía. Aquí comenzaron á ver muchas manadas de yerba muy verde que poco había, según le parecía, que se había desapegado de la tierra, por la cual todos juzgaban que estaba cerca de alguna isla; pero no de tierra firme, según el Almirante que dice: *porque la tierra firme hago más adelante.*

Estas últimas palabras dicen más alto que todo lo que nosotros pudiéramos manifestar, hasta qué punto es cierta la proposición que sustentamos.

Pero sigamos examinando su itinerario, según se nos refiere en el *Diario* que ha llegado hasta nosotros:

«Miércoles 19 de Setiembre.—Navegó su camino, y entre día y noche andaría veinte y cinco leguas, porque tuvieron calma; escribió veinte y dos. Este día á las diez horas vino á la nao un alcatraz, y á la tarde vieron otro, que no suelen apartarse veinte leguas de tierra; vinieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra; no quiso detenerse barloventeando el Almirante para averiguar si había tierra; mas de que tuvo por cierto que á la banda del Norte y del Sur había algunas islas, como en la verdad lo estaban, y él iba por medio dellas; porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias, y el tiempo es bueno, porque placiendo á Dios á la vuelta se vería todo: estas son sus palabras..... Aquí descubrieron sus puntos los pilotos: el de la *Niña* se hallaba de las Canarias cuatrocientas cuarenta leguas: el de la *Pinta* cuatrocientas veinte: el de la donde iba el Almirante cuatrocientas justas.»

«Jueves 20 de Setiembre.—Navegó este día al Oueste cuarta del Norueste, y á la media partida, porque se mudaron muchos vientos con la calma que había; andarían hasta siete ó ocho leguas. Vinieron á la nao dos alcatrazes, y después otro, que fué señal de estar cerca de tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto della. Tomaron un pájaro con la mano, que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar, los pies tenía como gaviota: vinieron al navío en amaneciendo dos ó tres pajaritos de tierra cantando, y después antes del sol salido, desaparecieron; después vino un alcatraz, venía del Ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra, y por la mañana van á la mar á buscar su vida, y no se alejan veinte leguas.»

De manera, que con pleno conocimiento de tener tierra á uno y otro lado, pasa por en medio de ella, y con una seguridad incomprensible á las alturas de aquellos mares, tan desconocidos como distantes del punto de partida, sigue su ruta sin vacilaciones ni dudas, ni más ni menos que el que se dirige á un lugar determinado y cierto.

¿Esto es sólo porque se dirige directamente á las Indias? Mas ¿sabe él en dónde están

esas Indias? Al saberlo por sus propios cálculos, no obraría con tanta seguridad. Al ir tan directamente y cual si fuera con rumbo conocido, es porque tiene los datos necesarios para saber á la altura en que se encuentra el punto á que se dirige.

La razón es muy sencilla. ¿Por qué no se detiene en alguna de aquellas islas que conoce que existen á uno y á otro lado de su derrotero? ¿Por no perder tiempo? Pues deteniéndose, tal vez lo economizaría, porque podría averiguar entre los isleños el rumbo cierto de la tierra que buscaba, y cuando no se detiene para preguntarlo, es porque ya sabe á dónde se dirige; las instrucciones de Alonso Sánchez le tienen marcado el límite de su viaje.

Pero tenemos más: varios autores de los que hemos citado, que defienden como verídica y exacta la tradición de Alonso Sánchez, dicen que al llegar éste, náufrago y moribundo, á los brazos de Colón, y cuando supo la pericia y destreza de su patrono para hacer cartas de marear, le pidió el piloto de Huelva le hiciese una en donde le marcase las islas y tierras que en su travesía había descubierto, según los datos que él mismo le suministraba. Pues bien; esta carta se hizo,

esta carta la llevaba Colón, y en prueba de ello, veamos lo que nos dice el mismo Almirante:

«Martes 25 de Setiembre.—Este día hubo mucha calma, y después ventó; y fueron su camino al Oueste hasta la noche. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela *Pinta,* sobre una carta que le había enviado tres días hacía á la carabela, donde según parece tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar, y decía Martín Alonso que estaban en aquella comarca, y respondía el Almirante que así le parecía á él; pero puesto que no hubiesen dado con ellas lo debía haber causado las corrientes que siempre habían echado los navíos al Nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían; y estando en esto, dijo el Almirante que le enviase la carta dicha, y enviada con alguna cuerda comenzó el Almirante á cartear en ella con su piloto y marineros.»

Es verdad, que hablando de esta carta y de las islas, marcadas por el Almirante en la misma, dice D. M. F. Navarrete, que no podían ser otras sino las que el célebre Paulo del Pozzo Toscanelli, médico y astrónomo, envió á Lisboa al canónigo portugués D. Fer-

nando Martínez. La carta del físico florentín, comprendía desde el Norte de la Irlanda hasta el fin de Guinea, con las islas situadas en aquella dirección, y hacia el Occidente se representaba el principio de la India, con las islas y lugares por donde se podría andar. Pero que la carta que Colón llevaba, fuese la misma de Toscanelli, es una conjetura de Navarrete; no consta ni está probado; antes al contrario, más bien consta que fuese la carta formada con las noticias que le facilitó Alonso Sánchez, porque el mismo Navarrete dice que en la carta hecha con arreglo á las noticias suministradas por Toscanelli, como los datos eran tan vagos é indecisos, la situación de las costas é islas tenía que ser muy «imperfecta é inexacta.» Con esta carta, pues, no había de ir Colón con la seguridad que marchaba; así, mientras otra cosa no se pruebe, la carta que dirigía el rumbo de Colón en medio del Océano, estaba formada con los cálculos y observaciones y datos y noticias que recogió en su viaje, el desgraciado Alonso Sánchez de Huelva.

Pero sigamos estudiando el susodicho itinerario, que nos suministrará pruebas y datos hasta que no quede el más mínimo lugar á la duda. Dice así:

«Miércoles 3 de Octubre.—Navegó su vía ordinaria, anduvieron cuarenta y siete leguas, contó á la gente cuarenta leguas. Aparecieron pardelas, yerba mucha alguna muy vieja, y otra muy fresca, y traía como fruta; y no vieron aves algunas; creía el Almirante que le quedaban atrás las islas que traía pintadas en su carta. Dice aquí el Almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada, y estos días que había tantas señales de tierra, aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, por no se detener, pues su fin era pasar á las Indias; y si detuviera, dice él, que no fuera buen seso.»

«Sábado 6 de Octubre.—Navegó su camino al Vueste ó Oueste ques lo mismo, anduvieron cuarenta leguas entre día y noche; contó á la gente treinta y tres leguas. Esta noche, dijo Martín Alonso, que sería bien navegar á la cuarta del Oueste, á la par del Sudueste; y al Almirante pareció que no decía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante vía que si la erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir á la tierra firme y después á las islas.»

Para comprender toda la fuerza que tiene en favor de nuestro argumento, esta resis-

tencia de Colón á variar del rumbo que había emprendido, á pesar de las señales claras y evidentes de tener tierras inmediatas, á pesar de los ruegos y súplicas de un tan gran patrocinador de su proyecto, como Martín Alonso Pinzón, pues sin el auxilio de éste estaría aún esperando en Palos reclutar gentes para su viaje; para apreciar hasta qué punto confirma la verdad de nuestro aserto esta resolución del Almirante, de no variar ni un ápice su derrotero, resolución que no puede conocer otra causa, sino la seguridad que tenía de que marchaba por el camino explorado antes por Alonso Sánchez; para comprender y apreciar esto, conviene que recordemos que ya en estos días á que nos vamos refiriendo, las tripulaciones de los barcos se habían cansado de navegar, y perdonaban cuantas riquezas encontrar pudieran y cuantos honores hubieran de recibir, y sólo anhelaban ver la tierra de la querida España, cuyas lejanas orillas pensaban no volverían á divisar.

Los ciento veinte hombres que repartidos entre las tres carabelas acompañaban á Colón, eran paisanos, amigos y parientes de Martín Alonso, mientras que quien los tenía sepultados en aquellos mares sin fin, era un

extranjero atrabiliario y loco, que los había expuesto á la muerte por un capricho, por querer ir de donde nunca se podría volver, y antes que esta dificultad fuese mayor y más imposible el regreso, convendría intimar al extranjero volver la proa á Europa, y en caso de resistirse arrojarlo al mar..... En España la explicación de esta muerte sería la cosa más sencilla, pues nada más fácil que decir, que «una noche Colón contemplando las estrellas desde el puente de la *Santa María,* se había caído, yendo á examinar el fondo de aquellos profundos mares.»

Que el disgusto era general, que algo contra su vida se urdía y se tramaba, no podía pasar desapercibido para Colón, pues estas maquinaciones, que en un principio eran ocultas, y las murmuraciones que empezaron entre los íntimos en el mayor sigilo, fueron adquiriendo cuerpo y se desbordaron, como los ríos salen de madre cuando reciben un caudal de agua que no pueden contener, y á pesar de esto, y en contra de todo esto, Cristóbal Colón continúa impasible su derrotero, cual si nada aconteciese, cual si todos abrigasen las mismas convicciones que él, y en lo que tenemos que fijarnos más, con una tranquilidad y sosiego imperturbables. En

verdad que se nos puede permitir hagamos aquí una pregunta: ¿si Colón no hubiera tenido certeza, la seguridad que inspira el relato de un testigo presencial de un hecho, hubiera podido arrostrar impasible estas dificultades? Caso de no tener esta certeza, ¿no hubiera sido más político y prudencial descubrir algunas de las islas que él sabía que estaban próximas, para que la tripulación descansase, para que vieran que no estaban envueltos solamente en aguas, y sobre todo para que los habitantes de estas islas le hubiesen dirigido con toda seguridad y acierto al descubrimiento que deseaba, como antes hemos dicho? Porque no hay lugar á duda; caso de venir Colón confiado en sólo sus cálculos y deducciones, mayor seguridad que en su propio juicio, pudo encontrar en la dirección que le señalaran los habitantes de aquellos países, próximos á los que intentaba descubrir. Empero que Colón sabía á dónde iba y que en la seguridad y confianza de su conocimiento despreciaba todo lo que pudiera descubrir á derecha é izquierda de su travesía, se prueba con lo que nos dice en el siguiente relato de su viaje:

«Miércoles 10 de Octubre.—Navegó al Ouesudeste, anduvieron á diez millas por

hora, y á ratos doce y algún rato á siete, y entre día y noche, cincuenta y nueve leguas: contó á la gente cuarenta y cuatro leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido á las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de nuestro Señor.»

Esta seguridad y esta confianza de D. Cristóbal Colón, nos admiran y maravillan de tal manera, que no podemos explicarla de otro modo más que como hemos dicho, máxime si se tiene en cuenta que Colón estaba solo, completamente solo, y que él mismo se tenía que conocer y tendría que apreciar esta soledad en toda su terrible significación en aquellos momentos. En prueba de ello, vamos á copiar las palabras de las declaraciones de varios testigos, en la *Probanza* que hizo Juan Martín Pinzón, según las refiere el señor Fernández Duro en su ya citada obra *Colón y Pinzón*, donde dice así:

«Pedro Alonso Ambrosio, Bartolomé Martín de la Donosa, Diego Rodríguez Colmenero, Alonso Vélez Allid y Hernando de

Villareal saben la pregunta como en ella se contiene, y contestan de conformidad.

Lo quinto, si saben etc., quen tanto quel dicho Cristóbal Colón almirante fué á hacer relación á Sus Altezas de lo susodicho, dicho Martín Alonso Pinzón concertó el armada e armó en este puerto de la villa de Palos, para ir a las dichas Indias, tres ó cuatro navíos todos con sus parientes e amigos e familiares, porque otros no osaban entrar en la dicha Armada, salvo aquellos con quien el dicho Martín Alonso tenía debdo e amistad e confiaban en él, porque otros por la incertinidad que les parecía que había en el peligro e no querían ir, ansi lo trabajó e gastó todo lo que tenía e sirvió mucho á Sus Altezas en ello, e que el dicho Almirante a la sazón no tenía posibilidad para la dicha armada ni la hiciera, e ansí es notorio, si no interviniera el dicho Martín Alonso.

Pedro Arias.—Vido que Martín Alonso concertó armar y armó los navíos contenidos en la pregunta con sus deudos y parientes y familiares porque otros no osaban entrar en la armada salvo ellos, porque les parescía que había peligro y trabajo, y que prestó cuanto tenía y que este testigo fué rogado por el dicho Martín Alonso Pinzón que fuese

con él é que no quiso ir por ser cosa incierta al presente é otros muchos hicieron lo mismo é que sabe que el dicho Martín Alonso trabajó mucho é escribió á Sus Altezas en ello á que sabe é vido que el Almirante á la sazón no tenía posibilidad para la dicha Armada, y es notorio que no la hiciera si no interviniera el dicho Martín Alonso.

Pedro de Medel, sabe é vido que Martín Alonso hizo la Armada con sus deudos y parientes, animando los sus familiares, porque otros no osaban ir. En este puerto de Palos adereszó los navíos é gastó sus bienes por servicio de Sus Altezas, é si por él no fuera, las Indias no se descubrieran, porque todos huían de ir con el Almirante, y esto es público y notorio.

Pèdro Alonso Ambrosio, vido que Martín Alonso Pinzón armó los navíos con sus parientes y familiares que le querían mucho é confiaban en él y trabajó y gastó los maravedís que tenía en ello, é sabe este testigo que el Almirante estaba muy necesitado é los frailes de la Rábida le proveían de comer é no tenía posibilidad para la dicha Armada si no fuera é interviniera en ella el dicho Martín Alonso Pinzón.»

De manera, que sin Martín Alonso Pinzón,

no hubiera podido salir el jefe de los argonautas modernos á su expedición tan deseada, no sólo por la necesidad de los maravedís, de que luego nos ocuparemos más adelante, sino más principalmente, porque al prestarse á asistir y á contribuir con su propia persona al gran descubrimiento, marcharon en pos de él, deudos y parientes, amigos y conocidos, y todo esto por la influencia que ejercía, y por la autoridad y prestigio que gozaba entre aquella gente; así, pues, toda la tripulación era suya, excepción hecha de algunos empleados reales y algún que otro devoto de los religiosos de San Francisco, razón por demás para que Colón guardase á Martín Alonso ciertas consideraciones y deferencias, máxime siendo un gran marino avezado á los peligros de los mares, y con inteligencia y experiencia en achaques de descubrimientos; y á pesar de esto, de ningunas maneras Colón permite variar en lo más mínimo su determinado rumbo y acceder á los deseos y razones de Pinzón; todo lo cual, Colón mismo nos manifiesta que así se portaba por la seguridad que tenía en los escritos que llevaba, que no eran otros que los suministrados por Alonso Sánchez, pues la carta de Toscanelli, demasiado sabía el inmortal descubridor que

estaba calcada sobre fantasía y teóricas deducciones.

Para que se vea hasta qué punto se involucra la historia, y cuántas vigilias y cuántos esfuerzos tiene que hacer el hombre que se dedica á depurar sus hechos y todas las incertidumbres que nos rodean, cuando nos internamos en el intrincado laberinto del pasado, y para que nuestros lectores sepan algo de las muchas especies contradictorias y hasta inconcebibles que se han escrito sobre el descubrimiento del nuevo continente, vamos á seguir la relación de la *Probanza* que hemos presentado más arriba, en donde y á continuación de las citas ya referidas, encontramos la pregunta y declaraciones siguientes:

«vj. *Lo sesto, si saben, etc., que concertada e fecha la dicha armada por el dicho Martín Alonso, la cual no se hiciera si no fuera por él, e el dicho almirante venido de la Corte él e dando e gastando el dicho Martín Alonso de lo suyo navegaron e proscidiendo por su navegación, y en el golfo el dicho almirante se quería volver e ansí procuró que todos se volviesen y el dicho Martín Alonso Pinzón no quiso é continuó su navegación y deseaba al dicho almirante, el*

que después que vido navegar al dicho Martín Alonso se juntó con él, e ansí el dicho Martín Alonso amonestando á todos que armada de tan altos príncipes no había de volver atrás, los animó e hizo navegar con ciertos peligros e hambres e nescesidades e hizo mudar la derrota, de cuya cabsa se hallaron las Indias.

Pedro de Medel, que lo oyó decir á los que viniesen en el viaje, y que el descubrimiento no se hiciera si no fuera por Martín Alonso: que en el golfo el almirante se quiso volver e ansí lo procuró que todos se volviesen y que Martín Alonso no quiso, sino continuó su navegación e dejaba al almirante, el que después que vido que dicho Martín Alonso iba navegando, se juntó con él e el dicho Martín Alonso amonestando e animando á todos y diciendo que armada de tan altos príncipes no había de volver atrás, los animó e hizo mudar la derrota, de cuya cabsa se hallaron las Indias, y esto lo oyó y se decía públicamente en la villa.

Alonso Vélez Allid, que lo que sabe es que Martín Alonso Pinzón llevó aviso de Pedro Vázquez de la Frontera, que había ido á descubrir esta tierra con un infante de Portugal y decía que por cierto la habían errado

y se habían engañado por las yerbas que habían hallado en el golfo de la mar y dijo al dicho Martín Alonso que cuando llegasen á las dichas yerbas y el almirante quisiera volverse de allí, no lo consintiese, salvo que siguiesen la vía derecha, porque era imposible el no dar en la tierra y de nescesidad lo habían de hacer porque el dicho infante de Portugal, por no hacerlo, erró la dicha tierra y no llegó allá, y después de venidos el dicho Martín Alonso y el dicho Colón de viaje, se dijo por cosa cierta que dicho almirante cuando llegó á las dichas yerbas se quisiera volver, y Martín Alonso por razón del aviso que llevaba, no lo consintió, y dijo que si él se quería volver, quel quería seguir la vía que llevaba, y ansí lo hizo, y dende á cuatro ó cinco días descubrió la tierra de Santo Domingo, que agora está poblada, e esto fué público é notorio, que los marineros cuando volvieron, lo decían por cosa muy cierta.

Los demás testigos afirman que todo pasó según se contiene en la pregunta y fué público y notorio.

Pedro Alonso Ambrosio añade que Martín Alonso Pinzón se lo dijo así á este testigo.»

Con respecto á este particular, esta última declaración, la de Pedro Alonso Ambrosio es

la clave que nos resuelve el enigma, pues nos asegura «que Martín Alonso Pinzón así se lo dijo» y Pinzón estaba interesado en que toda la gloria del descubrimiento fuese para él.

El término del derrotero con tanta insistencia y seguridad seguido en su primera travesía, es la última prueba que vamos á presentar en confirmación de lo que venimos sustentando en el presente capítulo.

Hemos dicho que el itinerario de Colón fué el mismo de Alonso Sánchez, y formado según los datos que le suministrara el célebre piloto de Huelva: pues bien; Alonso Sánchez llegó hasta Ayti, y D. Cristóbal, al seguir las huellas que su precursor dejó marcadas en el Océano, arribó á Guanahaní, isla no distante del sitio descubierto por Alonso Sánchez.

Es cierto que son innumerables los trabajos hasta hoy emprendidos para señalar é identificar el primer sitio en donde desembarcó Colón, allende el Océano, y que han tratado esta materia multitud de historiadores naturales y extranjeros, y entre ellos Muñoz, Fernández Navarrete, Moreno, Washington Irving, Humbolt, Kettel, Gibbs, Major, Slidell, Mackenzie, Walkenaer, Prescot, Robersson, Varnhagen, Fox, Becher, Juan J. de Armas, Herminio C. Leyva, Peschel, Mur-

doch, Asencio (D. José M.ª), Fernández Duro, Manrique y cien más; también es cierto que se han ocupado del asunto publicaciones tan autorizadas como *La Ilustración Española y Americana,* (8 Octubre 1891), *La Legalidad,* de Arrecife, (Canarias), (22 Octubre 1891), y todos estos autores, divididos en contrarias opiniones, se declaran unos por unas y otros por otras, de las islas que forman el grupo de las Lucayas ó Archipiélago de Bahama, principalmente entre las llamadas Grand Turk, Mariguana, Cattisland, Watting y Sananá. Cattisland y Watting son las que tienen partidarios más entusiastas y numerosos, si bien es más autorizada y casi indiscutible la opinión de que la antigua Guanahaní, la que recibió el nombre de San Salvador, el sitio del primer desembarco, es la bautizada por la *piadosa* Inglaterra con el nombre de isla del Gato, Cattisland.

Mas cualquiera que sea la última palabra que sobre este particular digan la Hidrografía y la Geografía, la verdad de nuestro argumento quedará siempre de pie, lo mismo que sea en una de estas islas ó en otra, porque todas se hallan con mayor ó menor diferencia inapreciable en los tiempos á que nos referimos, en la dirección de Ayti, lugar mar-

cado en las observaciones de Alonso Sánchez, y término adonde se dirigía el gran Colón en su primer viaje.

Resulta, pues, de todo lo dicho, que el ilustre español, hijo esclarecido de Huelva, es una gran figura, de altísima representación en el descubrimiento del Nuevo-Mundo, no sólo porque dió á Colón noticias de la existencia de aquellas apartadas regiones, influyendo poderosamente en su ánimo para que emprendiera la realización de tan asombroso suceso, sino porque además de las noticias exactas y fidedignas, como testigo presencial que había sido, le dió también cálculos y observaciones, la altura de aquellos países y su situación, y de todo esto se aprovechó el gran Almirante, para marchar con marcado acierto por la inmensidad del Océano, pues como dice el Inca Garcilaso de la Vega en el lugar ya citado en la primera parte, «si no fuera por esta noticia que Alonso Sánchez de Huelva le dió, no pudiera de sola su imaginación de cosmografía, prometer tanto y tan certificado como prometió, ni salir tan presto de la empresa del descubrimiento..... que si no supiera por la relación de Alonso Sánchez qué rumbos había de tomar en un mar tan grande, era casi milagroso haber ido allá en tan breve tiempo.»

CAPÍTULO VII

EL 12 DE OCTUBRE DE 1492

FECHA gloriosísima, de imperecedera memoria en los fastos de la patria y en los anales del mundo, será para siempre el 12 de Octubre de 1492, porque en este día, mil veces venturoso, nos concedió el cielo no un pueblo, ni una ciudad, ni siquiera una nación, sino un mundo entero, un mundo nuevo, por nosotros sacado del fondo de los mares, dejando atónito al orbe. ¡Qué fecha! y ¡qué acontecimiento! El suceso es muy grande, otro igual no se registra en los anales de la historia; también la fecha es extraordinaria, tampoco la fecha tiene igual.

Aquellos nautas que tímidos y recelosos

emprendieron el inmortal viaje el Viernes 3 de Agosto, no podían sospechar, ni pasarles por el pensamiento siquiera, que había de llegar otro Viernes, el 12 de Octubre, día en que vieran realizados los pensamientos del héroe; y lo que consideraron quimera, ensueño, locura, ahora está ya convertido en realidad.

Este es un día de la religión católica, sólo al catolicismo pertenece, porque la navegación empieza en nombre de Jesucristo, la carabela capitana se llama *Santa María,* el insigne nauta que llevaba las llaves para abrir aquel desconocido mundo tan grande, tan hermoso, tan rico, tan expléndido como ignorado, ceñía su cuerpo con el cordón del franciscano, y al declinar la tarde, en la hora del crepúsculo solemne, recitaba el *Oficio Parvo* sobre la popa de su nave; toda la tripulación se reunía después en torno suyo, y en medio de la majestad de aquellos mares y de la alegría de aquellos cielos y de la grandiosidad del Océano, se entonaba el himno más poético de los cristianos, la más tierna plegaria que dirigen las almas al cielo, la *Salve Regina,* que si siempre es cadenciosa y siempre sublime, y llena de poesía y de religiosos encantos, en aquellos momentos éralo mucho

más; los marineros lejos de su patria, de sus hogares, soñando siempre con la muerte, y temerosos de no volver á hablar más con su familia, tenían que decir con toda su alma: «Vida y dulzura, esperanza nuestra;» y al fijar sus ojos en las estrellas del firmamento, miraban con su fe sencilla y con la pureza de sus santas creencias, otra estrella de más brillantes fulgores, la Estrella de las almas, la Virgen bendita, aclamada por la humanidad como Estrella de los mares.

El 11 de Octubre también se cantó la Salve á la hora acostumbrada, reuniéndose para ello las tres carabelas; concluída la dulce plegaria, Colón, cual si estuviese viendo con la mirada de su alma el próximo feliz resultado que sus esfuerzos habían de tener, movido por impulsos y presentimientos de su corazón, arengó á los marineros; puso ante sus ojos cuán grandes favores habían recibido del cielo, por lo feliz que había sido su viaje, tan temido por los terribles espantos que á todos infundía. Les anunció que á la mañana siguiente llegarían á tierra, por lo cual les mandó que desde las doce de la noche se acortaran las velas, y también les aconsejó que aquella noche la pasaran entregados á la oración, y él se retiró á su cámara.

A las diez de la noche subió sobre cubierta; con su mirada sondeó el espacio; de pronto se estremece y reconcentra toda su atención sobre un punto; ni respira siquiera; restregó sus ojos como para cerciorarse de que está despierto y no sueña; ha visto una luz, luz semejante á la de un hachón que subía y bajaba alternativamente, y aquello era claro indicio de la proximidad de la tierra; sin embargo, teme que sea ilusión de sus sentidos, y para cerciorarse llama á Pedro Gutiérrez, indicándole el punto hacia donde estaba la luz; y en efecto, Gutiérrez aseguró que luz era; pero no atreviéndose tampoco á creer tamaña dicha, llamó á su vez á Pedro Sánchez de Segovia; mas cuando éste llegó, la luz había desaparecido.

A las doce de la noche, las embarcaciones acortan las velas, según las órdenes que habían recibido; la tripulación no duerme; sus ojos fijos en la obscuridad, parecían querer descubrir en el fondo de la negra noche, la anhelada tierra; un ansia terrible, llena de temor, agitaba á todos: ¡se habían engañado tantas veces! tantas veces se habían forjado la ilusión de que al despuntar el alba habían de ver el término de sus deseos y la nueva luz les había mostrado horizontes inmensos

de inmensos mares; que ninguno se entregaba á los trasportes de la dulce esperanza, sin que de seguida brotara de su corazón la triste incertidumbre que los amargaba y afligía.

Era la *Pinta* la más veloz de las tres naves, y siempre llevaba la delantera, y en esta noche y á la hora á que nos referimos, era mayor la distancia que de las otras dos la separaba.

Serían las dos de la madrugada; de pronto se divisa un fogonazo en la *Pinta;* de seguida se escucha el estampido de una lombarda; los gritos de ¡Tierra!, ¡Tierra! atruenan los aires, y, cual si aquel estampido hubiese sido una voz celestial, los hombres de las tres embarcaciones caen de rodillas. Colón levanta sus manos al cielo. *Te Deum laudamus,* con fervor exclama; los marineros contestan anegados en llanto, y hasta el fin se recita el himno de las victorias al Dios que les había concedido tan sobrehumano triunfo; concluída la acción de gracias felicitan al intrépido marino, en aquel momento convertido en el rey de los mares, el héroe del Océano. La tripulación de la *Santa María* cae á sus plantas pidiéndole perdón por los pasados insultos.

Nadie sospechó que fuese engañoso el grito de ¡Tierra! que acababa de resonar; y deci-

mos esto porque en otras ocasiones se había dado, siendo el resultado ilusorio.

El 25 de Septiembre, desde la misma *Pinta,* Martín Alonso Pinzón dió el grito de ¡Tierra! (1), y también se dieron gracias á Dios, y Martín Alonso Pinzón entonó el *Gloria in excelsis;* pero aquello fué un sueño, sueño del que los despertó la aurora, enseñándoles vastísimas llanuras de mares sin fin.

Otras muchas veces se había dado también el tan alegre grito por distintos marineros, y movíalos á ello, no sólo el afán de concluir el viaje, sino también el premio (2) que los reyes habían ofrecido al primero que la descubriese, y todos deseaban alcanzar esta pensión, y con mucha frecuencia gritaban tierra, con lo cual si al pronto los espíritus se animaban, el desaliento que al conocer el engaño sentían era desconsolador, y para evitar estos inconvenientes, dispuso Colón, que si alguno daba tal noticia, y no se descubría tierra en el término de tres días, perdiese todo derecho al premio, y desde entonces no se había vuelto á repetir hasta este

(1) Alegrón de tierra por Martín Alonso, pero no lo era. CASAS.

(2) Diez mil maravedís de juro á quien primero la viese.

dichoso instante, y por cierto que la convicción era profunda, y todos tenían la más completa seguridad de que, al rayar el alba, abandonarían el líquido elemento para tomar posesión de la deseada tierra.

Colón dispuso que las embarcaciones se pusieran al pairo hasta esperar el nuevo día, medida prudentísima, porque, en efecto, se ignoraba qué recibimiento les esperaría en las vecinas costas.

Todo era alegría, entusiasmo y contento, entre las tripulaciones de las tres carabelas; los parientes se abrazaban, los amigos se buscaban para estrecharse las manos y felicitarse mutuamente por haber llegado ya el tan deseado momento de encontrar lo que buscaban; pero al mismo tiempo todos estaban activos y trabajadores, ninguno paraba, limpiando sus trajes, preparando sus más preciadas ropas; y con razón lo hacían, porque el día que se aproximaba había de ser el más grande y dichoso de su vida.

¡Ah! Es indecible el gozo que henchiría aquellos corazones al ver que el viaje había tenido un límite, y que este límite era el deseado, aunque siempre les pareció imposible y temerario; ellos que se creyeron ser pasto de los peces del mar Tenebroso, cuando na-

vegando entre las algas verdes pensaban que las carabelas quedarían en ellas enredadas..... todos los temores habían concluído, los sobresaltos y disgustos, y el alma de cada uno salía como de un sepulcro de pena, á la vida de la esperanza, de la alegría, del júbilo; por eso andan tan solícitos en preparar las ropas que han de lucir en el próximo suspirado día. Pero también tuvieron que aprestar sus armas y estar preparados por si necesario era tomar posesión á viva fuerza de la suspirada orilla.

Apenas la aurora empezaba á asomar su todavía soñoliento rostro por el oriente, aquellos intrépidos marinos, los más invictos que hasta entonces surcaron los mares, tenían sus miradas fijas en el horizonte; al pronto divisan como informe nube ó vaporosa bruma delante de sí, pero á medida que el alba iba regando lluvia de luz, parecía surgir del fondo del mar, hermosísima floresta, y un alegre y dilatado paraíso se presentaba ante sus atónitos ojos: esbeltos árboles, corpulentos y frondosos; el suelo matizado de plantas y arbustos mil, y la vista como enloquecida no sabía en donde fijarse, si en los agradables desconocidos frutos, ó en la variedad de preciosas flores, cuyas aromáticas esencias re-

creaban los sentidos, ó en aquel bellísimo conjunto que presentaba una naturaleza exuberante llena de vida y lozanía.

Absortos quedaron ante aquel cuadro, superior á cuanto pudo imaginar la fantasía, y más de una lágrima resbaló por aquellas mejillas curtidas por el sol y las brisas del mar; que la naturaleza con sus encantos, con sus poesías, con sus bellezas, conmueve nuestro espíritu, como el alma hace extremecer de júbilo nuestros cuerpos, cuando ella contempla los brillantes esplendores del mundo suprasensible y el espasmo de lo sublime se extiende por nuestro sér.

Pero sobre todas las alegrías, era la alegría de Colón; sobre todos los entusiasmos, el entusiasmo suyo; en el brillar de sus ojos se reflejaba la grandeza de su alma, y en su altiva frente se veía fulgurar el genio de la gloria. Al descubrir la Tierra se encontraba investido de la más alta dignidad de la marina española; era Almirante y Virrey, y revestido con los trajes de tan elevada gerarquía, salta al bote que lo había de conducir á la próxima orilla; en sus manos lleva el estandarte de la Cruz; los Pinzones también se colocan en los respectivos barquichuelos de sus carabelas con los estandartes de Isabel y Fernando; los

oficiales, marineros, escribanos y hombres de armas los siguen; cuando Colón llega á tierra, cae de rodillas; lágrimas despiden sus ojos; su semblante, contraído por la emoción y el sentimiento, refleja rayos de luz; primero clava en aquel suelo virgen la bandera que en sus manos llevaba; toma de él posesión en nombre de Jesucristo; después desenvaina la espada, en cuya ceremonia le imitan cuantos le rodean, y toma posesión para la corona de Castilla; y era tanta su grandeza en aquellos momentos, tan refulgente y esplendorosa la auréola de gloria que le cubría, que todos le rinden vasallaje; además él también lo exige para que lo consideren como el supremo gobernante, en nombre de los reyes de Castilla.

Mientras se solazaban, disfrutando la agradabilísima temperatura de aquellas selvas, embriagados con los balsámicos aromas de aquellos vírgenes campos, henchido el corazón de gozo, y rebosando júbilo y contento, los marineros tuvieron una ocupación, la de buscar dos gruesos árboles para hacer una cruz. La isla en donde acababan de desembarcar, se llamaba en el lenguaje de aquellas gentes, Guanahaní; pero Colón, que al mismo tiempo que descubría aquellos hasta entonces ignorados países, quería cristianizarlos,

yendo en su alma unidas estas dos ideas sin que nunca se separaran una de otra, el descubrimiento y la cristianización, quiso darle otro nombre, el nombre más grande para los cristianos; quiso llamarla San Salvador, y para conmemorar tan fausto acontecimiento, mandó formar la dicha cruz que por la tarde clavó en el mismo sitio que hasta entonces ocupaba el estandarte que él había fijado en tierra por la mañana, y la colocó entonando los himnos que tiene la Iglesia para cantar las glorias del Madero santo, en cuyo regazo se obró la Redención del hombre (1).

Este es el hecho de Cristóbal Colón: en el lenguaje de la incredulidad y del ateísmo, se tiene que decir que sólo él tuvo la constancia, el valor y el heroísmo necesario para realizarlo, porque fueron muchos los trabajos, disgustos, sinsabores, desaires y desprecios que sufrió antes de llevarlo á feliz término; y en el lenguaje de los cristianos, podemos asegurar que fué el destinado por el cielo, el escogido por Dios, el predestinado para realizar tan colosal empresa, y en este momento solemne, el más grande de todos los momentos de la historia, excepción hecha del pri-

(1) El *Vexilla regis prodeunt,* y luego que estuvo fija en el suelo se volvió á cantar el *Te-Deum.*

mero de los acontecimientos humanos, la Redención de la humanidad, que de una manera tan indiscutible y tan evidente refieren los anales del mundo; Cristóbal Colón, en el instante mil veces gloriosísimo, cuando manifiesta á los atónitos marineros, representantes entonces de todos aquellos que lo conceptuaron iluso y loco, y que tuvieron su pensamiento por descabellado y quimérico, y su genio gigantesco calificado de osadía, y sus convicciones profundas por loca audacia, y su fe como un engaño, y su esperanza en el porvenir como una estratagema, y su grande y altísima misión, para la que se creía llamado como desvergüenza, y su gloria como ilusión; Cristóbal Colón, enseñando la tierra, tantas veces negada y ahora vista, á sus carabelas; en ese momento, el más grande realizado por los mortales, es el grande héroe, es el invicto, es el inmortal, es el portentoso, y en ese instante no hay otro hombre, ni otro héroe que se le iguale en todos los anales, ni en los fastos de los imperios, ni en la historia de la humanidad.

Este es el héroe, el escogido por Dios para ceñir á las sienes de España, no una guirnalda, ni una diadema, sino una corona inmortal, la corona del Nuevo-Mundo, y el día

en que tan grande acontecimiento se realizara, fué el tan glorioso para la patria española, el 12 de Octubre, día en que hoy (1) se celebra el sobrenatural acontecimiento de la Aparición de la Santísima Virgen sobre el pilar de Zaragoza.

* * *

A principios de Febrero de 1493, henchido el corazón de júbilo, y de satisfacciones el alma, emprende el inmortal Colón el viaje de regreso: sabido es que la carabela capitana, la famosísima *Santa María,* había quedado sepultada en aquellos mares: venían, pues, las tripulaciones en las dos restantes; la *Niña,* que ahora traía al Almirante, y la *Pinta,* dirigida por Martín Alonso Pinzón; treinta hombres, al mando de Diego de Arana, natural de Córdoba, habían quedado custodiando el fuerte de la Navidad; éstos se enamoraron de tal modo de las bellezas de aquel país, que pidieron al Almirante los dejase permanecer en él, á cuya petición se debe la idea de construir la indicada fortaleza.

Los restantes volvían deseosos de pisar la patria querida, y referir á las respectivas

(1) Desde el Pontífice Clemente XII, que fué quien señaló este día para celebrar festividad tan gloriosa.

familias los brillantes éxitos de expedición tan famosa, la hermosura de las tierras halladas, la exuberante vegetación de aquellos países, lo delicioso de su clima, la sencillez de sus habitantes; contar, en fin, cuanto se había visto y oído, mientras estrecharan á la madre querida y dieran amorosos besos á los hijos del alma.

Durante los primeros días del regreso, los cielos y los mares parecían disfrutar de la satisfacción y júbilo de los ínclitos argonautas; mas desde el 12 de Febrero se enfurecieron los vientos, los relámpagos cruzaron el espacio, y una terrible y deshecha borrasca pareció quererles interceptar el paso para que no llegasen al suspirado hogar, cual si el Océano, avaro de las riquezas de aquellos mundos que hasta entonces había tenido ocultos, quisiera sumergir en su seno á los que habían ido á robarle aquel secreto de un modo oficial y solemne, para que nunca hubiese comunicación entre los hombres del uno y del otro continente.

La tempestad fué tan terrible, y las furias del Atlántico tan espantosas, que se tuvieron que entregar á merced de la mar y del viento, sin poder dirigir las embarcaciones ni utilizar las velas. Por este motivo la *Pinta*,

arrastrada por las aguas, se separó de la carabela del Almirante y ya no se volvieron á encontrar.

En aquellos momentos de apuro, cuando la muerte los rodeaba por todas partes, cuando doquier extendían sus miradas, veían abiertas sus tumbas, el Almirante y marineros, todos en comunidad, y cada uno en particular, hicieron fervientes votos y promesas para alcanzar la protección de la Soberana Estrella de los mares.

Mas en aquellos instantes de aflicción terrible, ¿se acordaría Colón del pobre Alonso Sánchez, náufrago también en aquellas mismas latidudes?

Esta idea parece que le atormentó de un modo horrible, y ya desde entonces no pensó más que en salvar su descubrimiento, procurando, que si perecía la embarcación, quedase recuerdo de tan próspero suceso; y para ello, sabido es que escribió en un pergamino la relación de su viaje, lo envolvió en hule, lo introdujo en un barril vacío y bien calafateado, y lo arrojó al mar, y esto lo hizo sin que nadie lo supiera; y para despistar á la tripulación, les hizo creer que era una práctica piadosa.

Por si este barril se perdía y no llegaba

nunca á manos de nadie, escribió otro pergamino con la misma narración, y arreglado de la misma manera, lo sujetó á la popa de la carabela, por si esta se sumergía, el barril flotase y pudiese ser recogido por alguna embarcación. El pergamino llevaba un sobre escrito dirigido á los Reyes, y una promesa de mil ducados para quien presentase aquel paquete sin abrirlo.

La tempestad cesó, y cuando después de muchos trabajos é inauditos esfuerzos llegaron á divisar las playas del viejo continente, se alegraron sus almas, como al dar el poderoso grito de ¡Tierra! al descubrir el Nuevo-Mundo.

CONCLUSIÓN

En los últimos años de la décima quinta centuria, se dió término á nuestra gloriosa Reconquista, epopeya santa y heroica que duró ocho siglos, y en tan largo lapso de tiempo se inmolaron españoles á miles en los sacrosantos altares de la Religión y de la patria, mientras que las madres amamantaban otros héroes que iban á reemplazar á los que habían sucumbido. La terminación de tan pesada y sangrienta y terrible guerra, tenía que ser un acontecimiento sin igual en los fastos de la historia, y ¿quién había de creer que se presentaría un acontecimiento tan grande, tan excelso, que obscureciera el triunfo sobre la Media Luna?

Y así sucedió en efecto; lo mismo exacta-

mente que ha acontecido en este mismo año en que nos encontramos. El día 2 de Enero se cumplieron cuatrocientos años de la rendición de Granada, último baluarte de la raza muslímica en España, y á pesar de encontrarnos en la época de los centenarios, cuando estas festividades están de moda y con cualquier motivo se celebran, el cuarto centenario de la reconquista de Granada ha pasado desapercibido, mientras que los pueblos todos del mundo antiguo, y los pueblos todos del mundo nuevo, se aprestan para celebrar con inusitada pompa y con ardoroso júbilo, el descubrimiento de los descubrimientos, el hallazgo de un mundo sepultado entre las ondas del Atlántico; hecho realizado con frágiles carabelas, sin instrumentos náuticos de los que en nuestros días tanto facilitan la navegación; acontecimiento sin igual que nada le debe al vapor, ni á los buques tan poderosos de construcción moderna, y todo esto realizado por un hombre á quien apellidaron loco, en otras naciones más que en España, porque su pensamiento no era comprendido, y le llamaban *el de la capa raída*, porque su distintivo era la pobreza.

No extrañemos, pues, que así como en nuestros días ha pasado sin notarse apenas el

gloriosísimo remate de nuestra imperecedera Reconquista, se eclipsara también al final del siglo XV, la fama de tan dichoso acontecimiento, y las atenciones todas se fijaron en Colón y en su inmortal empresa.

Y con razón, en verdad, porque aquel acontecimiento prodigioso, sacó del fondo de lo desconocido linages numerosísimos de hombres, multitud de pueblos ocultos en las entrañas de los mares, y los colocó en las sendas del progreso, reuniéndolos á las naciones cultas, trasladando á sus vastísimas selvas y á sus silvestres bosques, agricultura y comercio, industria y artes, ciencias y leyes, civilización y letras.

Suceso tan inaudito y tan único que dió á conocer la forma de la tierra y la figura del globo que habitamos, y por medio del cual se descubre un hemisferio que completa el mundo.

Imposible es precisar los bienes que este acontecimiento ha reportado á la humanidad, y cuánto se ha mejorado por su causa la condición del hombre.

Las ciencias dilatan su imperio; la náutica rompe las férreas cadenas que la tenían ligada á las orillas, y se hace fuerte y llega á dominar los mares desconocidos y tormentosos.

La agricultura, la medicina, la botánica, la mineralogía, ensanchan sus dominios con los conocimientos de nuevos productos animales, vegetales y minerales.

La geografía y la historia; la lingüística y la etnología, por su causa, adquieren completo desarrollo; pero todos estos progresos son pálidos, de escaso valor todos estos triunfos comparados con los que se alcanzan en el mundo de las ideas, y el mayor desarrollo se obtiene en la sociología ó ciencia del hombre en la sociedad.

La Iglesia de Jesucristo adquiere entonces el pleno dominio del alto renombre de Católica que ella sola ostenta entre las religiones todas, y se completan las profecías que se habían vaticinado acerca del desarrollo del reinado de Jesucristo de polo á polo, por toda la extensión de la tierra.

España, dueña de tanta gloria, y poseedora de esta sin igual grandeza, es la verdadera madre de aquellos países, que para darlos á luz, facilita su sangre y su vida, y una cosa le queda, lo que fué siempre el alimento de la grande España, la gloria, y ésta imperecedera, pues junto al famosísimo nombre de Colón, brillan en el esplendente cielo de la inmortalidad, los de Cortés y Pizarro, Vasco Nú-

ñez de Balboa, Almagro, Valdivieso y Mendoza.

Y junto á estos nombres gloriosísimos y de imperecedera fama, la historia unirá siempre los no menos ilustres de Gaspar Castañeda, Souza, Vázquez, Valderrama, Villalobos, y Alvareda; Avendaño, Felipe de Huten y Quirós, Pánfilo de Narváez y Velázquez, y la marina española hermoseó su esplendente cielo con estos brillantísimos astros de primera magnitud, cada uno de los cuales sería bastante para labrar la reputación de un pueblo, por grande y poderoso que fuese, y todo esto y mucho más forma el celeste nimbo de la heroica marina de la patria española.

Pues bien; entre todos estos nombres tan famosos y tan célebres, debe brillar el de Alonso Sánchez, cual causa eficaz de la realización de tan sorprendente empresa, como el del precursor de tan inmortales destinos.

Hoy que se desentierra y rehabilita la memoria de Martín Alonso Pinzón, por Fernández Duro; de Bobadilla, por Luis Vidart; de Fr. Boil, por el P. Fita; hoy que la insigne escritora Emilia Pardo Bazán, atribuye la gloria del descubrimiento á Raimundo Lulio, permítaseme á mí dar un grito de alarma para llamar la atención hacia la gran figura

del pobre náufrago de Huelva, para que no quede olvidado entre nosotros, que no le demos la misma recompensa con que pagaba Colón los altos servicios que se le prestaban, con el olvido y el silencio.

Pues así como omitió siempre y no manifestó jamás el insigne nauta las obligaciones que contrajo con Martín Alonso Pinzón, para que éste tomara parte en la empresa, cuando sin su intervención nunca hubiera podido emprender el viaje, porque le faltaba el dinero, la octava parte de las costas con que Colón había quedado en contribuir, para ayuda de gastos, y le faltaban hombres, y todo esto lo facilitó Martín Alonso, y siempre sería con alguna participación en las ganancias, y nada de esto consignó Colón en sus escritos, y nada dió á Martín Alonso, sino que todo se lo negó; así también ocultó el nombre de Alonso Sánchez.

Demos á Colón altísimo lugar entre los héroes del mundo; levantémosle un altar de gratitud y de admiración eternas; aclamémosle como uno de los más grandes bienhechores de la humanidad, pero no olvidemos á su precursor, y cuando del descubrimiento del Nuevo-Mundo se trate, unamos los nombres de Colón y Alonso Sánchez, como jun-

tos los colocó la Providencia para la realización de tan fausto suceso.

No empece admirar á Colón y celebrar sus glorias, para rendir á Alonso Sánchez homenajes de estimación y respeto, considerándolo como primer descubridor del nuevo Continente; la Ilustre Sociedad Colombina Onubense, que de una manera tan elevada y sublime, sabe llenar su cometido de honrar á Colón, formando una especie de sacerdocio destinado á darle culto, quemando ante sus aras el purísimo incienso de las gayas letras y de la historia, no ha creído faltar á sus hermosos deberes, honrando también á Alonso Sánchez, y en el solemne aniversario celebrado por esta nuestra Ilustre Sociedad en 1883, se leyó la siguiente inspirada y preciosa poesía, debida á la galana y excelente pluma de nuestro malogrado y querido amigo el Sr. D. Francisco Pérez Echevarría, (1) y con la que damos fin á nuestro humilde trabajo.

---

(1) Publicada en la *Memoria* de dicha Sociedad, correspondiente al mismo año de 1883. En el expresado año, el autor de este libro empezó á publicar sus primeros artículos acerca de Alonso Sánchez, en la Revista que fundó en Huelva, intitulada *La Razón Católica,* para la que se escribió dicha poesía. En aquella época no habíamos podido hacer los estudios en la historia, que eran necesarios para dilucidar esta cuestión, y por esto en los escritos que en-

Á ALONSO SÁNCHEZ DE HUELVA.

¡Tu nombre yace en olvido!
¿Por qué? si fuiste el primero
Quizás que vió el derrotero
Por el genio presentido.
¿Por qué? si la tuya ha sido
Quizás la planta primera
Que holló la virgen ribera
De ese mar que canta ufano
Del Genovés-Castellano
La gloria imperecedera.

---

tonces publicábamos, como en el brindis que á continuación ponemos, nos manifestábamos con cierta timidez diciendo *quizás, tal vez,* y así se expresa nuestro amigo el Sr. Pérez Echevaría, con quien comunicábamos nuestros trabajos, nuestras dudas é investigaciones históricas. En la *Memoria* de la misma Ilustre Sociedad, correspondiente al año de 1884, en la página 15 leemos lo que sigue:

«Cuando tocó el turno al Sr. de Lorenzo, se expresó así:

«Señores: Brindo por el inmortal Colón, gloria de la humanidad, asombro del mundo y orgullo de la patria española, que supo comprender su inspiración divina, y por ella ayudado, llevar á feliz término su colosal empresa, completando el mundo.

Brindo por los religiosos franciscanos de Santa María de la Rábida, que acogieron á Colón y le prodigaron toda

Tranquilo la mar cruzabas;
De pronto el viento iracundo
Lanzó tu bajel á un mundo
Cuya grandeza ignorabas.
¡Qué asombro! ¡Qué luchas bravas
Sentiría tu alma herida
Por tanta desconocida
Sensación sublime y fuerte!
¡Cuánto peligro de muerte
En medio de tanta vida!

—

Rudo en tu porte y tu ciencia,
De fijo que comprendiste
Del fiero azar que corriste

---

clase de auxilios, y pido á la Ilustre Sociedad Colombina Onubense, gestione por que la insigne orden de San Francisco, que nunca le abandonó desde su entrada en España hasta su muerte en la humilde posada de Valladolid, venga á ocupar su convento de Santa María de la Rábida.

Brindo por la memoria de Alonso Sánchez, hijo de Huelva, que tal vez sería el primero que holló con su planta el Nuevo-Mundo, siendo el precursor del héroe que después lo trajo al concierto universal.

Brindo por la Marina Española, sucesora de aquellos marinos cuyos hechos inmortales envidian los pueblos, y heredera de la bizarría y del valor con que dominaban los mares.

Brindo por la Ilustre Sociedad Colombina Onubense, y por cuantas personas se han asociado á ella para conmemorar el hecho más culminante de nuestra patria historia, la salida de Colón del Puerto de Palos, que dió por resultado un Mundo-Nuevo en la Tierra.

Señores: en estas solemnes fiestas paréceme escuchar el Hosanna de triunfo y de gloria que la humanidad entona á la memoria bendita del que vivió y murió pobre, habiendo descubierto el Nuevo-Mundo.»

La colosal trascendencia.
De cierto que tu conciencia
Bendijo en aquel momento
Todo el pasado tormento;
Que siempre fué más gigante
Que el que tenías delante,
El mundo del sentimiento.

—

Quisiste á España traer
Rumores del indio mar;
Pocos fuisteis al llegar;
¡Menos fuisteis al volver!
¡Qué amarga debió de ser
Tu pena, al ver sucumbir,
Tras tanto y tanto sufrir,
A hermanos del corazón!
¡Tú solo para Colón
Debías sobrevivir!

—

Con qué avidez el Marino,
El Genio, el Mártir, el Sabio,
Querría oír de tu labio
Todo el drama peregrino.
Ya de su egregio destino
Podía mirarse dueño:
Tenía su loco empeño
Un hecho, un guía, una pauta;

Que era Alonso, el pobre nauta,
La realidad de su sueño.

—

¡Alonso! ¡Cuán desvalido
De gloria tu nombre está!
¡Cuántos Alonsos habrá
En la mansión del olvido!
¡Cuánto genio obscurecido
Se lanza al mar, lucha en vano,
Y encuentra el mísero humano
La gloria por que trabaja,
En la grandiosa mortaja
Del indomable Oceano!

—

Si tanta pena sufriste;
Si el cielo te dió el contraste
Del huracán que arrostraste
Con los prodigios que viste;
Si tú el elegido fuiste
Por Dios para lucha tanta,
Y en esa epopeya santa
Tú eres el mártir primero,
¿Por qué has de ser el postrero
Que se recuerda y se canta?

—

Mas ay, tu desgracia va
Por doquier;—¡aquí se mira!

Porque es mi inacorde lira
La que ensalzándote está.
Mas si el mundo no te da
Glorias que premien tu anhelo,
Y arroja tupido velo
Sobre tu historia olvidada,
Dios te dará en su morada
Todas las glorias del cielo.

ÍNDICE

Páginas.

INTRUDUCCIÓN. V

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.—Alonso Sánchez de Huelva. 41
CAPÍTULO II.—Lugar que Alonso Sánchez ocupa en la Historia. 53
Historiadores del siglo XVI. 57
» » XVII. 78
» » XVIII. 94
» » XIX. 103
CAPÍTULO III.—Resumen del capítulo anterior. . 111
CAPÍTULO IV.—Washington Irving prueba la verdad de la historia de Alonso Sánchez, á pesar de ser uno de sus más acérrimos impugnadores. 119
CAPÍTULO V.—El conde de Roselly de Lorgues confirma la verdad de la historia de Alonso Sánchez, á pesar de calificarla de «miserable calumnia digna del viejo Fernando.» 133
CAPÍTULO VI.—Refutación de otras razones y argumentos que se suelen aducir en contra de Alonso Sánchez. 145
CAPÍTULO VII.—Importancia del hecho realizado por Alonso Sánchez. 159

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.—Cristóbal Colón. 169
CAPÍTULO II.—Cristóbal Colón en la Rábida. . . 195
CAPÍTULO III.—Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena. 217

Páginas.

Capítulo IV.—Isabel la Católica. 227
Capítulo V.—El terror que se apodera de los habitantes de Palos, al tener conocimiento del proyectado viaje, prueba ser cierta la historia de Alonso Sánchez. 237
Capítulo VI.—Cristóbal Colón, en su primer viaje, siguió el derrotero que le había enseñado Alonso Sánchez. 255
Capítulo VII.—El 12 de Octubre de 1492. . . . 281
Conclusión. 297
Composición poética en honor de Alonso Sánchez. 304

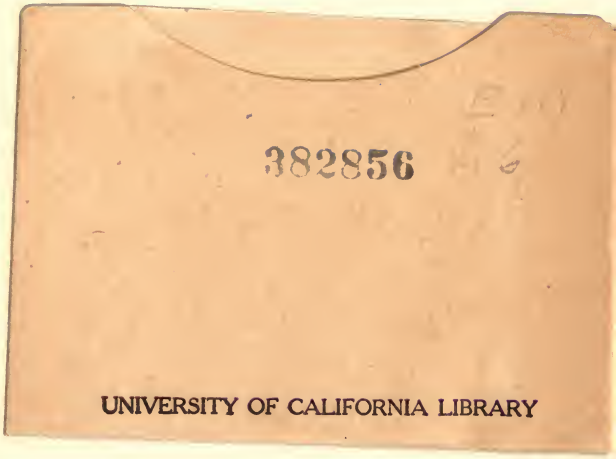
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

[illegible] 6 [illegible]

Priestly

50m-7,'16

YB 20560